

Gilberto Escobosa Gámez

CRONICAS, CUENTOS

Y

LEYENDAS SONORENSES



GOBIERNO DEL ESTADO DE SONORA

Gilberto Escobosa Gámez

CRONICAS, CUENTOS
Y
LEYENDAS SONORENSES



GOBIERNO DEL ESTADO DE SONORA

Primera Edición 1984.

CRONICAS, CUENTOS Y LEYENDAS SONORENSES

P R E S E N T A C I O N

Crónicas, Cuentos y Leyendas Sonorenses es una obra de colorido regional escrita por un hombre que ama y recuerda los acontecimientos cotidianos de nuestro pasado. Cronista, desde hace muchos años, de la ciudad de Hermosillo, don Gilberto Escobosa Gámez ha ido dejando huella memorable por su facilidad para el relato, por la claridad y sencillez de su prosa coloquial.

Libro ameno que revela acuciosa investigación de diferentes sucesos ocurridos en el Estado y que conmovieron en su tiempo a nuestra comunidad, estamos seguros que sus páginas agradarán al lector sonorenses.

Para el Gobierno del Estado es muy satisfactorio incluir en su esfuerzo editorial esta cosecha literaria de un historiador que se afana diariamente por hacer la crónica de los quehaceres y acontecimientos de la sociedad.

Hermosillo, Sonora, Mayo de 1984.

PROLOGO:

Mi excelente amigo Gilberto Escobosa Gámez, me ha conferido el honor de escribir el Prólogo de "CRONICAS, CUENTOS Y LEYENDAS SONORENSES", encomienda que realizo con gran satisfacción, ya que independientemente de los lazos afectivos e inquietudes intelectuales que me unen con el autor, considero que la obra de referencia es una valiosa aportación al escaso acervo bibliográfico sonorense.

Antes de entrar en materia, una pertinente digresión. A fines de 1975, un grupo de amantes de la historia regional decidimos integrar la Sociedad Sonorense de Historia, para aglutinar esfuerzos, intercambiar puntos de vista y propiciar en términos generales, el conocimiento de la historia y la cultura vernácula, renglón que había sido lastimosamente descuidado.

Porque las labores casi heroicas de nuestros antecesores, (Villa, Almada, Calvo Berber, Sandomingo, etc) sin medios de comunicación adecuados, grabadoras, microfilms, archivos clasificados, estímulos públicos y particulares y todos aquellos elementos que facilitan la investigación científica, se habían efectuado en medio de una desesperante soledad.

A ocho años de distancia, podemos afirmar con justificado orgullo y satisfacción, que nuestros esfuerzos no han sido en vano. Paulatinamente, los sonorenses están creando conciencia de su riquísimo pasado y de las provechosas y estimulantes lecciones humanas recibidas de los habitantes que nos precedieron en el tiempo y en el espacio.

En este orden de ideas, es oportuno subrayar que bajo los auspicios del Gobierno del Estado, se está acometiendo con todo éxito un ambicioso Proyecto de Historia General de Sonora desde los tiempos prehistóricos hasta nuestros días, en el que intervienen cinco Instituciones: U.N.A.M., I.N.A.H., Colegio de Sonora y Universidad de Sonora, todas bajo la coordinación de la ya prestigiada Sociedad Sonorense de Historia.

Simultáneamente, la Universidad de Sonora ha realizado ininterrumpidamente también con gran éxito, ocho Simposios sobre la materia, que han

constituido una espléndida muestra temática no sólo de tópicos históricos, sino antropológicos, lingüísticos, etnológicos y hasta numismáticos, expuestos en una tribuna irrestricta de expresión.

En el evento de referencia, han contribuido con sus doctas exposiciones, acreditados maestros de universidades e instituciones de cultura superior tanto nacionales como extranjeras, pero también han colaborado en un marco muy decoroso y a la altura de las mejores circunstancias, un compacto grupo de investigadores locales, integrando todos un mosaico singular de opiniones, elogiado por calificadas voces que en mucho nos enaltecen.

Gilberto Escobosa es un destacado puntal de la Sociedad Sonorense de Historia y de los referidos Simposios. Con entusiasmo de adolescente --que por cierto constituye una de sus mejores cualidades--, siempre ha participado en dichos eventos, presentando trabajos muy valiosos e interesantes, con el sello distintivo de amenidad que le es característico

A las virtudes anteriores, habría que añadir que es un humorista incorregible. Recuerdo que en ocasión del Primer Simposio de Historia, en el banquete final, el Jefe de la Delegación de Arizona habló emocionado del folklore y la cultura de Sonora. Al concluir su intervención, Gilberto muy ceremonioso respondió al ofrecimiento del ilustre visitante y al concluir le dijo: "y si quieren les regalamos el folklore y la cultura, pero ustedes nos devuelven los territorios y los dólares..." En labios de otra persona, probablemente hubiera provocado tensión, pero dicho por Gilberto, aquello provocó una carcajada general.

En el año de 1981, por méritos propios el autor de este bello libro, fue distinguido como "Cronista de la Ciudad", importante nombramiento que dota de rango, prestigio y jerarquía a nuestra Capital y que por razones inexplicables, había quedado baldío en una urbe de la jerarquía de Hermosillo, pues es de advertirse que cualquier pequeña población del centro del país por más modesta que sea, tiene su cronista, juglar y custodio de las mejores tradiciones populares.

Aparentemente, el género costumbrista es muy fácil de ensayar, pero ¡qué difícil es de cumplir ... Se precisa de condiciones muy especiales: inmenso amor al terruño, sencillez, fidelidad crónica y en ocasiones fecundidad imaginativa para --sin rayar en la exageración-- conducir al lector por medio de la fantasía, en caso de ausencia de testimonios.

Todo lo anterior, debe culminar con el toque preciso de buen humor

(sin caer en lo procaz) que "viste" al género literario en cuestión, para que el autor verdaderamente cultive el arte de la pintura hermosa y policroma de las costumbres regionales. Basta regocijarse con "Apuntes de un lugareño" del consagrado José Rubén Romero, para captar en su plenitud la aseveración anterior.

Resulta lamentable confesarlo, pero Sonora es pobre en esta materia. Se pueden contar con los dedos de las manos (y sobran dedos) los escritores costumbristas; entre ellos, Enrique Contreras que nos legó "Cosas Viejas de mi Tierra", Fernando A. Galaz con "Dejaron Huella en el Hermosillo de Ayer y de Hoy", todo un alarde de investigación, y el exquisito vale Alfonso Iberri con "Mi Viejo Guaymas".

Por la razón anterior, la obra de Gilberto Escobosa es trascendente. Al hojear su contenido, el lector descubrirá títulos tan sugestivos como: "Los acontecimientos más importantes del período 1828 a 1881", "La Alameda" (hoy Parque Francisco I. Madero), el dramatismo de "Los últimos días del Imperio en Hermosillo", "La tragedia de la Noria de Aguilar", "Un visitante Apocalíptico", esto es, la terrible fiebre amarilla y el célebre episodio del "Titanic" en el que perdiera la vida un distinguido vecino hermosillense, Don Manuel R. Uruchurtu.

Siguen desfilando por sus páginas relatos de la época revolucionaria en "Cuando Hermosillo fue Capital de México", personajes pintorescos en "Excentricidades de algunos hermosillenses", sitios y tópicos urbanos tan característicos de antaño como "El gran Hotel Arcadia" y "El Ferrocarril del Pacífico", así como el gran impacto que causó la Rebelión Renovadora de 1929 y la Explosión de un polvorín en 1950.

No podrían faltar otros episodios como "Gente y cosas del Gobierno de Yocupicio", "La Aviación en nuestra ciudad", el terrible incendio del Palacio de Gobierno, quizá el acontecimiento más doloroso en la conciencia cívica de Sonora, por tratarse de un inmueble de especial afecto para sus habitantes, para concluir con estimulantes semblanzas de prominentes personajes: El Profr. Alberto Gutiérrez, el Gral. Abelardo L. Rodríguez, el Gral. José Guillermo Carbó, Don Ramón Corral y Don Adolfo de la Huerta.

En lo que pudiera llamarse la segunda parte de la obra, Escobosa subtitula ésta como "ANECDOTAS PERSONALES Y FAMILIARES DEL AUTOR". Y resulta un deleite saborear la prosa de Gilberto, alegre, saltarina y jovial, especialmente cuando se refiere a episodios de su niñez y juventud.

Por ejemplo, en "La Familia Escobosa ya tiene automóvil", recordamos alborozados que todavía hace poco tiempo a los vehículos de propulsión mecánica, algunas gentes viejas de Hermosillo le llamaban "máquina"; pero también nos conmueve el sentido relato del hijo que titula "Papá tiene una pierna artificial".

Como todo cronista, incursiona y con éxito en la leyenda, al describirnos con peculiares trazos, "El secreto de Don Juan Manuel", "¿Disparó el Muerto?" y "El Joven García", para concluir en un variado y multicolor abanico, con "El Desterrado", "Remembranzas de un Comisario", "En el Pórtico de San Pedro" y una referencia al tradicional, bravo y populoso Barrio de "San Benito".

Con esta nueva y singular aventura literaria, el autor supera con creces la primera que fue "Granitos de Sal Inglesa", ya que la presente, llena con plenitud una hermosa función social como es la del cronista. Enhorabuena por Gilberto Escobosa, que enriquece más con esta semilla que habrá de ser fecunda, su ya abundante cosecha de hombre de bien, funcionario probo y ejemplar padre de familia.

JUAN ANTONIO RUIBAL CORELLA.

Crónicas:

Los acontecimientos más importantes del Periodo 1828-1881

La antigua Villa del Pitic alcanzó el rango de ciudad y el nombre de Hermosillo por el Decreto No. 77 del H. Congreso Constitucional del Estado Libre, Independiente y Soberano de Occidente, el 5 de septiembre de 1828.

A partir de la formación del Estado de Sonora en 1831, Hermosillo fue la Capital durante un corto lapso, ya que en el mes de mayo del año siguiente los Poderes se establecieron en la Ciudad de Arizpe, antiguo asiento de las Provincias Internas de Occidente.

Y a propósito, antes de seguir adelante con esta crónica, es oportuno decir que en la bella Ciudad de Arizpe duermen el sueño eterno tres grandes héroes: Ignacio Pesqueira, Jesús García Morales y Pedro García Conde. También allí, en la parroquia de ese lugar, se encuentran los restos del más grande explorador sonorense, don Juan Bautista de Anza.

Ahora, continuando con la cronología de sucesos históricos de esta Ciudad-Capital, diremos que a partir de la fecha en que dejó de existir el Estado de Occidente, la ex Villa del Pitic ha sido testigo de muchos acontecimientos: En 1852, de la permanencia durante un mes en la Casa de la Moneda, de las huestes de Gastón Raousset Boulbón. Y el 14 de octubre de ese mismo año, de la derrota que infligieron esas fuerzas a las tropas del General Miguel Blanco en el lado Oriente de la zona urbana. Por cierto que esa derrota fue vergonzosa para Blanco, puesto que siempre, o casi siempre, se distinguió como un buen militar de carrera desde que egresó del Colegio Militar como oficial de artillería.

En el mes de mayo de 1865 los hermosillenses vieron pasar a lo que quedaba del Ejército del General Ignacio Pesqueira después de

la derrota de La Pasión. Los testigos de aquel tiempo vieron al ilustre sonorenses montado en su caballo, macilento y reflejando en su rostro el sufrimiento de una gran pena, al no poder contener el avance de los enemigos de su patria. Y luego vieron también, llegar victorioso, empingorotado, al altivo Coronel Garnier.

Cómo pronunciaron maldiciones los hermosillenses de 1865, al ver a los invasores disponer de vidas y haciendas y castigar como un enorme delito el amar a México. Pero esas frases hirientes se trocan en canto de victoria cuando en septiembre de 1866 el ejército francés, maltrecho y menoscabado, se reembarca por Guaymas para no volver más.

En 1876 se inicia en Hermosillo el movimiento de rebeldía contra quienes habiendo sido sus héroes se convierten en sus tiranos. El General Ignacio Pesqueira cae y deja de ser el árbitro de los destinos de Sonora. Pero sus habitantes saben ser agradecidos y con el tiempo perdonan sus errores y cuando el 5 de enero de 1886 muere el héroe, la ciudad hizo demostraciones de duelo.

En 1878 el Estado de Sonora sufre en carne propia una revolución local, en la que hubo de intervenir el Gobierno federal. Sólo así se logró la pacificación, pues los ánimos estaban muy encendidos. El Vicegobernador Francisco Serna se hace cargo, por disposición de la Legislatura, del Poder Ejecutivo.

Don Francisco Serna, minero, hacendado y comerciante, también llegó a ser General del Ejército, además de político. Y por ser un hombre pragmático, en su corto periodo de Gobernador logró conciliar intereses encontrados y pacificar la Entidad.

Siendo aún jefe del Poder Ejecutivo el General Serna, a instancias de éste la Legislatura Local expidió el Decreto Núm. 57 de fecha 26 de abril de 1879, que traslada la Capital de Ures a Hermosillo provisionalmente.

Los restos del General Serna descansaron primero en el cementerio de la Calle Matamoros y después fueron trasladados al cementerio de la Calle Yañez. Estamos seguros que cuando se construya en Hermosillo la Rotonda de los Sonorenses Ilustres, allí irán a reposar esos venerables huesos.

La llegada del primer tren del Ferrocarril a Hermosillo, el 4 de noviembre de 1881, confirmó el acierto de convertir esta ciudad en la

Capital del Estado. Ese día había frente a la Estación de Madera del Ferrocarril de Sonora, una gran concurrencia de personas y en todos los rostros se notaba la alegría y el alborozo. Por unas horas minoró el abismo existente entre las clases sociales alta, media y humilde, saludándose con camaradería los ricos y los pobres. Personas muy destacadas estaban allí, esperando al señor Gobernador del Estado, Licenciado don Carlos Rodrigo Ortiz Retes, quien venía en el tren que inauguraría esa vía de comunicación, procedente de Guaymas. Tres orquestas tocaban las melodías de aquellos tiempos: Era un día de fiesta que pasaría a la historia como uno de los grandes acontecimientos de ese siglo.

Los hombres de empresa hermosillenses que ya en aquellos tiempos abundaban, se daban cuenta de que los ferrocarriles fueron un factor muy importante en el advenimiento de la revolución industrial de Europa y de los Estados Unidos de Norteamérica; e intuían que era necesario prolongar esa vía férrea para el norte y para el sur, para establecer ese tipo de comunicación con el centro del País y con los vecinos norteamericanos.

La vía del Ferrocarril de Sonora se pensaba construir, primero, de Guaymas a Hermosillo y enseguida proseguirla a Paso del Norte (Cd. Juárez, Chihuahua), pero los concesionarios norteamericanos dejaron caducar la concesión y llevaron las paralelas de hierro a Nogales antes de seguir la construcción hacia el sur.

Para darnos cuenta de la importancia de los Ferrocarriles, recordemos que actualmente hace alrededor de ciento cincuenta años que salieron de su etapa experimental para dar un servicio eficaz y seguro, y que todavía no han logrado desplazarlos en el transporte de grandes cargas por vía terrestre. Por ello afirmamos sin hipérbole, que el acontecimiento más positivo del siglo pasado en Hermosillo, fue la inauguración del Ferrocarril de Sonora.

En 1881 no existían el Palacio de Gobierno ni la Catedral Metropolitana; el templo principal era la capilla del Carmen terminada al empezar la quinta década del siglo pasado.

En ese tiempo la que hoy es la Plaza Zaragoza, se llamaba Plaza Principal, sin serlo, ya que era de mayor categoría la Plaza de la Moneda. La ciudad de Hermosillo tenía alrededor de quince mil habitantes y cuando sus naranjos estaban en floración, era la ciudad

más perfumada del mundo.

En la fecha citada, a instancias del Gobernador Ortiz Retes, a quien tocó inaugurar el Ferrocarril, se llevó a cabo una colecta pública para construir el Instituto Sonorense, y a menudo el gobernante exclamaba lleno de orgullo y optimismo: "El Instituto Sonorense, como es de esperarse, prosperará a medida que Sonora progrese y su gobierno se cimente, y hará recaer sobre Hermosillo el nombre de "La Salamanca Sonorense".

El Gobernador Ortiz, hombre idealista, defensor denodado de la soberanía de nuestra patria chica, no logró llevar adelante su propósito de construir el Instituto; intereses muy fuertes cuyos tentáculos estaban en la Capital de la República, le obligaron a renunciar para evitar males mayores a Sonora.

El Presupuesto de Egresos del Estado de Sonora, para los últimos tres meses de 1881, señala los siguientes sueldos mensuales: 1 Gobernador, con \$400.00; 1 Secretario de Estado (Secretario General de Gobierno), \$200.00; 1 Tesorero General del Estado, \$200.00. A los señores Diputados se les asignaban \$130.00 cada treinta días.

En nuestras manos tuvimos una vieja factura del tiempo de la inauguración del Ferrocarril, por la venta de los siguientes artículos: 516 yardas de lienzo trigueño, \$31.53; 386 yardas de indiana de colores, \$30.77; 93 yardas de gambrón, lienzo cruzado de algodón \$9.93; y 21 pantalones de mezclilla, para adultos, a \$1.65 c/u, \$34.65; pero.... ¡Qué difícil era conseguir el dinero!

La Alameda.

Hacia el año 1780 la hoy ciudad de Hermosillo tenía por nombre San Pedro de la Conquista del Pitic, aunque ya se le nombraba solamente Villa del Pitic. Y fue en esa época que las autoridades virreinales desmontaron y limpiaron una superficie de terreno de un millón de varas cuadradas, con ubicación al oriente de la Villa. Se aprovechó el paso de un canal para convertir esa zona en un lugar fértil con abundantes fresnos, álamos, eucaliptos y cítricos, donde las familias pitiqueñas, desde las más conspicuas hasta las más humildes, concurrían a pasar sus días de campo después de oír misa,

aprovechando la ocasión para visitar a sus muertos que yacían en el cementerio cercano.

Sin embargo, unos años después las familias dejaron de acudir a ese hermoso lugar con la asiduidad anterior, porque al realizarse la independencia el Ayuntamiento usó el paseo como potrero de las acémilas que tiraban los carros de la limpia y el riego de las calles; y fue hasta el año 1899, un poco más de un siglo después de que fue creada La Alameda, como se le llamó desde un principio, que ocurre que las autoridades hermosillenses consideran conveniente que esa zona boscosa se convierta en un verdadero parque, con calles bien trazadas y árboles que no solamente brinden sombra, sino que también sirvan de ornato.

El Gobierno de don Ramón Corral fue para Hermosillo muy benéfico, el más constructivo en el siglo pasado, como en el actual han sido Rodolfo Elías Calles, Abelardo L. Rodríguez, Ignacio Soto y Luis Encinas Johnson. Don Ramón destinó grandes cantidades del presupuesto estatal para embellecer Hermosillo, y entre las obras que emprendió contamos el actual "Parque Francisco I. Madero". Tanto entusiasmo sentía el Gobernador Corral por dar a la Capital del Estado un parque digno de la ciudad, que animó a muchos ciudadanos a aportar cantidades de su peculio personal; una de ellas fue doña Amparo Azcona de Aguilar que, según don Fernando Galaz, construyó por su cuenta el arco que daba el frente hacia la Calle Don Luis, inaugurado el 15 de septiembre de 1900.

Poco tiempo después, por voluntad popular y también con aportaciones personales, se construyeron dos arcos, que daban a La Alameda un bello aspecto. Y nos informan las crónicas de principios de este siglo, que en 1901 un grupo de personas encabezadas por el señor Tomás Pérez solicitaron al Gobernador Izábal que ese paseo tuviese el nombre del anterior mandatario estatal, por lo que a partir de esa fecha se llamó "Parque Ramón Corral".

Don Ramón Corral Verdugo, político de grandes vuelos, inteligentísimo, autodidacto y con una gran cultura, hace una carrera en el servicio público muy brillante, pasa por la Cámara de Diputados, por la Secretaría de Gobierno, por la Gubernatura del Estado; se convierte en legislador federal y luego llega a la Secretaría de Gobernación y se crea para él la Vicepresidencia de la República. Los

sonorenses están orgullosos de que su patria chica haya dado a la patria grande un político tan brillante, mirado con envidia por el grupo de don Bernardo Reyes y atraído por los amigos de Limantour. Quien anteriormente fue protegido por el General don Luis E. Torres, hoy éste siente el respaldo de aquél. Por ello, creemos, los otros hombres que dirigían el Estado bajo la sombra del caudillo oaxaqueño, se empeñan en que el "Parque Ramón Corral" sea digno de tener ese ilustre nombre y lo embellecen con árboles frutales como cítricos, datileras y otros de ornato y de sombra, como laureles de la India traídos ex profeso por el General Torres desde Yucatán y aquí ese frondoso árbol plantado por primera vez en 1907, adquiere el nombre de "yucateco".

Y luego, los otros dos triunviros, ahora sin el tercero que se ha convertido en una iluminaria política en el cielo de México, aspiran a que el "Parque Ramón Corral" no solamente sea el más hermoso de la costa del Pacífico, sino de toda la República, y para realizar ese deseo convierten el paseo en un verdadero vergel de hermosas flores que perfuman el ambiente y deleitan a la vista.

El macadam a principios de siglo era lo mejor para revestir caminos y calles; por ello don Rafael Izábal invita a un ingeniero arizonense, amigo suyo, para que venga a enseñar a los encargados de la conservación de las calles hermosillenses, esa nueva técnica. Y no pasa mucho tiempo sin que se vean transitar por las callecillas del parque a los elegantes carruajes de los más destacados políticos, industriales, ganaderos, comerciantes y profesionales, tirados por hermosos caballos importados.

El "Parque Ramón Corral", hasta mayo de 1911, tuvo la más esmerada atención del Gobierno del Estado y del Ayuntamiento de Hermosillo; era como la niña bonita de la familia, pero... Un día el águila que emprendió el vuelo en Tuxtepec en 1876, es abatida, cae con sus alas rotas para no levantarse más. Ahora al Caudillo se le llama El Tirano y las bandas militares no volverán a tocar "El Héroe del 2 de Abril". El huracán de 1910 destruye nombres, fortunas y fuerza política. Don Ramón Corral es uno de los más perjudicados; pierde parte de su fortuna, su salud y su poder político. Sus antiguos enemigos, ayer ocultos, hoy quieren ser los primeros en injuriarle y una mañana del mes de mayo de 1911, un grupo de hombres llega

hasta el arco principal del "Parque Ramón Corral" y aplicando pintura corriente sobre el nombre del ilustre sonorense, escribe encima "Parque Francisco I. Madero".

Por haber ostentado el nombre de don Ramón, a partir de 1911 a la antigua Alameda se la descuida en su mantenimiento y cada vez viene a menos; los señores gobernadores no tienen interés en embellecer una joya que fue como una piedra preciosa de los viejos políticos porfiristas. Y así transcurren veinte años de olvido para el parque.

El 1 de septiembre de 1931 toma posesión de la Gubernatura del Estado un joven lleno de energía que desea adquirir luz propia en la política: Rodolfo Elías Calles, quien al elaborar el presupuesto de 1932 destina una partida para el embellecimiento de las ciudades. Más que hacer obras de ornato, el nuevo gobernador pretende que en las nuevas construcciones encuentren empleo parte de los miles de repatriados por el Gobierno de los Estados Unidos, a la vez que dispone estímulos fiscales para quienes construyen casas.

El abandonado "Parque Francisco I. Madero" es el primer paseo que recibe los beneficios de la acción creadora del joven Elías Calles; se lleva a cabo una nueva transformación asombrosa y luce mejor que en sus mejores tiempos del triunvirato Torres/Izabal/Corral; propios y extraños quedan perplejos ante tanta belleza; si don Ramón y sucesores pretendieron imitar en pequeño el Arco del Triunfo de París, en la misma proporción Rodolfo creó una imitación de los Jardines de Versalles; se nota que hombres de gusto refinado plantearon y ejecutaron esas obras. Y no satisfecho el Gobernador con los muchos elogios que escucha de quienes visitan el parque, construye un lago, una pérgola y luego La Casa del Pueblo y el estadio de béisbol. Ahora nuestro parque es digno de su nombre, como lo fue a principios del siglo con el de "Parque Ramón Corral".

Desgraciadamente los días de grandeza para los hombres y los pueblos, no suelen ser muy dilatados. En 1935 viene el distanciamiento de don Plutarco Elías Calles y su viejo protegido, ex villista, Lázaro Cárdenas. Rodolfo, como don Plutarco su padre, desaparece del escenario político y llegan al Gobierno del Estado dos hombres, sucesivamente, que odian todo lo emprendido por cual-

quier miembro de la familia Elias Calles: Gutiérrez Cázares y Román Yocupicio. El "Parque Francisco I. Madero" viene a menos; el lago, dicen los nuevos gobernantes, provoca proliferación de mosquitos y se deja secar; la hermosa pérgola no es destruida por mano humana, sino que el tiempo y la falta de mantenimiento se encargan de su destrucción. Y para colmo de males, pero ahora en otro plan, a don Faustino Félix se le ocurre construir en el lugar que ocupa La Casa del Pueblo un parque infantil, y ordena su demolición y la desaparición del "Estadio Fernando M. Ortiz". Parece que el señor Félix olvidó que el Municipio de Hermosillo dispone de una vasta superficie de terreno, por lo que no es necesario destruir lo viejo para construir lo nuevo, ¿Qué tal si Hermosillo tuviese dos estadios de beisbol, uno para las ligas mayores y otro para las menores?.

Es, pues, a partir del Gobierno provisional del General Jesús Gutiérrez Cázares cuando el que fue el más hermoso parque de la costa del Pacífico empieza a venir nuevamente a menos por falta de conservación, hasta que llega el Gobierno de don Abelardo Rodríguez Luján (después de la oscura administración del General Macías), quien trae de otras ciudades jardineros para que se encarguen de las plantas de flores y de adorno; luego asumen sucesivamente la Gubernatura don Ignacio Soto, don Alvaro Obregón y don Luis Encinas Johnson, y también dedican fondos del Presupuesto a la atención de nuestro parque. Gracias a ellos no se convirtió en un bosque de mezquites y bagotes.

El periodo de más abandono que ha tenido Hermosillo fue durante la administración de don Faustino Félix Serna, lo cual fue muy notorio porque el Licenciado Encinas Johnson, como don Ignacio Soto, en periodos anteriores, fueron muy constructivos para nuestra ciudad. Muchos afirman que al llegar a la Gubernatura el señor Félix Serna odiaba a Hermosillo y a su gente, por la oposición tenaz que demostraron muchísimos hermosillenses a su candidatura.

La antigua Alameda, después "Parque Ramón Corral" y ahora "Parque Francisco I. Madero", ha tenido épocas malas y muy malas y buenas y muy buenas; pero ha sobrevivido durante doscientos años a todas las vicisitudes y aunque en la actualidad no se le atiende como se debe y se le quiere por parte de los hermosillenses, continúa siendo el mejor parque de Hermosillo, de los ricos y de los

pobres, porque ese paseo, como la Plaza Zaragoza, el Palacio de Gobierno y el Cerro de la Campana, nos recuerda nuestra cuna y nuestro origen.

Los Ultimos dias del Imperio en Hermosillo

La noche del 25 de octubre de 1865 estalló en Hermosillo un levantamiento contra el Imperio, encabezado por el Comandante Joaquín Contreras, que puso en jaque a las autoridades locales impuestas por los extranjeros. El fracaso de este movimiento de rebelión fue ahogado en sangre de patriotas; los cronistas de ese tiempo coinciden al afirmar que ésto se debió a la carencia de un jefe caracterizado como caudillo.

Mientras aquéllo acontecía, el ejército francés se veía en apuros en el resto del país como en Sonora. Los chinacos eran implacables e incansables: Mientras los invasores movilizaban tropas de una plaza a otra, los mexicanos tomaban la primera. Esto se convertía en el cuento que no tiene final; por ello el General Bazaine, recientemente ascendido a mariscal, constantemente se lamentaba de que sus treinta o treinta y cinco mil soldados eran insuficientes para dominar el país.

Realmente el Mariscal de Francia carecía de las tropas suficientes para desanimar a Juárez y a sus patriotas a seguir en la lucha; ésto, sin contar con los treinta o cuarenta mil hombres que los conservadores traían en sus filas ayudando a los verdugos de su patria.

Debemos recordar que cuando el ejército de línea mexicano fue vencido por la superioridad del equipo de los invasores y los traidores, se optó por continuar la guerra de guerrillas que tanto éxito alcanzó en la revolución de independencia.

En el año 1866 llegó a Sonora el General Angel Martínez al frente de los "macheteros", enviado por el General Ramón Corona quien era el Jefe del Ejército de Occidente. Y en Alamos tuvo lugar el 7 de enero una gran batalla, fungiendo como defensor de la plaza el imperialista José María Tranquilino Almada. El combate se inició a las cinco horas y después de las once de la mañana el triunfo se inclina-

ba por el lado de las fuerzas de Martínez. Almada escapa de caer prisionero y huye a uña de caballo con un grupo de sus hombres; el General Martínez persigue a los derrotados y en su huida todavía logra hacerles algunas bajas.

José María Tranquilino Almada era el Prefecto Imperial de Alamos. En su libro *Alamos de Sonora*, en la página 310, don Manuel Santiago Corbalá Acuña, dice:

“El ‘Chato Almada’, fue distinguido por el Emperador Maximiliano, en distintas formas, tanto al concederle el mando militar y político, al designarlo Prefecto Imperial de Alamos, como cuando le otorga la Cruz Imperial de Guadalupe, en la clase de Comendador, la más alta de las que concedió en todo Sonora.

“Don José María Tranquilino Almada y Quirós, el ‘Chato Almada’, como popularmente es conocido, nació en la ciudad de Alamos, el día seis de julio de mil ochocientos veintidos y fue hijo de don José María Almada y Alvarado y de doña Isabel Quirós y Mora, contrayendo nupcias con doña María Ibarra, hermana de doña Mercedes, la segunda esposa de su padre.

“La pasión y el rencor, lo llevaron a adoptar una causa que no era la suya y que no concordaba con sus ideas y convicciones políticas y sociales, y de ello debemos lamentarnos, porque puesto del lado de la República, hubiera llegado lejos y alcanzado, indudablemente, los más altos destinos”.

Después de la toma de Alamos, los “macheteros” avanzan hacia el interior del Estado. En Movas el jefe imperialista Mange sale a su encuentro y en un rudo combate cae muerto antes de concluir la batalla.

El General Ignacio Pesqueira regresa de Arizona, ya un poco restablecido de la pérdida de su hijo y de su esposa; se incorpora a las fuerzas de Martínez y juntos prosiguen la campaña.

La mañana del 3 de mayo de 1866 los republicanos ponen sitio a la ciudad de Hermosillo, defendida por Almada con cuatrocientos de sus hombres y parte de la Legión Extranjera. El asalto a la plaza se lleva a cabo al amanecer del día 4, presenciándose por ambos bandos actos verdaderamente temerarios, pues las pasiones por un lado y el patriotismo por el otro, estaban a punto de ebullición. Los coroneles republicanos Eleazar B. Morales y Jesús Toledo, con un valor

y un heroísmo excepcionales, se lanzan con su gente sobre las posiciones artilladas en el Cerro de la Campana y las toman a sangre y fuego, mientras el General Martínez por medio de una de sus formidables cargas de caballería toma el primer fortín del lado oriente del cerro, abriendo las puertas de la ciudad a las infanterías de los nacionalistas.

Aún no se acababa de reconocer el campo de batalla, cuando se tuvo conocimiento de que numerosas fuerzas imperialistas de Ures marchaban sobre Hermosillo. A las tres de la tarde un piquete de caballería de Martínez se tiroteaba en El Ranchito con la descubierta del enemigo, y en el Puente Colorado a un kilómetro al Oriente de la ciudad, se empeñó un combate con mucho ardor por ambas partes. Las fuerzas enemigas de México estaban constituidas por soldados franceses y traidores, dirigidos por Lamberg, Tánori y Salvador Vázquez.

Dándose cuenta don Angel Martínez de que ante fuerzas muy superiores no podría continuar ocupando la plaza, optó por retirarse a San Marcial peleando en retirada.

El General Emilio Lamberg, mercenario suizo al servicio del Imperio, designado Comandante General de Sonora, después de derrotar a los patriotas y expulsarlos de la ciudad, publicó en Hermosillo un decreto imponiendo la pena de muerte a los civiles que tuviesen en su poder armas u objetos de las fuerzas liberales y no los entregasen en un plazo de veinticuatro horas. Además impuso el reclutamiento forzoso de todos los hombres de dieciocho a cincuenta años.

En la página 166 de su libro *Perfiles de un Patriota*, el Licenciado Juan Antonio Ruibal Corella, afirma: “De junio a septiembre de 1866, se intensifican las microacciones de guerra. Una lucha sorda, de “pega y corre”, se desarrolla entre los beligerantes. Sería cansado para el lector, repetir las pequeñas incidencias militares ya que todas son del mismo color y sabor, manteniéndose el panorama más o menos equilibrado para ambos bandos, pero con ventaja a la postre para los liberales, porque como afirma un escritor costumbrista, “éstos contaban con la decidida y franca cooperación del pueblo, lo que les permitía movilizarse con asombrosa rapidez; en triunfo o en derrota, ellos llegaron a rendir jornadas de treinta le-

guas en un día, sin más bastimento que un morral de pinole y unos tronchos de panocha”.

“El 2 de septiembre, la balanza empezó a inclinarse por el lado del platillo republicano. Ese día después de un sangriento combate, el Coronel Adolfo Palacio nativo del puerto de Guaymas, derrotó completamente en Alamos a don José María Tranquilino Almada. Esta fue una herida de muerte para el jefe imperialista, quien dejó numerosos cadáveres y pertrechos en el campo y se retiró a Navojoa, quebrándose en esa forma el principal núcleo combatiente a favor de Maximiliano en el sur del Estado”.

“Sin embargo, la confrontación definitiva tuvo lugar el 4 del mismo mes en los llanos de Guadalupe de Ures y el día siguiente en Ures, en cuyas memorables acciones, las armas de la República al mando de Pesqueira y Martínez después de sangrientas y encarnizadas batallas, aniquilaron el híbrido ejército francés-mexicano, al mando del general Lamberg y del jefe indígena Refugio Tánori”.

El día 15 de ese mes de septiembre de 1866, el General Angel Martínez se posesiona de Guaymas, la última plaza en Sonora que ocupó el ejército francés en Sonora.

En Ures, Hermosillo y Guaymas se restablecieron definitivamente las autoridades republicanas.

Pero fue el 19 de junio de 1867 cuando desapareció todo vestigio del Imperio en México, al ser fusilados en el Cerro de las Campanas, en Querétaro, Maximiliano, Miramón y Mejía. Dura Lex, Sed Lex (dura... es la Ley, pero es la Ley).

El Jinete de El Llano.

“En agosto de 1861 en la Villa de El Fuerte, Sinaloa, el Coronel Estévez se pronunció con la guarnición a favor del Plan de Tacubaya. Los alzados cruzaron la línea divisoria de ambos Estados y se internaron en Sonora, llevando como objetivo la Ciudad de Alamos, que se encontraba desguarnecida. Las autoridades de aquel lugar al tener conocimiento del avance de los insurrectos se prepararon a recibirlos con la Guardia Nacional, y el día 19, en el rancho El Salitral, situado sobre el camino de El Fuerte, a 6 leguas de Alamos, un en-

carnizado combate tuvo verificativo durante el cual la victoria estuvo a punto de premiar el valor de los alamenses, que al fin fueron vencidos por los revolucionarios, en manos de quienes cayó la ciudad y algunos elementos de guerra y dinero. Días después Estévez salía con sus tropas hacia el centro del Estado, llegando hasta La Bonancita, de donde retrocedió para instalarse en Buena Vista, al tener noticias de que tropas liberales destacadas por Pesqueira marchaban a su encuentro al mando del Coronel Jesús García Morales". ("Compendio de Historia del Estado de Sonora", del Profr. Eduardo W. Villa).

Mientras tanto el General Ignacio Pesqueira, en forma desesperada organizaba la defensa de Hermosillo, ya que en Guaymas hubo que sofocar un levantamiento en apoyo de Estévez. Y para hacer más difíciles las cosas para los liberales, las tribus yaqui y mayo instigadas por los reaccionarios se rebelaron nuevamente.

Por noticias recibidas del sur del Estado, se sabía que el Coronel Antonio Estévez habiase hecho de muchos recursos en Alamos y que contaba con el apoyo de la acaudalada familia Almada.

Pesqueira era un hombre de mucho temple; era un hombre de hierro; era un sonorense a quien ni los calores calcinantes del desierto abatían. Para acompañar en sus campañas a este mexicano excepcional, se necesitaba poseer una resistencia física y un valor a toda prueba.

Hermosillo en ese tiempo era una ciudad pequeña que se extendía de este a oeste de La Alameda (Parque Madero, actualmente) hasta la Plaza Principal (Plaza Zaragoza), y de norte a sur, de las faldas del Cerro de la Campana hasta la actual Calle Morelia, aun cuando por la "Calle del Piojo" (Calle José María Yáñez) se extendía un poco más. Villa de Seris, El Coloso y El Ranchito no pertenecían al área urbana. El cementerio estaba ubicado en donde hoy se localiza el Jardín Juárez.

Pero a pesar de la pequeñez de nuestra ciudad, el General Pesqueira logró reunir trescientos hombres decididos a dar la batalla.

El 15 de octubre de ese año pasó el infidente Estévez por la Iglesia Vieja (antigua Villa del Pitic) pretendiendo entrar con sus huestes a Hermosillo, mas... ¡Allí estaba don Ignacio, el héroe de tantas batallas, esperándole!

El combate dio principio a las dos de la tarde, extendiéndose hasta las faldas del Cerro de la Campana; y cuando la lucha se encontraba en su fase decisiva, del lado del Gobierno salió un campesino montado en su brioso corcel, remolineando la reata y dirigiéndose al campo enemigo, lanzó una pieza de artillería de los infidentes que trajo hasta el fortín de los hermosillenses. Ese héroe olvidado fue un joven de nombre Francisco Cota, residente de El Llano, una pequeña comunidad rural que se localiza al poniente de Hermosillo. Todavía en 1906, según el señor Federico García Alva, el señor Cota vivía en ese lugar.

Después de cinco horas de lucha, los quinientos hombres de Estévez fueron vencidos, perdiendo toda su artillería.

Pocos días después don Ignacio Pesqueira se dirigió a la ciudad de Alamos a fin de conferenciar con don Plácido Vega, Gobernador de Sinaloa, quien se encontraba allí, haciéndole entrega de cien prisioneros y diez cañones que obtuvo al derrotar a Estévez.

En aquella ciudad Pesqueira ordenó el fusilamiento de los señores Toribio Almada, miembro de una acaudalada familia de ese lugar que había tomado parte en la rebelión, y Juan N. Escobosa, secretario del Jefe de la rebelión.

Don Manuel Santiago Corbalá Acuña, en su libro Alamos de Sonora, página 161, asienta:

“El 2 de agosto de 1861, sobreviene el levantamiento del Coronel don Antonio Estévez, en contra de don Plácido Vega y del propio Pesqueira y en la aventura lo siguen dos hijos de don José María (Almada), habidos en su segundo matrimonio con doña Mercedes Ibarra: Vicente y Toribio. El primero muere en campaña en las cercanías de Hermosillo y el segundo es hecho prisionero y fusilado en Alamos, sin que valieran los ruegos de doña Mercedes y de la población toda que la secundaba en su imploración, para que Pesqueira perdonara e hiciera gracia de la vida al joven Almada. Contándose que tan inclemente se mostró Pesqueira, que ni siquiera admitió ver a doña Mercedes y que ésta a gritos desde la Plaza de la Pilita tuvo que hacer su imploración, ofreciendo pagar en oro el peso de su hijo y se dice que para acallar los gritos de la desolada madre Pesqueira ordenó a sus Bandas de Guerra, tocaran a retreta mientras ésta no

se retirara de la Plaza''.

La realidad es que el hombre de mucho temple, el hombre de hierro; el sonorense a quien ni los calores calcinantes del desierto abatían, era también un hombre inexorable.

La Tragedia de la Noria de Aguilar.

Los apaches eran miembros de tribus nómadas, que emigraban hacia los lugares donde había pastizales y agua, siguiendo a las manadas de búfalos. Eran bajos de estatura, ágiles y musculosos y con aspecto mongólico. No habitaban propiamente el Estado de Sonora ni otra parte norteña de México, sino que hacían frecuentes incursiones por nuestra Entidad en plan de depredación. Eran sanguinarios y mataban a sangre fría a hombres, mujeres y niños lactantes. Se decía, y con razón, que después de sus asaltos asesinaban a cuchillo solamente por el gusto de matar.

Los apaches eran peores que las fieras salvajes que sólo matan cuando sienten hambre. En campaña empleaban el sistema de señales de humo para comunicarse entre grupos dispersos, sobre todo si veían una caravana o a individuos que viajaban solos. Desde las alturas de los cerros descubrían a la pobre gente que se trasladaba de un lugar a otro, ajena que al ser descubierta su muerte era inminente.

Como las hordas de Atila, los apaches caían sobre las aldeas indefensas y asesinaban a cuanto ser humano encontraban a su paso; la misericordia les era desconocida.

Los primeros sesenta años de nuestra vida independiente, el norte de nuestro Estado casi estaba despoblado por el temor que se tenía a esos salvajes. Todavía en la época de la Colonia el ejército español contaba con tropas para batir a los indígenas depredadores; pero después de la Independencia las constantes asonadas habían arruinado la economía del país. A pesar de que en la parte norte de nuestro Estado existen minas muy ricas, pocos se atrevían a explotar la minería; no se conseguían trabajadores dispuestos a arriesgar su vida y la de su familia, frente al peligro de los apaches.

Fue por ello que al estabilizarse el Gobierno de la República

años después del triunfo del Plan de Tuxtepec, el Ejército Nacional estaba en condiciones de llevar a cabo una batida contra las hordas salvajes.

El 3 de enero de 1883, llegó a Ures el entonces Coronel don Abraham Bandalá al frente del 22o. Batallón y desde luego dio una formidable batida a los indigenas asesinos que asolaban la comarca, haciéndoles huir a sus lugares de origen: Arizona, Nuevo México y Tejas.

No obstante lo anterior, el 19 de marzo de ese año, una gavilla de apaches que habia logrado substraerse a la persecución del Ejército, a las once de la mañana asaltó una diligencia que habiendo salido de Ures se dirigía a la "Noria de Aguilar" que se encuentra en el camino de Rayón. Los ocupantes del vehiculo eran personas muy importantes de Ures que habian proyectado pasar unos cuantos dias de descanso.

En su libro *Casos... y Cosas*, doña Dolores Real C. de López, Cronista de la Ciudad de Ures, asienta: "Los indefensos viajeros fueron inmisericordemente acribillados por los salvajes. Quedaron muertos en el acto la señora Joaquina Aguilar de Maldonado, el señor Jesús Quijada y el Profesor Leocadio Salcedo, junto con el criado que les acompañaba.

"También formaban parte de aquella comitiva los dos hijos de doña Joaquina, quienes milagrosamente lograron huir por el monte. Don Dionisio Aguilar, quien montaba a caballo a un lado del carro, fue gravemente herido, logrando huir con vida de ese lugar. Dos dias después fue encontrado en tan lamentable estado, que pronto murió en la ciudad de Ures. Enseguida del asalto, los apaches prendieron fuego al carro en que iban sus victimas y se dirigieron a las casas de La Noria. Allí asesinaron a dos sirvientes más, con lo que los muertos sumaron siete. Los cadáveres fueron recogidos por los señores Jesús Vergara, Salomé Bracamontes y Florentino Noriega.

"Don Dionisio Aguilar, miembro de una de las familias más prominentes de Ures, era notable hombre de Estado, pues ocupó altos puestos en la Administración Pública. El señor Leocadio Salcedo, fue ilustre profesor de un internado para varones y fundador del mismo. Además era muy apreciado por su enorme empeño en difundir la instrucción pública en la Entidad".

Ese acontecimiento fue muy doloroso para varias familias de Ures y de Hermosillo, donde las personas sacrificadas por los salvajes tenían parientes muy cercanos. Y aún después de transcurridos muchos años, recordaban el suceso con horror.

En lo que respecta al Profesor don Leocadio Salcedo, muchos años después, quizá más de setenta, Hermosillo perpetuó su memoria al disponer el Ayuntamiento que una calle tuviese su nombre.

En su libro Breve historia de la Educación en Sonora e historia de la Escuela Normal del Estado, el señor Profesor Gustavo Rivera hace una semblanza del Profesor don Leocadio Salcedo:
dio Salcedo:

“Nació en Guayaquil, Ecuador en 1831 y, después de terminar su educación secundaria, sirvió a la marina de su país alcanzando el grado de Teniente.

“En 1855 solicitó su baja y se radicó en San Francisco, California. Cuatro años más tarde se trasladó al Puerto de Mazatlán, Sinaloa, en donde se dedicó a las labores docentes.

“En 1860 vino a Hermosillo y estableció una escuela primaria particular. En 1863 en compañía del Profesor Alejandro Lacy fundó el Liceo de Hermosillo. En este propio año pasó a Ures a hacerse cargo de la Dirección del Colegio de Sonora y, en 1865 se trasladó a Guaymas en donde estableció una escuela primaria particular. Dos años después volvió a la Dirección del Colegio de Sonora de Ures y en 1874 fundó en Guaymas el Colegio de la Unión.

“Recibieron sus sabias enseñanzas, jóvenes que después fueron importantes ciudadanos.

“En unión de los señores Jesús Quijada, Dionisio Aguilar y señora Joaquina Aguilar de Maldonado, fue asesinado por los apaches en la Noria de Aguilar el 19 de marzo de 1883.

“La Escuela de la Mesa del Seri del Municipio de Hermosillo, lleva el nombre de tan insigne educador”.

Desde que se hizo cargo de la Presidencia Municipal de Hermosillo don Roberto E. Romero (1943-46), se tomó la costumbre de imponer a las nuevas calles de la ciudad los nombres de maestros distinguidos, de funcionarios destacados o de personas que en alguna forma dejaron huella bienhechora en la sociedad hermosillense. Y podemos añadir que muchas de esas personalidades fueron servido-

res públicos antes de la Revolución, como don Guillermo Arreola y don Enrique Monteverde, etc., y... ¡Qué bueno que así sea!

Un Visitante Apocalíptico.

En el mes de agosto de 1883 fondeó en la bahía de Guaymas el vapor norteamericano Newbern, infestado del terrible mal de la fiebre amarilla, dándose los primeros casos durante el mes de septiembre en Hermosillo. Como visitante apocalíptico hizo estragos en la población que, no acostumbrada a padecer esta clase de mal, al principio no sabía qué medidas tomar para librarse de la muerte. Frecuentemente era en esas fechas escuchar llantos por doquiera, por los enfermos o por los muertos,

Cundió el pánico y el éxodo se generalizó entre la gente pudiente llevando la plaga a Arizona y California. Como sabemos, la parca poco o nada entiende de las clases sociales y se llevó a muchos por igual a ricos y pobres.

La prensa de esa época informa que para el mes de octubre habían muerto 211 personas y existían más de mil enfermos, en menos de dos meses y en una población de 10,000 habitantes.

En el cementerio municipal que se ubicaba en la actual Calle Matamoros, se destinó una amplia superficie para las víctimas de la epidemia y el Ayuntamiento cedía gratuitamente el terreno y los ataúdes a la gente pobre.

Mientras esta enfermedad sentaba sus reales en Guaymas, Hermosillo, Magdalena y Nogales, el Gobierno del Estado presidido por don Luis E. Torres y don Ramón Corral como Secretario, tomaba las medidas más acertadas de ese tiempo. Era tanto el pánico que existía en nuestra ciudad, que apenas una persona exhalaba el último suspiro, ya estaban a su lado los enterradores.

Durante mucho tiempo se comentó que algunos ebrios que al amanecer dormían la mona bajo la bóveda celeste, eran trasladados al cementerio y enterrados vivos.

Al llegar el otoño la epidemia cedió y los periódicos locales informaban que Hermosillo estaba libre de la fiebre amarilla, pero...

Al año siguiente encontrándose la población confiada en que la

peste había desaparecido para siempre, reanudaba sus actividades para rehacerse del quebranto económico que originó la enfermedad, cuando he ahí que el mal reaparece a la llegada del verano de 1884, aunque con menos incidencia que la primera vez.

Fueron varios los inversionistas que abandonaron el Estado nuevamente más que de prisa, temerosos de contraer la enfermedad; y ello ocasionó nuevamente la fuga de capitales nacionales y extranjeros, sintiéndose una aguda crisis a nivel estatal.

El 11 de agosto, víctima de la terrible fiebre dejó de existir don José de Jesús Rico, Obispo de Sonora, ocurriendo con ésto un incidente que pudo llegar a mayores si no interviene el Secretario de Gobierno, el talentoso don Ramón Corral. Sucedió que algunos fieles católicos llevaron el cadáver del clérigo a la Capilla del Carmen y lo sepultaron allí, a pesar de que, por razones de salubridad, se les había negado el permiso. Afortunadamente después de las exequias, don Ramón convenció a las autoridades eclesiásticas de que lo hecho no era lo razonable ni lo conveniente, y ese mismo día exhumó el cuerpo y lo sepultó en el cementerio municipal. Y sobre este asunto aún se comenta por algunos historiadores, que nuevamente, por la noche, se extrajo del sepulcro municipal el cadáver y se reinhumó en el templo.

Esa peste tan temida, al aparecer en Guaymas traída por el Newbern y desde Mazatlán, primero se esparció a lo largo de la vía del Ferrocarril de Sonora y luego llegó a muchos pueblos alejados de la Capital del Estado. Y como se señala al principio de esta crónica, no respetó clases sociales ni económicas, ni a viejos ni a jóvenes. El señor Gobernador don Luis E. Torres estuvo a un tris de morir al caer en cama con la enfermedad; pero el hombre a sus cuarenta años era fuerte y resistente como un palofierro, y logró ser testigo de la historia de Sonora cincuenta y un años después de ser atacado por ese mal.

Los hermosillenses que hoy se encuentran en su senectud, recuerdan que en el viejo cementerio de la Calle Matamoros estaban marcados los lugares donde sepultaron a las víctimas de la epidemia, y que allí nunca se permitió remover la tierra.

En 1883, encontrándose en el puerto mazatleco Angela Peralta, la gran cantante mexicana de fama mundial, sufrió el contagio de la

fiebre amarilla y murió.

“Angela Peralta nació en la C. de México el 6 de julio de 1845, siendo de origen humilde. Desde pequeña demostró poseer una privilegiada voz y grandes facultades escénicas que le fueron cultivadas por su familia. A los nueve años de edad cantó una cavatina de ópera “Belizario”, que le escuchó la gran cantante Enriqueta Sotag, quien actuaba en el Teatro Nacional; la famosa artista hizo grandes elogios de la genial pequeña, a la que auguró muchos éxitos. Angela Peralta siguió estudiando canto y representación teatral, lo mismo en el Conservatorio de Música que con los mejores maestros que había en México, siendo ayudada por ellos.

“En 1860 contaba 15 años de edad cuando cantó por primera vez en el teatro, presentándose con la ópera “El Trovador”, al año siguiente partió para Italia, estudiando con ahinco bajo la dirección de reputados maestros. Alguno de ellos, extasiado al oírla, exclamó: “Solamente los ángeles del cielo pueden cantar así”. Un año más tarde en 1862, cantaba en el teatro de la Scala de Milán, donde únicamente los mejores solistas del mundo han actuado, obteniendo un éxito completo.

“Durante varios años recorrió las mejores ciudades de Europa, cosechando triunfos en todas partes, hasta que volvió a su patria, cantando en el Teatro Nacional de la ciudad de México, en medio del más delirante entusiasmo de sus compatriotas. Así quedó consagrada como la más notable cantante mexicana y una de las mejores del mundo; ese día, 11 de junio de 1871, cantó “Sonámbula”, ópera de Bellini, conmoviendo al público, que lloró y rompió en estruendosos aplausos. Después Angela Peralta se dispuso a recorrer las principales ciudades de México, para obsequiar a sus compatriotas con el tesoro de su incomparable voz”.

Dicen algunos cronistas de finales del siglo pasado, que la gran cantante mexicana tenía proyectado venir a Hermosillo en el año 1885. La muerte del “Señor Mexicano” fue otra más de las grandes pérdidas que ocasionó la fiebre amarilla.

Por más de cincuenta años, los restos de Angela Peralta estuvieron olvidados en un cementerio de Mazatlán, hasta el 11 de abril de 1937 cuando fueron trasladados a la “Rotonda de los Hombres Ilustres” del Cementerio de Dolores, de México, D.F.

La Construcción del Cuartel del Catorce, en Hermosillo.

El soberbio edificio llamado "Cuartel del Catorce", no fue construido en el siglo pasado, como muchas personas creen, sino en la presente centuria, formando hoy parte de nuestro patrimonio histórico. Por ello, cuando en 1979 se rumoreó que sería demolido por no reunir actualmente las condiciones necesarias para usarse como alojamiento de tropa, dado que quedó ubicado en el centro de la ciudad, no dejaron de escucharse voces de inconformes.

La Cuarta Zona Militar ha construido varios cuarteles en la parte norte de la ciudad, que reúnen las mejores condiciones para albergar a los miembros del ejército; por ello se pensó que el viejo edificio de la Calle Vicente Guerrero sería desocupado y demolido. Y como por arte de magia, las protestas vinieron de quienes consideran que la hermosa construcción guarda dentro de sus paredes mucha de nuestra historia.

Para conocer el origen del "Cuartel del Catorce", recordemos un poco la historia:

La famosa Policía Rural cuyos miembros eran conocidos como los "rurales" y eran temidos, respetados y admirados por sus proezas, no dependían de la Secretaría de Guerra sino de la Secretaría de Gobernación. Y fueron estos soldados y policías rurales a quienes más temían los revolucionarios de 1910-11, por su movilidad, su bravura y su experiencia en la táctica de guerrilla. Pero es claro que las batallas grandes de ese tiempo las libró el Ejército Nacional.

En el periódico "El Comercio" del 3 de abril de 1909 se publicó el acta de inauguración del hoy llamado "Cuartel del Catorce", en la siguiente forma:

Acta de Inauguración del Cuartel de Rurales.- En la ciudad de Hermosillo, a los dos días del mes de abril de mil novecientos nueve, a las once horas antes meridiano, se reunieron en el Cuartel de Rurales los CC. General don Luis E. Torres, Jefe de la Primera Zona Militar; don Alberto Cubillas, Vicegobernador Constitucional del Estado, en ejercicio del Poder Ejecutivo y como representante de la Secretaría de Gobernación; Ingeniero don Felipe Salido, contratista de las obras de construcción del edificio mencionado; Ingeniero don Casimiro Benard, Inspector de los trabajos de la obra contratada y

el señor Comandante Luis Medina Barrón, Jefe del 11o. Cuerpo de Rurales.

El motivo de esta reunión, fue la de celebrar solemnemente el 42o. aniversario del 2 de abril de 1867, con la inauguración del magnifico edificio destinado para cuartel de la Policia Rural de la Federación.

“A la hora arriba indicada, dio principio el acto ante un auditorio numeroso, y bajo la Presidencia del señor General don Luis E. Torres. Ocupó la tribuna el señor don Brigido Caro, pronunciando un discurso alusivo...

“ A continuación, se procedió al reconocimiento de los departamentos de la obra construida, habiéndose encontrado todo con absoluta sujeción a lo estipulado en el Art. 3o. del Contrato respectivo, y previa la aprobación del señor Inspector de los trabajos de construcción, el C. Gobernador en funciones don Alberto Cubillas, como representante de la Secretaria de Gobernación, expresó que el edificio estaba concluido a su entera satisfacción, y que en uso de la facultad que le había conferido la propia Secretaria de Gobernación, en nota de 5 de agosto de 1908, lo ponía desde luego al servicio de las fuerzas de la Policia Rural, quedando en aquel instante solemnemente inaugurado.

“Enseguida, y en nombre de la Secretaria de Gobernación, hizo entrega de la obra al señor Comandante Luis Medina Barrón, Jefe del 11o. Cuerpo Rural, el cual tomó desde luego posesión del Cuartel.

“El señor General Luis E. Torres dio por terminada la ceremonia oficial, levantándose esta acta, que firmaron los presentes.

General Luis E. Torres, Jefe de la 1a. zona militar.

Alberto Cubillas, Gobernador del Estado, en representación de la Secretaria de Gobernación.

Ingeniero Felipe Salido, contratista; Ingeniero Casimiro Bernard, Inspector de la obra; y comandante Luis Medina Barrón, Jefe del 11o. Cuerpo Rural.

En la que los historiadores llaman “Epoca Porfiriana”, se le otorgaba mayor relevancia histórica a la Batalla del 2 de Abril que a la Batalla del 5 de Mayo y a la Toma de Querétaro, no obstante que este último hecho de armas fue el que dio el triunfo definitivo a la

República, ya que las otras plazas importantes habrían de caer al quedar el Imperio sin emperador y sin franceses ni austriacos.

Es indiscutible que don Porfirio Díaz fue un héroe nacional; y si se quiere, un héroe de los grandes de México. Desgraciadamente su ambición por el Poder, por el Poder nada más, destruyó una hermosa trayectoria política. Pero su aureola de defensor de la patria en los momentos más difíciles, nadie se la podrá quitar.

Si Díaz deja el Poder en 1900 después de unas elecciones sin fraudes electorales, y apoya con su prestigio al candidato triunfante, las calles y las plazas principales de las ciudades de México hoy se llamarían Porfirio Díaz.

Pero no fue así.

Por ello, ahora veamos cómo el discurso oficial de la celebración del XLII aniversario de la Batalla del 2 de Abril de 1867, estuvo apegado en todo a la "Época Porfiriana" al ser pronunciado por don Brígido Caro:

"Ley fatal e ineludible para los pueblos es la de escribir las páginas más brillantes de su historia con la sangre de sus mejores hijos.

"La Nación Mexicana celebra hoy regocijada el 42o. aniversario de una de las páginas más gloriosas de su historia patria: El 2 de abril de 1867, que nos recuerda el temerario asalto y toma de la ciudad de Puebla por las fuerzas republicanas contra las huestes del llamado imperio.

"Y hemos aquí reunidos, ciudadanos, para conmemorar la épica jornada, hemos aquí reunidos en este solemne instante, en que disfruto la honra de ser el portavoz de los sentimientos siempre nobles del heroico pueblo sonoreño, para rendir un homenaje a la memoria de aquellos insignes varones que se llamaron Alatorre, Cravioto, Mier y Terán, Pacheco y otros victoriosos guerreros que, acaudillados por el bravo león de las montañas de Oaxaca, General Porfirio Díaz, lograron luchando frente a frente y brazo a brazo contra su poderoso enemigo, asegurar el triunfo definitivo de la República, salvar la honra y autonomía de la Patria y colocar el pendón de la soberanía nacional.

"Un veterano de la vieja guardia describe así aquel asalto, que por audaz y heroico no reconoce precedente en los anales de nuestra historia militar.

“A las tres y media de la mañana del día 2 una inmensa hoguera brotó en la cima del Cerro de San Juan, desgarrando con sus rayos las espesas sombras del horizonte.

“ Era la señal de asalto.

“Al verla, los jefes de las columnas lanzaron a éstas, terribles, indomables, sobre los parapetos y los fortines. Las cien piezas de los sitiados los recibieron con un fuego tan continuo, que apenas se escuchaba la detonación de sus mil fusiles. La ciudad parecía alumbrada por un volcán, a la vez que sobre ella se levantaba la gritería de los combatientes, el sonido de los clarines y los lamentos de los heridos.

“Las calles quedaron bien pronto regadas de cadáveres sin que por eso se detuvieran las columnas que llegaban despedazadas y sangrantes a las trincheras, pero que saltaban a éstas, matando a sus defensores.

“ En Belén murió Rodríguez; Acuña en la Calle de Iglesias, Vázquez en la brecha de Malpica, sin que por eso retrocedieran las columnas que mandaban.

“Bonilla barrió con la bayoneta al enemigo, que en número superior quiso detenerle; Figueroa venció cuanto obstáculo le pusieron los imperiales, a la vez que Doroteo León llegaba casi a la plaza y Terán mandaba repicar a vuelo en la primera iglesia que ocupó.

“En la Calle de la Siempreviva la defensa fue casi insuperable, y sin el heroico valor de Carlos Pacheco, los republicanos hubieran tenido que retroceder. Pero el joven Comandante, en medio de un ciclón de balas y metrallera, arrastró a sus soldados, marchando al frente de ellos; fue herido, pero volvió a la carga; adelante recibe otra herida y no quiso retirarse hasta que vio a sus soldados victoriosos saltar el foso y ocupar la trinchera.

“Tendido en una camilla saludó Pacheco a sus tropas, victoreó a la República y fue conducido al hospital, donde sufrió una doble amputación, en un brazo y una pierna.

“Por fin, a las primeras horas de la mañana todas las columnas diezmadas por el cañón y la bayoneta, se agrupaban en la Plaza de

Armas de Puebla en torno del General Diaz, que acababa de dar a la Patria, en el suelo donde brilló el 5 de mayo de 1862, la gloriosa fecha del 2 de abril de 1867.

“La ciudad entera esperaba la ejecución sangrante de los centenares de reos de infidencia, sobre los cuales pesaba la Ley del 25 de enero; pero el General Diaz, según su propia frase *no habia nacido para carcelero ni para verdugo*, mandó retirar la guardia y poner a los prisioneros en libertad.

“Consumada la espléndida victoria, sin dar tregua ni descanso a los gloriosos vencedores, el General Diaz sale al encuentro de Márquez que con una brillante división marchaba en auxilio de los sitiados; lo derrotó completamente en San Lorenzo y continúa avanzando triunfante hasta colocar en el Palacio Nacional de México el Pabellón tricolor, simbolo del honor de la República.

“Tal fue la consecuencia inmediata de la jornada del 2 de abril, que ahora celebramos solemnemente con la inauguración de una mejora material de indiscutible utilidad pública: De este amplio y hermoso edificio, construido por el Ingeniero don Felipe Salido, para servir de alojamiento al abnegado 11o. Cuerpo Rural de la Federación que, al mando del pundonoroso Comandante Luis Medina Barrón, tan valiosos servicios tiene prestados a la causa de los intereses sociales.

CONCIUDADANOS:

“Al genio militar del invicto General Diaz, debemos las más gloriosas victorias en la lucha por nuestra segunda independencia; a su gran patriotismo como ciudadano, debemos las conquistas grandiosas de todas las manifestaciones del humano progreso.

“Yo os invito para proclamarle en este instante como el más eminente defensor de la nacionalidad mexicana.

¡Viva el General Porfirio Diaz!

“He dicho”

El lugar donde se construyó el Cuartel de la Policía Rural (Cuartel del Catorce) era un terreno de ladrilleras que cedió el Gobierno del Estado.

El contrato de construcción fue celebrado por la Secretaría de Gobernación cuyo titular era el sonorenses don Ramón Corral, y el Ingeniero Felipe Salido. El supervisor de la obra (Residente) fue el Ingeniero Casimiro Benard. El costo del edificio fue de \$94,469.48 más el 6 % de honorarios del contratista.

Gracias a la amabilidad de los herederos del Ingeniero Casimiro Benard, hemos tenido en nuestras manos una copia del contrato, fechado en México, D.F., el 18 de agosto de 1908. ¿Verdad que es admirable que antes de ocho meses lo hayan construido en una época en que no existían los transportes mecánicos?.

Los Gobiernos de Transición en 1911.

Después de los Tratados de Cd. Juárez el General Porfirio Díaz hubo de abandonar el Poder, lo cual tuvo repercusiones en Sonora. El señor don Alberto Cubillas, quien venía desempeñando las funciones de Gobernador sustituto, al triunfo de la Revolución hizo entrega del cargo el 27 de mayo de 1911 al señor Licenciado Abelino Espinosa. Dos días después este profesional entregó el puesto al señor Licenciado Francisco de P. Morales, permaneciendo como Gobernador, éste, solamente los días 29, 30, de ese mes, y el 1 de junio.

Como la inestabilidad política estatal tenía su caja de resonancia en Hermosillo, por ser la capital, los habitantes de nuestra ciudad eran quienes más padecían los constantes cambios de autoridades, y eran raros, rarísimos, los hombres destacados que aceptaban asumir la responsabilidad del Gobierno en aquellas circunstancias. Y fue en esas condiciones que se hizo cargo de la Gubernatura el señor Ingeniero Eugenio Gayou; pero el 23 de julio siguiente re-

nunció, siendo substituido por el señor don Carlos Randall.

El Sr. Randall terminó el truncado periodo gubernamental del señor General don Luis E. Torres, el 31 de agosto de 1911.

Don Alberto Cubillas, antes de la Revolución, por licencia del Congreso Local otorgada al señor General Luis E. Torres, ocupaba provisionalmente la Gubernatura del Estado, ya que este militar disfrutaba de las confianzas del Presidente Díaz y había ordenado se le nombrase Comandante de la Primera Zona Militar que comprendía varias Entidades.

El cambio de autoridades al triunfo de los maderistas, no fue tan pacífico como era de desearse; pero comprendiendo las circunstancias que mediaban, no puede decirse que fue violento.

Al saberse la renuncia de los funcionarios de la Administración Pública anterior, hubo manifestaciones populares de júbilo.

El Lic. Abelino Espinosa era originario de la ciudad de Monterrey, donde nació el año de 1878, y después de haber terminado sus estudios profesionales se estableció en Hermosillo como abogado postulante. También en nuestra ciudad contrajo matrimonio con la guapa y virtuosa joven Maria L. Monteverde.

El segundo Gobernador de transición, el señor Licenciado Francisco de P. Morales, era sonorense de nacimiento; vio la primera luz en Ures. Dos años después de hacer entrega del Gobierno al señor Ingeniero Eugenio Gayou, fue Senador por el Estado de Nuevo León, en las Cámaras Federales reunidas por el General Victoriano Huerta, después del golpe de estado del Usurpador; y al caer este Gobierno espurio, fruto de la felonía, el Licenciado Morales regresó a la ciudad de su nacimiento.

El tercer substituto en el cuatrienio 1907-1911, el Sr. Ing. Eugenio Gayou, nació en el Puerto de Guaymas el 16 de octubre de 1857, e hizo la carrera de Ingeniero de Minas en la ciudad de México. Murio en la ciudad de Los Angeles, California, el 20 de julio de 1912 y su cadáver fue sepultado en su tierra natal, a petición de él mismo.

El cuarto Gobernador Interino del cuatrienio en mención, don Carlos E. Randall, era también guaymense; su nacimiento ocurrió el año 1862, de padre norteamericano y madre mexicana. Fue dos veces más Gobernador Interino y en tres ocasiones Tesorero General del Estado.

El señor Randall se afilió al Partido Antirreeleccionista en 1910; fue Vocal de la Junta Revolucionaria de Nogales, Arizona, y al triunfo de la Revolución completó el nuevo triángulo político con los señores Maytorena y Gayou. Al ocurrir el cuartelazo del General Huerta se incorporó nuevamente a la Revolución.

Al dividirse la Revolución de 1914-15 en dos grupos antagónicos, el Sr. Randall se ubicó al lado de Villa-Maytorena, por lo que hubo de ir al exilio al triunfo del carrancismo, permaneciendo en Estados Unidos hasta 1920. A su regreso a la patria se le levantó el embargo de sus bienes. Fue también Tesorero Municipal de Guaymas y en 1929 perdió el empleo con el fracaso de la rebelión renovadora de los generales José Gonzalo Escobar y Fausto Topete Almada, y ese mismo año, el 2 de julio, falleció en Tucson, Arizona, a donde había ido a curarse. Sus restos fueron sepultados en su ciudad natal.

Y ahora, aunque parezca que hemos perdido la ilación de este relato que comprende los cambios políticos en Hermosillo en particular, y el Estado en general, durante el lapso de mayo al 31 de agosto de 1911, volvemos al quinto mes de ese año preñado de sucesos dramáticos para quienes vivieron en ese tiempo, no importa en qué facción hayan militado:

“Entra la primavera de 1911 y con ella la agonía del Gobierno porfirista; por las calles de Hermosillo se escuchan sin recato los gritos de viva Madero. San Rafael, cerca de Ures, defendida bravamente por el Coronel Francisco Chiapa, es teatro de la derrota de los federales y la desmoralización cunde en todos los sectores del Gobierno... Un día de mayo se observa gran movimiento entre los personajes oficiales y en cuanto comienza a caer la noche, por diferentes rumbos, silenciosos carruajes se concentran en la estación. Es una noche oscura, aunque tibia y serena; y como a las nueve, con luces apagadas, rielando quedamente, llega un tren compuesto de dos carros de pasajeros. Sombras negras, silenciosas lo abordan, tripulación y pasajeros se comportan como en un funeral, no hay nadie que les diga adiós, nadie quien los despida. Y ahí van tristes y resignados el Gobernador don Luis E. Torres, Guillermo Arriola, Presidente Municipal; Celedonio Ortiz, Enrique Monteverde, Juan Bojórquez y otros, van al destierro, al ostracismo, al encuentro de su destino. Momentos después el tren de la hora negra, el tren mudo, se pierde en el horizonte y sólo queda en el espacio flotando como in-

menso pañuelo negro un penacho bruno...”

Así vio con sus ojos de niño la partida de esos hombres, don Fernando Galaz, y no lo olvidó al escribir su libro “Desde el Cerro de la Campana”.

Don Luis E. Torres, antes de partir a Estados Unidos, habla renunciado a la Gubernatura y obtenido su baja del ejército. Se radicó en Los Angeles, California, y algunas veces --no muchas-- visitó su patria; pero no tomó parte en el cuartelazo de Huerta como hicieron otros militares del régimen pasado. Y digan lo que digan los detractores del General Torres, fue un hombre patriota y de honor, que hubo de trabajar en el exilio para su sostenimiento y de su esposa doña Amelia Monteverde, a quien dejó viuda el 9 de septiembre de 1935 después de más de cincuenta y un años de vida matrimonial. Al morir el General ya había cumplido noventa y un años de edad.

Y por su parte, don Celedonio Ortiz, otro de los pasajeros del “tren de la hora negra” -como lo llama Galaz-, fue otro personaje sonorenses de la época porfiriana, que nació en Hermosillo el año 1860. Sus padres fueron don Celedonio Ortiz y doña Dolores Monteverde.

El señor Ortiz poco tiempo permaneció en el exilio y regresó a su tierra natal, habiendo sido Secretario del Consejo de Administración del Hotel Arcadia y poco después se le vio como Oficial Mayor del Congreso Local. Su fallecimiento ocurrió en México, D.F., el año 1919, ocasionando el luto de varias familias prominentes de la capital de nuestro Estado.

Es indudable que los personajes del pasado que significaron mucho -para bien o para mal de sus pueblos-, se convirtieron en sombras, en espectros, en nada, al transcurrir las décadas y los siglos ¡El polvo del olvido les cubrió! Sólo la historia, que no tiene ningún sentimiento ni su memoria muere, guarda sus nombres y tiene escrito sus hechos para que los hombres de la posteridad, en su afán de adquirir cultura, les juzguen friamente, sin afecto ni odio.

Recordemos al Gran Caballero Hermosillense.

“El gran libro de lo asombroso e inaudito”, nos relata es la si-

guiente forma el desastre del Titanic y de su simil de la novela de Robertson:

“Un palacio flotante zarpó del puerto de Southampton en 1898 en su viaje inaugural. Era el trasatlántico mayor y más grandioso construido jamás, y sus ricos pasajeros gozaban de su lujosa comodidad mientras viajaban rumbo a América. Pero el barco no llegaría jamás a su destino: un iceberg rasgó su casco y el buque se hundió con una considerable pérdida de vidas.

“Aquel trasatlántico sólo existía sobre el papel, y era fruto de la imaginación de un novelista llamado Morgan Robertson. El nombre que dio a su imaginario barco era Titan, y el título del libro Futilidad.

“Pero tanto la ficción como la futilidad habían de convertirse en terrible realidad. Catorce años más tarde, un lujoso trasatlántico, esta vez auténtico, partía en el mismo viaje inaugural. Iba repleto de acaudalados pasajeros. También chocó contra un iceberg y se hundió, y, al igual que en la novela de Robertson, la pérdida de vidas fue terrible, por no disponer de suficientes lanchas de salvamento. Fue la noche del 10 de abril de 1912. El buque era el Titanic.

“Premonición de un pasajero, el Titan de la novela de Robertson fue casi un duplicado del Titanic real en muchos más aspectos que en el de la semejanza del mismo tamaño, desarrollaban la misma velocidad y tenían la misma capacidad de pasaje: unas 3,000 personas. Ambos eran “insumergibles”, y ambos se hundieron exactamente en el mismo punto del Atlántico Norte:

“Pero las extrañas coincidencias no terminan ahí. El famoso periodista W. T. Stead publicó en 1892 un cuento que resultó ser una premonición del desastre del Titanic, Stead, que era espiritista, fue también una de las 1,513 personas que perecieron en el naufragio del Titanic .

El autor de esa crónica nos señala, también, que ni la novela de horror de Morgan Robertson ni el profético cuento de Stead sirvieron de advertencia al capitán del Titanic, para no salir del puerto inglés sin tener suficientes lanchas de salvamento.

Por nuestra parte, sin haber leído a Robertson ni Stead, podemos asegurar que ninguno de los dos novelistas predijeron los actos de heroísmo y suprema abnegación de algunas de las personas, de

ambos sexos, que iban en el Titanic. En esos momentos dramáticos se oyó la voz de una dama que decía a su esposo: "Llevo viviendo a tu lado más de cuarenta años; por eso también quiero morir contigo" y rechazó el lugar que se le asignaba en la lancha salvavidas. Y no fue la única mujer que escogió el camino de la muerte para acompañar a su marido.

Tampoco el cuentista y el novelista --Stead y Robertson-- pudieron predecir que en el naufragio del Titanic moriría un mexicano nativo de Hermosillo, quien pereció por su propia voluntad porque, en un rasgo de galantería y supremo sacrificio prefirió permanecer sobre la nave en el momento de hundirse.

Don Francisco Almada nos dice que el Licenciado Manuel R. Uruchurtu nació en 1874 y que después de haber terminado su carrera de Profesor Normalista estudió la carrera de Leyes en la ciudad de México, versando su tesis sobre "Breves Consideraciones Sobre el artículo 14 Constitucional". También fue escritor, escribió la biografía de don Ramón Corral, de quien fue adicto.

El mencionado profesional fue uno de los secretarios del Lic. Joaquín D. Casasús, representante del Gobierno mexicano en el juicio arbitral de la zona de El Chamizal. Fue Magistrado del Supremo Tribunal de Justicia del Estado de 1901 a 1903; Diputado Federal por el Primer Distrito de Sinaloa y en su corta vida tuvo una muy brillante actuación como litigante, y además de ser un hombre muy inteligente y estudioso, era un filántropo que mereció el título de Benefactor.

Un día de abril de 1912 zarpa el Titanic, el hermoso trasatlántico que ofrecía a sus pasajeros comodidad, seguridad y lujo. Era el orgullo de la marina mercante inglesa. En él viajaba un apuesto caballero de treinta y ocho años de edad, de profesión abogado y de nacionalidad mexicana: El Licenciado Manuel R. Uruchurtu.

El hermoso barco se deslizaba sereno y aparentemente seguro como un conquistador de los mares, cuando se escuchó un crujido espantoso en la quilla de la nave: había dado contra una inmensa montaña de hielo flotante. La confusión y el pánico fueron tremendos; pero la disciplina inglesa logra imponerse por medio de la fuerza. Hay pocas lanchas salvavidas y se dará preferencia a los niños y a las mujeres. Solamente se podrán salvar unos cuantos hombres de

los pasajeros y pocos, muy pocos, de los tripulantes que guiarán las barcas salvavidas. El Capitán y los oficiales cumplirán con la vieja ley de los marineros: irán al fondo del océano con su barco.

Al final del salvamento solamente queda un bote que está destinado a los hombres. Mientras, las mujeres y los niños que ya van rumbo a la salvación lloran y gritan histéricamente al ver a sus padres o a sus esposos ir al final de su destino.

El Licenciado Uruchurtu es uno de los pocos pasajeros a quienes se le asignó un lugar en la última lancha salvavidas, y sin prisa y sin manifestar ningún temor espera su turno. Llega el momento en que ocupa su lugar en el bote y a punto de ser bajado éste a la superficie del mar, llega una dama inglesa gritando y llorando desesperadamente; había quedado atrapada en su camarote y sólo en ese momento había logrado liberarse. Su llegada al lugar del salvamento es tardía y alguien piensa que la mujer habrá de acompañar a las otras personas de su sexo que no quisieron salvarse sino ir a la muerte con su marido. Parece que nadie escucha sus lamentos, pero... En ese momento un hombre --;Un hombre en toda la magnitud de la palabra, que es inmensa!-- revestido con todos los dones que el Supremo Hacedor en muy señaladas ocasiones ha otorgado a criaturas humanas, se enfrenta a su destino, voluntariamente, sin temor a emprender la marcha por el camino desconocido que no tiene regreso, porque es el camino de la muerte. Es el caballero hermosillense Manuel R. Uruchurtu quien abandona su lugar de salvamento y lo cede a la dama desesperada; él se coloca en el lugar de los que han de morir.

Unos cuantos días después, cuando las autoridades británicas logran formar una lista de los que murieron en aquella tremenda catástrofe, muchas personas de diferentes edades derramaron abundantes lágrimas en la casa No. 6 de la Calle de la Moneda, de una pequeña ciudad llamada Hermosillo. Era el único tributo que los familiares del fallecido podían rendir al Benefactor; ni una flor llevarían a su tumba porque ésta era el Atlántico Norte.

Varios años después, cuando sus condiciones económicas se lo permitieron, aquella mujer inglesa que debía su vida a la abnegación y caballerosidad de un abogado hermosillense, vino a Hermosillo a conocer a los familiares del héroe.

Todavía existe en la antigua Calle de la Moneda, hoy Av. Rosa-

les, en la cuadra del lado oriente que comprende las esquinas de las calles Monterrey y Plutarco Elias Calles, una vieja casona del siglo pasado. Es la única que todavía perdura en esa parte de nuestra ciudad; las otras casas hace varios años que fueron arrolladas por lo que llamamos progreso. El señor Licenciado don Ernesto P. Uruchurtu se opuso tenazmente a que fuese demolida para ampliar la avenida. Y claro que fue victima de muchas criticas, de acerbos comentarios.

En esa casa que fue motivo de polémicas y por la cual don Ernesto hubo de soportar el escozor de la maledicencia de los enemigos de las tradiciones, fue donde nació el Licenciado Manuel R. Uruchurtu. ¡Y que bien que no haya sido demolida! Cada vez que pasamos por allí recordamos que en ese lugar empezó a latir en 1874 el corazón de un hombre generoso que por amor a sus semejantes dio la mayor fortuna que puede tener una persona sana y en la plenitud de su existencia: Su Vida.-

Cuando Hermosillo fue Capital de México.

El año 1913 Hermosillo fue escenario de una serie de acontecimientos que tuvieron repercusión nacional. Y podemos decir que por un breve lapso nuestra ciudad fue la capital de México si tomamos en cuenta que en ella don Venustiano Carranza estableció por primera vez el Gobierno de la Revolución. Esto sucedió en la misma forma que don Benito Juárez estableció la sede de los Poderes federales en Veracruz, en San Luis Potosi, etc.

Como prelude de algo que sacudiría a la Nación desde sus cimientos, el 18 de febrero el Gobernador Maytorena recibió un telegrama/ circular del General Victoriano Huerta, comunicándole que había asumido la Presidencia de la República y que tenía presos a Madero y a los ex miembros del Gabinete; y poco después se recibió la noticia de la muerte del caudillo detenido y de don José María Pino Suárez. Tanto la primera noticia como la segunda, abrumaron al jefe del Ejecutivo sonorenses.

Don José María Maytorena fue el primer gobernador electo democráticamente después de la Revolución de 1910, y como había de-

semeñado un papel muy importante en el triunfo del maderismo, no podía convertirse en cómplice del Usurpador al aceptar los hechos; por tanto, prefirió no dar respuesta a la comunicación y temiendo que las tropas al mando de la Primera Zona Militar violaran la soberanía del Estado, ordenó la concentración de los jefes revolucionarios que tenían mando de fuerzas.

Mientras el Gobernador titubeaba en qué forma actuar ante las presiones del Centro para que definiera su situación, el Prefecto de Moctezma, Pedro Bracamontes, el Presidente Municipal de Cananea, Manuel M. Diéguez y el Comisario de Policía de Agua Prieta, Plutarco Elias Calles, se levantaron en armas el 23 de febrero, lanzándose a la revolución y firmando el día 26 un manifiesto en contra del régimen huertista, antes de que el Gobierno del Estado hubiera tomado una determinación. El 28 desarmaron a la guarnición de Fronteras que mandaba el Teniente Julio Moreno y el 8 de marzo derrotaron en el paso del Río Bavispe al Capitán Antonio Herrera, que se replegaba con su partida de El Tigre a Agua Prieta.

Mucho se ha criticado la actitud de Maytorena y no ha faltado quien le acuse de cobardía; pero estamos seguros de que ello no es justo, dado que don José Maria en muchas ocasiones demostró ser un hombre valiente. Lo que creemos es que el Gobernador pensaba que cualquier reto a Huerta podría comprometer gravemente a su Estado; seguramente le abrumó tamaña responsabilidad. Y fueron tantas las presiones de aquí y de allá que sufrió el Gobernador Constitucional, que optó por renunciar; pero como se le explicó que no eran los momentos oportunos para su salida definitiva de la Gubernatura, se le sugirió que solicitara una licencia para permanecer seis meses fuera del puesto; y arreglado el asunto en esta forma, nombróse Gobernador Interino al Diputado Ignacio L. Pesqueira.

Don Ignacio, hombre de ideales revolucionarios, convocó a la Legislatura Local a un nuevo periodo de sesiones extraordinarias y presentó un proyecto de Ley proponiendo el desconocimiento del General Victoriano Huerta como Presidente de la República. Enseguida el Decreto fue expedido y Pesqueira contestó a las autoridades federales en términos enérgicos, dejando bien establecido que el Gobierno y el pueblo sonoreense no reconocían a Huerta como Primer Mandatario del País.

En esa forma el Estado de Sonora tácitamente declaraba la guerra al Gobierno del centro, fruto de la infamia. Nuestra Entidad no pretendía separarse de la República Mexicana como lo intentó en el pasado Yucatán, o como lo hizo Tejas; no; Sonora se aprestaba a luchar por la consolidación democrática de las Instituciones Nacionales.

Para prepararse a un enfrentamiento contra el ejército, del Palacio de Gobierno salieron las órdenes nombrando al Coronel Alvaro Obregón Jefe de la Sección de Guerra, y jefes de las operaciones militares a Juan G. Cabral, Salvador Alvarado y Benjamin G. Hill.

Al recordar estos hechos viene a nuestra presencia mental un hombre que vivió en aquella época y que con frecuencia nos deleita cuando leemos sus crónicas de muchos acontecimientos que por su lejanía cronológica están fuera de nuestras vivencias. El es un fino escritor que posee una admirable memoria de quincuagenario, no obstante que se acerca más a los noventa años de edad que a los ochenta, porque le ha pasado lo que a los buenos licores: al paso de los años adquieren mejor calidad. Su nombre es Francisco Q. Salazar, Ingeniero Agrónomo, hoy convertido en politécnico por su vasta experiencia y por toda una gran vida dedicada al estudio.

El espejo de nuestra mente reproduce la figura de don Paco Salazar, porque recientemente leímos un artículo cuyo recorte forma parte de nuestro archivo, en el cual describe la parte más importante, políticamente, de los acontecimientos de 1913. Por ello se reproduce a continuación:

“Don Venustiano Carranza llegó a Sonora. Lo dijeron otros ya fallecidos. Lo reproduzco yo honrando su memoria. Don Venustiano Carranza llegó a Sonora el 22 de Septiembre de 1913.- Para enfatizar el papel preponderante de Sonora y sus hombres en la lucha armada, recordando respetuosamente su memoria, con la repetición de tantos hechos, dignos todos de la causa revolucionaria mexicana y narrados por muchos escritores, pongo como ejemplo lo que dice el señor Antonio G. Rivera, en su libro editado en 1969, con el nombre “La Revolución en Sonora”. (Su autor murió el 13 de abril de 1974) y en su página 359 describe lo que enseguida copio: “No existía ejército en el Estado de Sonora al darse el cuartelazo, lo formó el pueblo al

llamado de los hombres que lo acaudillaban en esos momentos, simples ciudadanos que habían empezado a levantarse en armas, desde los primeros días de la “Decena Trágica”, como se levantaron algunos hombres en Coahuila, aunque sin darse aquéllos para empezar, grados militares, pues los grados los iban ganando en las batallas que libraban contra los federales y en menos de tres meses, lograron anular los poderosos contingentes militares que tenía la usurpación en el Estado. Y si ese ejército que admiraba Carranza, estaba inactivo era, primero porque no tenía enemigo que combatir y segundo, porque ni el General Alvaro Obregón ni el Gobernador podían movilizarlo, desde el momento, en que Carranza fue reconocido por ellos, como Primer Jefe del Ejército Constitucionalista, encargado del Poder Ejecutivo de la Nación, a quien hacía mucho tiempo que se esperaba en Hermosillo; pues desde la firma de la Convención de Monclova, se le invitó a que pasara a Sonora, donde podría constituir el Gobierno Constitucionalista, contando con un ejército fogueado, veterano y siempre victorioso, que le daría fuerza efectiva ante los jefes revolucionarios del resto del país; se le esperaba, en una palabra, para que autorizara la campaña cuyo final y máximo objetivo era la toma de la plaza de México.

“Perdió Monclova, su cuartel general, desde el 3 de julio de 1913, Carranza emprendió a caballo, su largo viaje a Sonora, atravesando la Sierra Madre Occidental con 150 hombres. El 14 de julio salió de Cuatro Ciénegas a Parral y continuó a Torreón, pasando a Durango, donde recibió gran ayuda del Gobernador del Estado Ingeniero Pastor Rouaix. De Durango pasó a Parral, Chihuahua, siendo atendida la comitiva por los generales Manuel Chao y Luis Herrera, de las fuerzas de Francisco Villa. Penosa fue la travesía de la Sierra Madre Occidental y el 12 de septiembre llegó a El Fuerte, Sinaloa, ocupada por las fuerzas del General Ramón F. Iturbe. El General Alvaro Obregón, acompañado de Alfredo Breceda, Don Adolfo de la Huerta y otros personajes se apresuro a marchar a encontrar al señor Carranza. En San Blas pasó revista a las tropas sinaloenses. Continuó su viaje a Sonora visitando Navojoa, Alamos y Huatabampo. Por tren viajó rumbo a Hermosillo. En la Estación Maytorena, se organizó una impotente parada militar con gran parte del ejército sonoreño, en honor del Primer Jefe del Ejército Constitucionalista,

quien se sintió tan impresionado y complacido al decirle a Alfredo Breceda, que estaba a su lado en aquellos momentos, según el libro del propio Breceda (tomo II, página 195) "Qué ejército. Si con estos elementos nos hubiera sorprendido el cuartelazo en Coahuila, ya estuviéramos en México".

Carranza y su comitiva, en la que iba el Gobernador Maytorena, el ex gobernador interino Gral. Ignacio Pesqueira, General Obregón, Licenciados Juan Sánchez Azcona e Isidro Favela, Coronel Jacinto Treviño, Lic. Gustavo Espinosa Mireles, Srío. Particular del Primer Jefe, arribaron a Hermosillo el 22 de septiembre de 1913. Fue una recepción apoteótica. Por la noche hubo en la Plaza Zaragoza, fuegos artificiales, bandas y orquestas y un gran evento en el salón de recepciones del Palacio del Estado. Al salir don Venustiano al balcón central de Palacio, fue saludado con una estruendosa aclamación de todo el pueblo de Hermosillo. Al terminar su saludo al pueblo sonorense en aquellos instantes anunció que desde ese momento quedaba nombrado el General Obregón Jefe del Cuerpo del Ejército del Noroeste. A iniciativa del talentoso historiador y notable humanista Fernando Pesqueira (Q.E.P.D.), se colocó una placa en la casa que habitó Carranza en Hermosillo, que a la vez fue despacho presidencial. Esta casa ya fue derrumbada y sirve actualmente de sitio para estacionamiento de automóviles. La placa quien sabe dónde pararía; y un edificio histórico no fue hecho respetar por las autoridades revolucionarias del presente. El primer jefe salió de Hermosillo el 26 de febrero de 1914 rumbo a Chihuahua, por el Cañón del Pulpito. Por orden del General Obregón, se reforzó la escolta del Primer Jefe, de 150 hombres con el glorioso Cuarto Batallón de Sonora al mando del Teniente Coronel Francisco R. Manzo, y con 100 hombres al mando del Mayor Ingeniero Ignacio C. Enriquez..."

Es indudable, pues, que el año 1913 Hermosillo fue escenario de una serie de acontecimientos que tuvieron repercusión nacional. Era el principio de una revolución que podemos considerar como la más cruenta de este siglo, en México.

Excentricidades de Algunos Hermosillenses.

En los años veinte, los treinta y aún después, había en Hermosillo varios individuos de conducta rara que habían adquirido notoriedad por sus excentricidades. Recuerdo a don Enrique Peón del Valle, quien se ganaba la vida por medio de cobranzas o ventas a comisión. Era alto, flaco y jamás se quitaba un sombrero de palmilla que no pasó por la horma, lo que originaba que siempre lo trajese encasquetado hasta las orejas. Como el señor Peón del Valle nunca tuvo otro medio de locomoción que sus propias piernas y jamás aprendió a conjugar el verbo bañar, por los lugares que transitaba dejaba un penetrante olor a vinagre descompuesto. Y no obstante ese pequeño defecto -pequeño en aquel tiempo en el que la gente era menos aseada que hoy-, don Enrique era saludado con simpatía por sus congéneres peatones que encontraba, en su constante deambular, porque visto desde lejos era simpatiquísimo.

Otra persona que era muy conocida, un adulto que después de llegar a la mayoría de edad continuó conservando la mentalidad de un niño de seis años, fue Felipe Alvarez (a) Lipe, quien tocaba en las puertas de las casas para pedir una corbata y nunca, nadie, se sintió disgustado por su impertinencia; más bien los hermosillenses le trataban con cariño y con gusto le obsequiaban una corbata vieja y un plato de comida. ¡Cuántas veces encontré a Lipe en el patio de la casa de mis padres, comiendo en el tocón de un viejo álamo que una tormenta derribó! Felipe Alvarez decía "mamá" a todas las mujeres y "papá" a todos los hombres, pues como señalo, era un niño con cuerpo de hombre. Por nuestras calles, excepto las más céntricas, era ordinario ver la figura estrafalaria de Lipe con su ropa raída, descalzo y una corbata anudada al cuello. ¡Pobre Lipe! Después de ser un tipo popular por sus excentricidades de retrasado mental, en mayo de 1950 desapareció; su madre doña Ramona Alvarez, afanosamente y con lágrimas en los ojos le buscó, lo mismo que la Policía y muchos ciudadanos serviciales hasta el mes de julio cuando apareció un esqueleto humano en El Cerro Colorado, el cual fue identificado por la ropa y la corbata, como el del hijo de la señora

Alvarez. Al saberse en nuestra ciudad que los huesos lavados y desinfectados de Lipe, eran velados en una humilde vivienda de nuestra ciudad, muchas personas de todas las edades y de todas las clases sociales pasaron por allí para decir el adiós postrero al amigo de los niños.

En nuestra ciudad de 45,600 habitantes en 1950, causó consternación la muerte del hijo de la Sra. Alvarez, como si hubiese sido una persona muy importante, y durante mucho tiempo recordamos que el domingo 28 de abril de 1929, durante el bombardeo que sobre Hermosillo llevó a cabo una escuadrilla de aviones militares al mando del Coronel Pablo Sidar, fue herido y quedó baldado de un brazo hasta el día de su muerte. Por ello los hermosillenses veíamos con cariño y lástima a Lipe. .

Otra persona muy conocida en nuestra ciudad en las décadas de los veinte y los treinta fue "El Húngaro Bolero", quien desempeñaba el oficio de limpiabotas, pero que su principal fuente de ingresos era su trabajo de vaciar excusados de cajón, es decir cuando el hoyo de estos antiguos retretes se llenaba, "El Húngaro Bolero" hacía una excavación más profunda a la que ya no soportaba más desperdicios estomacales, paralela a ésta y a una distancia de menos de un metro.

El trabajo de "El Húngaro Bolero" era nauseabundo, porque enseguida que ya tenía hecho el hoyo más profundo, procedía a hacer un pequeño túnel entre y uno y otro agujero para que la porquería se vaciara del que estaba lleno al que estaba vacío y que después se cubría con tierra. En esa forma el cuarto privado, en una ciudad que todavía no tenía drenaje en toda la zona urbana, se seguía usando por varias generaciones.

No es necesario afirmar que "El Húngaro Bolero" despedía peores olores que el señor Peón del Valle, porque el antiguo refrán que nos dice que la cáscara guarda al palo lo seguía al pie de la letra y no se bañaba ni por equivocación, y agréguele ustedes, por favor, los pequeños incidentes en su trabajo de vaciar excusados, aparte de que usaba la misma ropa durante las veinticuatro horas del día.

El vaciador de excusados de las décadas de los veinte y los treinta, vivía por la hoy Calle Matamoros Norte, frente al viejo cementerio que tenía la entrada por la actual Calle Nuevo León, y sus compa-

ñeros de vivienda eran varios canes, pues “El Húngaro” sentía un gran cariño por los miembros de la raza perruna. Él decía que sus compañeros de habitación mantenían lejos de su residencia a los ladrones, que por cierto, no abundaban tanto como hoy ni vestían elegantemente ni usaban automóviles último modelo. La gente aseguraba que el limpiabotas guardaba mucho dinero; todo mundo sabía que el hombre ganaba buenos pesos y sólo gastaba en alimentar media docena de perros, en aquella época que la carne tenía muy bajo precio.

Recuerdo que mientras los vecinos del personaje de marras, guardaban el agua que compraban a los aguadores ambulantes en tinajas, baldes y picheles, él tenía en el patio de su casa un tónder del Suf Pacífico lleno del vital líquido que ¿quién sabe cómo lo adquirió!

En esa misma época Hermosillo tenía otros dos tipos raros, y éstos sí eran de nuestra ciudad, ya que Peón del Valle vino muy joven desde Yucatán y “El Húngaro Bolero” nunca supimos cómo vino a dar con sus huesos a Sonora. Y por su aspecto, éste, más que por sus hechos, se le temía; por eso muchos exclamaban al verle: “¿Cómo estaría el infierno cuando este diablo se salió de allí!”.

Uno de los dos tipos raros sonorenses era Polito -Polito Ibarra-, quien habiendo padecido en su juventud una sífilopatía, la cual estuvo a punto de llevarle de la mano al sepulcro, logró ser curado cuando los médicos hermosillenses comenzaron a hacer experimentos con el 606 y mandaron a muchos al otro barrio antes de saber dosificarlo.

Polito sanó de ese mal que se consideraba como un azote de la Humanidad, pero no de los estragos que quedaron en su organismo hasta el día que el señor se acordó del él; por eso el hombre era flaco y tenía un rostro de ánima en pena... ¡Ah, pero éso sí: era optimista y cordial con todo el mundo! No había en Hermosillo quien no recibiese el saludo amable del señor Ibarra cada vez que le veía en la calle caminando con su permanente renguear.

Polito, como Peón del Valle, era un comisionista y habilísimo vendedor; lo mismo podía vender calzones que sombreros, bicicletas que calcetines o locomotoras de tendejón a tendejón... Cuéntase que en una ocasión un hojalatero que tenía su taller por la calle de la amargura, se sentía desesperado por que un comerciante foráneo le

habia ordenado la manufactura de cincuenta lámparas de las llamadas de mecha gorda, las cuales desde hacia un lustro nadie deseaba comprar por dar éstas poca luz y despedir mucho humo, y habia sucedido que el presunto cliente no regresó por su pedido. Como se acercaba la navidad y el hojalatero necesitaria dinero, llamó a Polito diciéndole que si lograba vender las lámparas él le cargaria en cuenta seis pesos por cada una, por lo que, entregándolas a nueve pesos podria obtener una buena comisión. Polito, que amaba tanto al dinero como a sus llagas curadas, se acarició las manos.

Ese día y los dos siguientes el Sr. Ibarra, a pie, visitó todos los tendejones de los barrios y en todas partes recibió la misma respuesta: "Esas lámparas no tienen mercado; desde hace varios años pasaron de moda". Entonces urdió un plan maquiavélico. Fue a la tienda de don Ramón Ayón en su edificio de la Calle Tampico, contiguo al Teatro Noriega, y recibió el mismo rechazo, sólo que en esta ocasión...

Ese mismo día llegaron tres personas a la tienda de don Ramón a buscar lámparas de mecha gorda; a los siguientes días sucedió lo mismo, lo cual tenia en ascuas al propietario del negocio.

A la siguiente semana pasó frente al señor Ayón Polito Ibarra, muy despreocupado, sin escuchar en el primer momento que le llamba aquel. Fue el tercero o cuarto grito que el comisionista entró a la tienda.

Por la tarde el señor Ibarra hubo de trasladar cincuenta lámparas de mecha gorda que don Ramón Ayón pagó a diez pesos cada una sintiendo que habia hecho una buena operación mercantil. Pero...

Unos años después el señor Ramón Ayón, por razones de mala salud liquidó su negocio y obsequió a quien le compró la mercancía, cincuenta lámparas de mecha gorda que se habian convertido en mulas viejas. Y fue hasta entonces que Polito Ibarra volvió a pasar por aquel lugar.

Otra persona que se hizo muy conocida en los años veinte, fue "El Rey del Petróleo". Era éste un señor experto en abrir cajas fuertes, empirico, pero con una formidable vocación y experiencia. En una ocasión el mecanismo de una de estas cajas de un Banco de Nogales, Arizona, se trabó y ni técnicos venidos de Phoenix pudieron abrirla; y ya pensaban traer personal de la fábrica, cuando uno de

los empleados mencionó que en Hermosillo vivía un experto en ese tipo de trabajo que gozaba de mucha fama. Sin pérdida de tiempo, al través del telégrafo se mandó llamar al hermosillense, quien al día siguiente se presentó en el Banco y en quince minutos abrió la famosa caja fuerte.

Los problemas vinieron a la hora del cobro, pues cuando el Gerente de la Institución preguntó el importe de sus honorarios y aquél le informó que eran doscientos pesos, el banquero empezó a rezongar, a lanzar juramentos que mi buena educación me impide repetir, y a gritar a voz en cuello que por quince minutos de trabajo aquello era un abuso; en cambio el técnico sonorensé, con toda la calma del mundo se acercó sigilosamente a la caja de seguridad, la cerró, y dirigiéndose al tacaño banquero, exclamó: “señor Gerente, no se disguste más; no me debe nada”, y saliendo del lugar abordó el tren que en ese momento salía para Hermosillo.

Cuando nuevamente fue llamado a Nogales, Arizona, “El Rey del Petróleo”, fijó un nuevo precio: \$600.00, que hubo de pagar sin chistar el Gerente del Banco.

Me he abstenido de mencionar por su nombre a “El Rey del Petróleo”, debido a que aún viven en el Estado sus descendientes, y este apodo le vino porque...

Vivía por allí, en un barrio de Hermosillo, un señor experto en reparar mecanismos de cajas fuertes. Era un individuo excéntrico cuyo taller le daba para vivir como un pequeño burgués. Nuestra ciudad de 1919 tenía una potencialidad económica admirable; su comercio recibía mercancías de todo el mundo y más de la mitad del Estado surtía sus tiendas de nuestra capital o de Guaymas. Por ello, el dueño del taller de cajas fuertes tenía bastante trabajo. Sin embargo un día corrió la noticia, difundida por él mismo, de que al hacer una noria en su casa había encontrado petróleo, ocasionando que todos los habitantes de nuestra ciudad quisieran ver aquel hallazgo afortunado; y como si fuese poco el alboroto ocurrieron al lugar donde estaba el pozo varios individuos extranjeros, haciendo ventajosas ofertas al propietario del terreno. Enterado el Gobernador del Estado, don Adolfo de la Huerta, mandó técnicos a que hiciesen estudios de aquella maravilla; el mandatario temía que los especuladores hicieran víctima de un timo al dueño del solar. Y resultó que el gozo se

fue al pozo: dentro de la excavación solamente habia petróleo refinado, algo asi como veinte latas de la Standard Oil Co.

El señor de la Huerta, uno de los políticos honrados que han nacido en estas tierras, con la mejor intención del mundo que fue la de ayudar al propietario del pozo, impidió que éste cometiera un fraude que jubiloso hubiese publicado Ripley en su columna aunque usted no lo crea.

El Primer Intento de Reconstruir el Gran Hotel Arcadia.

En el año 1928 los hombres de negocios de Hermosillo aún lamentaban el que el mejor hotel, el Gran Hotel Arcadia, continuase convertido en escombros. En ese tiempo, después de Guadalajara, la capital de Sonora era la ciudad que contaba con el mayor movimiento comercial de la Costa del Pacifico, y los viajeros de comercio carecian en ésta de suficientes y buenas hospederias, salvo el Hotel Ramos y el Hotel Cohén (Kino, ahora) que habian pasado a ocupar el primer lugar después del incendio del Gran Hotel.

Después de que varios hombres de empresa de nuestra capital tuvieron entrevistas con el Gobernador del Estado, General Fausto Topete Almada, este mandatario comenzó a percatarse de la inquietud de los comerciantes locales; y fue cuando en forma pintoresca como hablaban los hombres de la Revolución, exclamó: “¡Tomaré el toro por los cuernos!”. Entonces aquel valiente y bronco soldado alamense celebró reuniones con los miembros de la Cámara Nacional de Comercio local, por lo que el periódico hermosillense La Raza, en su edición No. 247 del 7 de marzo de ese año, publicó en la primera plana la siguiente noticia:

De acuerdo con la cita que por conducto de La Raza hicieron el señor Gobernador del Estado y la Cámara Nacional de Comercio, a todos los hombres de negocios de esta capital, hoy a las trece horas, en el despacho del señor General Topete se llevó a cabo una importante junta de industriales, comerciantes y agricultores, tratándose en ella lo relativo a la participación que el señor Bowman desea que tengan los representantes de las fuerzas vivas de Hermosillo, en la

reconstrucción y explotación de un gran hotel, en lo que ahora son las ruinas del Arcadia.

“Desde luego que hay que hacer constar que se debe a la iniciativa del señor General Topete, Gobernador del Estado, la construcción de ese nuevo edificio, en que, como decimos antes, nuestros hombres de negocios y el señor Bowman, representen una sociedad anónima, en la que los primeros aportarán una suma equivalente a un veinticinco por ciento y el señor Bowman el resto del capital que se requiere para este caso.

“A la junta concurrieron numerosas personas, representativas del Comercio, la Banca, la Industria y la Agricultura, estando presentes además del señor Gobernador del Estado, el señor Jesús G. Lizárraga, Secretario General, y don Gabriel V. Monteverde, Presidente de la Cámara Nacional de Comercio.

“ El Sr. Gobernador abordó el asunto y explicó a los presentes el objeto de la junta que no era otro que el de invitar a todos a formar parte de una sociedad con el Sr. Bowman, para la construcción y explotación de un hotel de primera, en las ruinas del Arcadia. Explicó el Sr. Gobernador la importancia que representa para Hermosillo contar con un hotel apropiado para dar alojamiento al incontable número de turistas que vendrán a esta capital con motivo de la apertura de la gran carretera Nogales-Guaymas.

“ Así mismo el Sr. Gobernador mostró los planos, esquemas y demás trazos que se han levantado ya, y explicó que el monto total de esa construcción representa un costo de setenta y cinco a noventa mil dólares, invitando a los presentes a suscribir el veinticinco por ciento y el resto será aportado por el señor Bowman. Habló el señor General Topete de lo que representa para los hombres de negocios de Hermosillo, su participación en este proyecto, no como cooperación, sino como una inversión de magníficos resultados, pues los accionistas, como se estila en todas las sociedades de esta índole, tendrán sus dividendos.

“Desde luego la idea del señor Gobernador, mereció la aprobación unánime de los presentes y después de un breve cambio de impresiones y observación de planos y esquemas, todos manifestaron su deseo de formar parte de la sociedad, suscribiendo cantidades más o menos regulares, según la capacidad pecuniaria de cada

uno, hasta completar algo más de treinta mil pesos.

“La idea del señor Gobernador de interesar en esta forma a nuestros hombres de negocios, ha sido objeto de muy favorables comentarios que omitimos transcribir por no restar méritos a la obra”.

Enseguida el periódico de don Gabriel Monteverde, La Raza, continuaba con la grata noticia para los hermosillenses de esa época:

“COMO SERA EL HOTEL”.

“Podimos ver los planos y esquemas y desde luego apreciar el mérito arquitectónico y su grandiosa belleza, graciosamente combinados con todos los adelantos del confort y de la higiene. Será de estilo colonial, con hermosos ventanales de cristales policromos. Constará de dos pisos. Su entrada principal conduce inmediatamente a un hall, en el que habrá asientos.

“Al fondo está una escalera con dos ramificaciones que conduce a la planta alta, en la cual también habrá lugares de descanso bastante confortables. En las dos plantas habrá cincuenta cuartos, todos con baño y W.C.

“Cada cuarto tendrá vista a la calle y comunicación al patio. En la planta baja, por fuera, habrá lugares para almacenes, cantina, billares, peluquería y un hermosísimo salón de baile mucho más amplio que el salón de recepciones del Palacio de Gobierno.

“Se construirá primeramente en parte, y después, se procederá a la construcción de otro block, con capacidad para cuarenta alojamientos tan elegantes y bien dispuestos como los descritos.

“Las calles van a ser arregladas por cuenta del Gobierno, procediéndose a su pavimentación.

“Desde mañana dan principio los trabajos de demolición de las ruinas y la construcción queda a cargo del Arquitecto Mr. Wheeler, quien ya se encuentra en esta capital. Una comisión de la Cámara Nacional de Comercio comisionó a los señores Luis Brauer, Manuel Y. Loaiza y Enrique Rivera, para que se encarguen de ver a los comerciantes e industriales que no pudieron asistir a la junta y los inviten a contribuir, creyéndose que por esta razón, se reunirá mucho

más del veinticinco por ciento que se pensaba reunir entre nuestros hombres de negocios”.

Al día siguiente, 9 de marzo, apareció a dos columnas el concurso a que convocó el periódico La Raza, para ponerle nombre al hotel en proyecto, siendo éste con las siguientes bases:

PRIMERA PARTE

A.- Pueden tomar parte todas las personas que gusten, vecindadas en el territorio sonoreense.

B.- Los concursantes se servirán enviar al departamento de concursos de La Raza, su proposición conteniendo el nombre en castellano, que en su concepto, deba aplicarse y ostentar el nuevo hotel, suscribiendo esa proposición con un lema o seudónimo.

C.- Adjuntarán dentro de un sobre de tarjeta, cerrado, en cuya parte exterior deberá escribirse el mismo lema o seudónimo que ampare la proposición, el nombre y domicilio del concursante.

D.- Esta primer parte del concurso permanecerá abierta hasta el día diez del próximo mes de abril.

E.- Periódicamente se dará a conocer la lista de nombres que se propongan, hasta la fecha indicada en la cláusula anterior.

F.- La Directiva se reserva el derecho de eliminar las proposiciones ociosas que no estén de acuerdo con estas bases”.

SEGUNDA PARTE

A.- A partir del once de abril de este año, la elección de nombre para el nuevo hotel, será hecha por votación popular, sirviéndose al efecto de los cupones que para ese objeto aparecerán en las ediciones diarias de La Raza.

B.- Diariamente se publicará el estado de la votación con su respectiva lista de nombres propuestos.

C.- La duración de esta parte del concurso, se fijará oportunamente por la Dirección de este periódico.

D.- El último cómputo será hecho por la Directiva de la Sociedad Anónima, y declarará el nombre que obtuvo mayoría.

E.- Se abrirán los sobres que contengan los nombres y se otorga-

rá el autor del nombre electo, un premio de cien pesos plata mexicana”.

En la forma que lo anunciaba el periódico de don Gabriel Monteverde, en días posteriores al 9 de marzo de 1928 varias cuadrillas de trabajadores empezaron a descombrar las ruinas del incendiado Gran Hotel Arcadia, pero no lograron terminar su tarea. Solamente la parte del frente y otra pequeña área, fueron reconstruidas y allí se estableció en el interior la arena de box y en el frontispicio un lugar de recreo que por muchos años se llamó la verbena.

También recordamos que un año después de verse los buenos propósitos de reconstruir el gran hotel Arcadia, el General Fausto Topete Almada, Gobernador del Estado, se embarcó en una peligrosa aventura que se llamó Plan de Hermosillo o Revolución Renovadora, que costó sangre y ruina a nuestra patria chica. Por ello hubieron de transcurrir cerca de veinte años para que aquellos empresarios de gratos recuerdos, los señores Hoefffer, empezaran en ese lugar a construir el hotel San Alberto.

La terminación del Ferrocarril Sud Pacifico de México, S.A. de C.V.

Desde 1912, los hermosillenses de aquel tiempo esperaban que se diese celeridad a la construcción de la vía del Ferrocarril, en su tramo de Tepic a Guadalajara, ya que en enero de ese año quedó inaugurado el servicio de trenes entre la primera ciudad mencionada y Nogales, Sonora, habiendo tenido lugar una ceremonia que fue presidida por don José María Pino Suárez, Vice Presidente de la República.

Sin embargo la continuación de esa obra habría de suspenderse por varios años, a consecuencia de las convulsiones revolucionarias que serían el pan de cada día para los mexicanos, después de ese lapso de triste memoria que se dio en llamar La Decena Trágica .

Por ello, el diario el pueblo de don Israel C. González, en su edi-

ción número 588 del 27 de diciembre de 1926 publicó el siguiente artículo que provocó júbilo en nuestro medio:

LA PROLONGACION DEL SUD PACIFICO

“ Como caso absolutamente seguro salvo casos de fuerza mayor, el señor Presidente del Ferrocarril Sud Pacífico de México, H.B. Ticomb, dice que el primer tren entre Nogales, Son., y México, D.F., correrá el día último del mes de febrero del año que está entrando.

“Decimos que salvo el caso de fuerza mayor, porque según lo asegura también el señor Ticomb, la sublevación de los yaquis vino a hacer cambiar completamente los planes de la Compañía, pues ésta tenía la intención como lo anunció repetidas veces, de inaugurar el importantísimo servicio para fines del presente mes de diciembre o en los primeros días de enero de 1927. Todos los cálculos estaban hechos y las cosas arregladas para que el primer tren corriera, pero hubo la Compañía de distraer sus trabajos y gran parte de su material en la reparación de la línea destruida por los indios al sur de Guaymas y por la inundación del norte.

“Actualmente no faltan más que cinco kilómetros para que las dos puntas queden unidas. Mas para que esa unión se lleve a cabo, han de transcurrir cuando menos seis semanas porque hay que hacer en dicho tramo tan pequeño, obras difíciles a la par que muy costosas.

“Ahi estarán dos de los puentes más altos con que contarán los ferrocarriles del Continente. Una de las puntas está en un lugar llamado Las Tuzas y la otra en el K. 122+000.

“Según el señor Ticomb, el día último de enero quedará terminada más de la mitad de la obra y se comenzará la construcción del último puente en cuyo trabajo se empleará todo febrero o algo más, puesto que, es acuerdo de la Compañía, hacer correr el primer tren el día último de dicho mes según queda dicho”.

LO QUE GANAREMOS EN TIEMPO

“Una vez lista la comunicación directa de que hemos venido ocupándonos con tanta frecuencia, los beneficios vendrán inme-

diatamente y no hay espacio aquí para ponderarlos ni para hablar de alguno de ellos, ya que otras veces lo hemos hecho. Pero debe hacerse notar la gran diferencia del tiempo empleada en el largo recorrido, que será de cincuenta y una horas, desde Nogales hasta la Capital de la República. Actualmente se hacen cuatro días por el norte y muchas más por el sur.

El señor Presidente pondrá el último clavo.

“ El Señor Presidente de la República, General Plutarco Elias Calles, a quien se invitó en persona por el señor Ticomb, en nombre de la Compañía del Ferrocarril Sud Pacifico de México para que ponga el último clavo en el tramo que unirá las dos puntas a que hemos hecho referencia, ha aceptado la invitación y vendrá a hacerlo, dando mayor lucidez a la inauguración de la línea.

“ El mensaje de nuestro corresponsal, sobre este particular, recibido hoy, dice lo siguiente: “México, diciembre 27 de 1926. El señor General Calles ha aceptado la invitación que le fue hecha por Sud Pacifico de México, para que sea él quien ponga el último clavo en la unión de las dos puntas de la prolongación de dicho Sud Pacifico, hasta esta Capital.

“A mediados del mes de marzo del año entrante, correrá por dicha vía el tren presidencial”.

Mientras día a día se escuchaban las promesas de la pronta inauguración del servicio de trenes entre México, D.F., y Nogales, Sonora, la gente de Hermosillo hacia planes para visitar la Capital de la República, ya que mucho se hablaba de esta urbe; pero podemos decir con certeza que eran poquitos los sonorenses que conocían aquella gran ciudad que en esas fechas contaba con una población cercana al millón de personas. Y fue hasta el 15 de abril de 1927 que se unieron las vías de Tepic al sur y de Guadalajara el noroeste; pero el 27 de ese mes se hizo la inauguración oficial.

Las personas que en ese entonces fueron a Guadalajara, regresaron relatando a sus amigos las admirables obras de ingeniería que vieron antes de llegar a la Capital tapatía, pues además del majestuoso Puente de Salsipuedes existen otros y treinta y cinco túneles, algunos de ellos como el 12 y el 18, tienen una longitud cercana al kilómetro.

También se dieron cuenta los excursionistas de que los trenes no iban directos de Nogales a México, D.F., sino que en la Capital de Jalisco había que transbordar el antiguo Ferrocarril Central Mexicano.

La línea que comunica Guadalajara con la ciudad de México, fue inaugurada el 14 de mayo de 1888, siendo Gobernador de Jalisco el General Ramón Corona, quien no obstante el tremendo aguacero que se dejaba sentir en el momento de llegar el primer tren, recibió personalmente a los numerosos invitados que serían sus huéspedes durante cinco días.

A pesar de que en 1927 la llamada “guerra cristera” estaba en su apogeo, al lograrse la comunicación por tren de Nogales a Guadalajara y México, mereció que los principales periódicos del país publicaran la noticia a ocho columnas. Pero muy pocas personas de ese tiempo pudieron percatarse, en su magnitud, de lo que significó y significa para el Noroeste estar unido a las vías férreas del resto del país, en lo económico y en lo espiritual; sólo al transcurrir el tiempo nos daríamos cuenta de ello.

El Impacto de la Rebelión Renovadora en Hermosillo y en la Entidad.

El día 4 de marzo de 1929, los residentes de nuestra ciudad de Hermosillo se sintieron llenos de estupor al leer en los periódicos locales la tremenda noticia de que la Legislatura Local, mediante la Ley No. 120, desconocía los Poderes Federales y al mismo tiempo otorgaba amplias facultades al Gobernador, en el ramo de Guerra y de Hacienda.

Esos mismos periódicos informaban también, de que varios Jefes de Operaciones Militares habían desconocido al Gobierno del Centro, entre ellos los de Veracruz, de Chihuahua, de Colima, de Tehuantepec, etc., omitiendo a otros que en la misma forma secundaron el movimiento.

Todavía no salía el público de su sorpresa, cuando se notó en la Estación del Ferrocarril la llegada de tropas que se concentraban en

la Capital del Estado, a las órdenes del General Francisco R. Manzo. Los Generales Roberto Cruz y Eduardo C. García se veían muy activos entrar y salir del Cuartel del Catorce y de las oficinas del Ejecutivo del Estado.

El periódico "El Pueblo" de don Israel C. González, también llevaba al conocimiento público que el señor Licenciado don Emilio Portes Gil, Presidente de la República; el señor Luis N. Morones, adalid de la poderosa C.R.O.M., y el General Joaquin Amaro, Secretario de Guerra y Marina, habían sido detenidos.

La anterior noticia, posteriormente se aclaró, era falsa como muchas otras que llenaban de confusión a la ciudadanía, pues también se rumoreó que el señor General Plutarco Elías Calles había salido huyendo en un aeroplano de tres motores.

Sucedió asimismo ese día, que encontrándose en Estación Zamora los candidatos Francisco L. Carreón y Agustín Gutiérrez en una reunión política, llegó una persona de Hermosillo y les preguntó:

-¿Ya están enterados de las últimas noticias?- y al responder el señor Gutiérrez que no, porque habían salido de la ciudad muy temprano, el recién llegado les informó:

-Estamos nuevamente en una revolución, muchachos.

Al principio de este diálogo, los de la gira política y los zamoranos no creyeron lo que se les informaba. Empero, al rato llegaron dos vendedores ambulantes y corroboraron la información; entonces todos los de la comitiva alarmados regresaron a Hermosillo.

Como en México todo movimiento de rebelión, desde el Plan de Iguala, necesita un "Plan" que justifique el salirse de las normas establecidas, se dio a conocer el Plan de Hermosillo con el que no solamente se negaba la legalidad de las Autoridades Federales sino que a don Plutarco Elías Calles se le llamaba Judio de la Revolución, Alma Mater de esta Escuela de corrupción, de fuente de vicio que se desborda, de sed insaciable de poder y de riqueza, gran Maestro de Mixtificación y de la Farsa, etc. Al Licenciado Portes Gil, Presidente de la República, se le daba el adjetivo de Instrumento ciego e incondicional del General Elías Calles. Y al mismo tiempo reconocía como Jefe del Movimiento revolucionario al General José Gonzalo Escobar.

Al día siguiente, o sea el 5, la gente no lograba salir de su estupor y todo mundo procuró retirar sus depósitos bancarios; pero los Bancos permanecieron cerrados. Por ello la autoridad competente hizo declaraciones en el sentido de que dentro de cuatro o cinco días los depósitos podrían ser reintegrados a sus dueños.

Otra causa de alarma para las personas civiles, fue que los precios de los artículos de primera necesidad subieron; la gasolina cuyo precio por litro era de diecisiete centavos llegó a veintidos.

El día 27 el General Fausto Topete, Gobernador Constitucional del Estado por el periodo 1927-31, obtuvo una licencia del Congreso para separarse de su puesto y hacerse cargo de la Subjefatura de la Revolución llamada "Renovadora". El señor don Jesús G. Lizárraga quedó al frente del Poder Ejecutivo.

A las 15.00 Hrs. del mismo día, por telégrafo se recibió la noticia de que la Capital de Sinaloa había caído en manos de los revolucionarios.

En las oficinas federales de Hermosillo, como en otras partes, hubo cambios de jefes: La Dirección de Correos del Movimiento quedó a cargo del señor Francisco Serrano Ayón, la de Telégrafos a las órdenes del señor Angel Amante y la de Hacienda al cuidado del señor Francisco Martínez.

El día 13 se hizo pública la intención de los revolucionarios de tomar Mazatlán para después avanzar a Guadalajara y enseguida a la Capital de la República. Quien comandaba la columna revolucionaria que avanzaba hacia el sur era el General Ramón F. Iturbe. El Comandante federal de Mazatlán era el General Jaime Carrillo.

A mediados de marzo el señor Genaro Manzo se hizo cargo de la Tesorería General del Estado en substitución del señor Rodolfo Garayzar.

Mientras la Prensa de Hermosillo a diario nos informaba de victorias y avances revolucionarios como la derrota del General Juan Andrew Almazán en Torreón, las cosas resultaban en sentido opuesto, ya que desde un principio el Movimiento estaba mal planeado y peor dirigido. Muchos jefes comprometidos, a última hora continuaron al lado del Gobierno; otros fueron aprehendidos, como el General Jesús M. Ferreira, en la Capital de la República; Palomera

López, también detenido en la ciudad de México por la Policía Militar, etc. Al terrible Palomera López un Consejo de Guerra le sentenció a la Pena Capital, la que se llevó a cabo a las cinco y treinta y cinco del día 7 de marzo.

En Veracruz el General Jesús M. Aguirre secundó la “Revolución del 29”, pero varias unidades y los alumnos de la Escuela Naval permanecieron leales al Gobierno. Y para empeorar las cosas, el General Aguirre pronto ve cómo empiezan las deserciones de muchos que prometieron seguirle en la aventura, por lo que tiene que abandonar el Puerto y replegarse con unos cuantos hombres al Istmo, donde es tomado prisionero y fusilado a las siete de la mañana del día 21.

En Nuevo León varios jefes no secundan el Movimiento y el General José Gonzalo Escobar se ve obligado a replegarse a La Laguna, en donde es Jefe de las Operaciones Militares.

En Chihuahua, el Gobernador del Estado, General Marcelo Caraveo, a principios de marzo desconoce al Gobierno del Centro y secunda la rebelión; también con pésimos augurios.

Mientras ésto sucedía, en la Capital de la República se hacía cargo de la Secretaria de Guerra el General Plutarco Elias Calles, quien desde luego asumió el mando de las fuerzas que combatirían a la rebelión en el norte.

El General Elias Calles forma varias columnas para combatir a los rebeldes. Una que se dirige a Monterrey y Saltillo, a las órdenes del General Juan Andrew Almazán; otra, al mando del Gral. Lázaro Cárdenas que continúa su avance desde Zacatecas y pasando por Durango, se concentra en La Laguna.

Como alud avanzan las fuerzas de los generales Andrew Almazán y Cárdenas, recuperando el día 13 de marzo la ciudad de Saltillo, y el 15 la Capital del Estado de Durango.

Las fuerzas federales al mando directo del General Plutarco Elias Calles, toman la plaza de Torreón el día 18. Los rebeldes que comanda el General Escobar retroceden hacia el Estado de Chihuahua. En Jiménez los escobaristas concentran sus mejores elementos para resistir el empuje del Gobierno, pero Andrew Almazán los ataca desde el 31 de marzo y el 2 de abril toma la plaza. El 9 del mismo mes el Jefe Federal toma Chihuahua y al día siguiente la pla-

za de ciudad Juárez se rinde.

El 6 de abril las tropas al mando del General Lázaro Cárdenas, derrotan a las fuerzas rebeldes del General Roberto Cruz y ocupan la plaza de Culiacán. Y antes de que termine el mes, los federales ya habían tomado Navojoa, Guaymas y Hermosillo, derrotando a los generales Francisco R. Manzo, Fausto Topete, Román Yocupicio y otros. Y como dejó de existir el ejército revolucionario, se rinden al Gobierno las plazas de Nogales, Agua Prieta y otras.

También es necesario asentar, que desde un principio la "Revolución sin Nombre", como la llamó un periodista sonorensé, estuvo amenazada por el General Abelardo Rodríguez desde Baja California Norte, y desde Naco por el General Agustín Olachea, que permanecieron leales al Gobierno.

Ataque de la Aviación Militar a la Capital de Sonora.

Las tropas federales ocuparon la ciudad de Hermosillo el 28 de abril de 1929, como se asienta en el capítulo anterior; pero durante la mañana de ese día tuvo lugar en la Capital del Estado un hecho que no tiene nombre, que llega a los linderos de la barbarie: Una escuadrilla de aviones del Gobierno Federal ametralla y lanza bombas sobre la población civil.

Para hacer el relato de ese bombardeo, consultamos a varias personas que fueron testigos de aquellos hechos que el tiempo aún no ha borrado, porque muchos de los miembros de esa generación aún viven, no obstante que han transcurrido cincuenta y cuatro años. Y por otra parte, tuvimos a la vista los periódicos que empezaron a publicarse nuevamente el 2 de mayo, después de un receso de más de quince días, debido a que los "renovadores" obligaron a sus editores a cerrar sus oficinas y talleres.

Los hermosillenses recuerdan que ese domingo 28, los habitantes de la ciudad despertaron inquietos como los últimos quince días que los periódicos no salieron a la luz pública; Y no era para menos! Las noticias corrían de boca en boca y aquellas no eran muy alentadoras. Se sabía que la rebelión encabezada por los generales José Gonzalo Escobar, Fausto Topete Almada, Francisco R. Manzo, Ra-

món F. Iturbe, Francisco Urbalejo, Marcelo Caraveo, Roberto Cruz y otros, había recibido graves reveses.

La preocupación de la ciudadanía hermosillense por el mal cariz que tomaban las cosas, no se debía a que fuese simpatizadora del movimiento de rebelión, sino el temor a las represalias del Gobierno federal contra nuestra Ciudad Capital, dado que aquí se había promulgado el "Plan Hermosillo".

La "Renovadora", como también se llamó a la asonada de 1929, no se gestó en el pueblo como la Revolución de 1910, ni tuvo el apoyo de los obreros y los campesinos como la de 1913. El movimiento "escobarista" (por el General Escobar) fue simple y sencillamente un acto de indisciplina de pretorianos ambiciosos o, en pocas palabras, una rebelión militar como las muchas que padeció el País a partir del triunfo del Ejército Constitucionalista. .

La llegada, esa mañana, de un tren con tropas que venían del sur, con muchos heridos, puso en evidencia que esos hombres venían derrotados y corrió el rumor de que los cabecillas ya habían pasado la línea divisoria con los Estados Unidos de Norteamérica; máxime que esa tropa maltrecha sólo veía oficiales; los jefes habían desaparecido.

Aún cuando aquel ejército se veía derrotado y en huida, se temía que en cualquier momento la ciudad fuese el escenario de una batalla entre las tropas rebeldes y las federales. Por ello las personas pudientes habían buscado refugio en los pueblos y ranchos circunvecinos; en cambio la gente de la clase media y la pobre permanecía en sus casas, vigilando sus pocas pertenencias.

Sin embargo, pese a la tensión existente, algunas tiendas abrieron cuando menos una puerta esa mañana; sus propietarios preferían estar al frente de sus negocios por si a última hora los hombres en huida organizaban un pillaje propio de esas circunstancias.

Afortunadamente los soldados en derrota estaban demasiado nerviosos para pensar en un saqueo general, ya que intuían que para librarse de caer prisioneros sólo contaban con unas cuantas horas de ventaja a las tropas del Gobierno.

Así estaban las cosas cuando faltando diez minutos para las nueve horas, un soldado que se encontraba sobre un vagón del

Ferrocarril gritó: “¡Miren, allá vienen los aeroplanos del Gobierno!”. Y dicho esto más que de prisa se bajó y lanzando el fusil huyó buscando refugio bajo el depósito de agua de las locomotoras.

Todo mundo fijó su vista hacia donde había señalado el soldado y vieron aparecer sobre el Cerro de la Campana una flotilla de aviones. Y fue entonces que un artillero que tenía un cañón sobre una plataforma comenzó a disparar sobre los vehículos aéreos y se inició el combate.

Algunas personas testigos de aquellos acontecimientos, aseguran que el artillero provocó el que los aviadores dispararan y lanzaran bombas; en cambio otras afirman que los tripulantes de las máquinas aéreas venían con órdenes de bombardear nuestra ciudad como lo hicieron en San Blas, Sinaloa, y en otras plazas del sur de Sonora ¡Quién sabe!

Los testigos recuerdan que después de que los aviones pasaron el Cerro de la Campana, deshicieron la formación y comenzaron a evolucionar, arrojando bombas y balas de sus ametralladoras. La confusión que se produjo fue terrible; todo mundo huía por donde pensaba encontrar protección. Algunos soldados disparaban ametralladoras contra los atacantes, y otros, la mayoría que se encontraba en los techos de los vagones, saltaban, abandonando rifles y cartucheras. Los campos de la periferia de Hermosillo se llenaron de rebeldes dispersos, algunos formando grupos considerables. Las casas vecinas de la Estación del Ferrocarril fueron materialmente invadidas por soldados que buscaban refugio. En los sitios públicos de la ciudad se veían armas abandonadas que nadie se atrevía a coger.

Un grupo de cuarenta o cincuenta niños que en vez de asistir a la función de cine dominical, a donde los habían mandado sus padres, fue sorprendido en la estación. Muchos testigos de aquellos acontecimientos, y ellos mismos lo aseguran, vieron cómo un avión rojo seguía con sus disparos a los muchachos que corrían por la Calle Juárez hacia el sur. Entre ellos iba un niño de ocho años de edad, de nombre Ramón Angel Amante, quien vio cuando el artesano Miguel Norzagaray caía abatido por las balas de las ametralladoras.

Algunos militares disparaban sobre los aviones. En una esquina del Cuartel del Catorce (Sonora y Guerrero), un oficial, abrazado de

un poste hacía fuego con una pistola .45 y al verle uno de los aviadores, creyendo que había tropa en el Cuartel, lanzó varias bombas sobre el edificio. En la esquina que hoy forman la Calle de Iturbide y el Boulevard Luis Encinas, un militar hacía fuego con una ametralladora, respondiéndole uno de los aviadores con su arma de tiro rápido y sus bombas, cayendo dos de éstas en el Molino Harinero "El Hermosillense" y otra frente al mismo edificio, que no explotó.

En la Calle Jalapa (hoy Dr. Noriega) y Juárez, un militar parapetado en un poste disparaba una arma automática, poniendo más en peligro a los niños que por allí huían hacia el Mercado Municipal y de allí al internado de doña Nachita de Amante, el cual estaba ubicado en la esquina de Tampico (hoy Av. Obregón) y Garmendia.

A unos ciento cincuenta metros al Norte de donde hoy está el Hotel Internacional (Calle de la Moneda en aquel tiempo, hoy Av. Rosales), por la misma acera, un Teniente hacía fuego con una ametralladora, lo que originó que uno de los pilotos le dirigiera el fuego de su arma automática, poniendo en peligro a los residentes de las huertas cercanas.

Hubo otros individuos que en varios puntos de la zona aledaña a la Estación del Ferrocarril (hoy desaparecida), hicieron fuego a los aviones que por cierto venían comandados por el Coronel Pablo Sidar.

Varias bombas de las que cayeron en la ciudad, no explotaron.

El ataque aéreo sólo duró unos cuantos minutos, pero perecieron cinco personas civiles, ni uno militar, y entre los muertos hubo un pequeño hijo del señor Juan Beltrán. Los heridos, entre quienes estaban un retrasado mental, bonachón e inofensivo, llamado "Lipe", fueron varios.

Ese mismo día por la tarde, llegaron a Hermosillo las tropas federales en una impresionante demostración de fuerza, que los cabecillas del Movimiento no tuvieron interés en presenciar.

Después del Domingo Trágico de 1929

Después del bombardeo de los aviones militares sobre Hermosillo, la mayoría de los altos jefes de la rebelión llamada "Escoba-

rista", empezaron a pasar la frontera norte para ponerse a salvo, excepto el General Ramón Yocupicio que por el momento se fue a la Sierra, el General Roberto Cruz que lo hizo después de exigírsele la rendición incondicional, y el General Fausto Topete Almada que, según se dijo, presenció la incursión de los aeroplanos atacantes y hasta ese día después de las 13.00 horas salió en automóvil rumbo a Nogales, exponiéndose a ser alcanzado y fusilado.

A la salida de Topete la asonada en la Capital del Estado había pasado a la Historia; además ya no existía un Gobierno civil.

El día anterior, o sea el sábado 27 de abril de 1929, la imprenta de "El Pueblo" que estaba incautada por el Gobierno del Estado, fue reintegrada a don Israel C. González por el Comandante de Policía don José María Rojo, antes de ocultarse o huir a su vez, lo cual se consideró un acto amistoso o de reconciliación del Gobernador Interino don Jesús G. Lizárraga, dado que este periodista de arraigadas convicciones conservadoras siempre procuraba publicar su verdad, lo cual molestaba a los miembros del Gobierno del General Fausto Topete.

Mientras tanto, después de ese domingo trágico, la ciudad quedó consternada y horrorizada y más cuando el público vio llegar a las primeras columnas federales. En los hogares, a media voz por el temor a las represalias, se comentaba que el bombardeo fue innecesario desde el punto de vista militar, ya que el ataque no se concentró en la Estación del Ferrocarril sino que se generalizó por la ciudad, y lo comprobaba el hecho de que todas las víctimas fueron civiles; ningún militar resultó con heridas (cuando menos no trascendió que eso hubiese sucedido).

Pero en los círculos militares victoriosos, después se dijo que como a muy poca distancia de los rebeldes que huían avanzaban los soldados federales pisándoles los talones, era necesario que por medio de un ataque aéreo se evitase el que los fugitivos formaran un frente de resistencia mientras los jefes se ponían a salvo con sus pertenencias.

Desde luego que la anterior explicación no fue aceptada en ninguna forma por la gente de Hermosillo, dado que si los cabecillas hubiesen intentado resistir allí, habrían sufrido la decepción de su vida al ver las deserciones masivas de sus soldados. Por eso cabe la pre-

gunta: ¿Y el Servicio de Inteligencia Militar dónde estaba?

Es por ello que al transcurrir más de medio siglo del domingo trágico de 1929, podemos afirmar que el ataque aéreo sobre la Capital del Estado fue injusto y hasta criminal por parte de los aviadores, sobre todo de su Comandante el Coronel Pablo Sidar. Desgraciadamente en aquel tiempo no hubo una sola voz que clamara en el desierto solicitando que los culpables fuesen enjuiciados; y el nuevo Gobernador tampoco se preocupó por que se hiciera justicia a los civiles heridos y a los familiares de los muertos.

Empero, si el Coronel Pablo Sidar a quien se consideraba un as de la Aviación Mexicana, quedó muy complacido de una acción tan reprochable y digna de la Edad Media, no vivió mucho para contarla; poco tiempo después moría al caer su avión.

Como se asienta anteriormente, el avance de los ejércitos federales era muy rápido y no permitía que los rebeldes formasen un frente de combate; sabido es que las tropas desmoralizadas pierden toda su combatividad, y más en este caso en que sus jefes se arriesgaban a que los llevaran al temible paredón. Por ello fue posible que a unas cuantas horas de la salida de los revolucionarios ya estuvieran en Hermosillo las fuerzas del Gobierno, mientras los habitantes pacíficos se encerraban a piedra y lodo; pocas personas se atrevían a salir a la calle; sólo lo hacían por mucha necesidad.

El día siguiente, lunes 29, llegó a Hermosillo el General Lorenzo Muñoz para hacerse cargo de la administración militar, dictando disposiciones conducentes a poner orden en el caos, pues todos los jefes victoriosos se consideraban facultados para emitir órdenes que en muchos casos resultaban arbitrarias. Y el día 30 formaban filas largas los individuos que se presentaban en la Comandancia de Policía a rendirse al nuevo Gobierno, pero seguidamente eran enviados a la Comandancia Militar a donde iban temblando de temor. El Comercio grande a su vez, abrió sus puertas y comenzó a verse personas civiles en la calle.

El 1 de mayo, por órdenes de las autoridades del Ferrocarril Sud Pacífico de México, empezó a ser reparada una locomotora que abandonaron los rebeldes frente al Molino Harinero "El Hermosillense". Dicha máquina resultó con averías al ser cañoneado un convoy que se desplazaba entre Guaymas y Empalme, por unos bar-

cos de guerra que desde el día 26 de abril se encontraban surtos en la bahía guaymense. También para esas fechas los trabajadores del Ferrocarril continuaban trabajando intensamente en la reconstrucción de los puentes quemados y la restauración de la vía entre Empalme y Hermosillo, que los rebeldes habían destruido en su huída.

El periódico "El Pueblo" publicó la noticia de que el General Lázaro Cárdenas se encontraba en Cajeme esperando al Titular de la Secretaría de Guerra y Marina. Y fue el día 2 cuando arribó a Hermosillo el General Plutarco Elías Calles, organizador de la guerra relámpago contra la rebelión escobarista, hospedándose en el Hotel Ramos.

Al punto del mediodía del 3 de mayo (no el 5, como erróneamente han escrito algunos historiadores), desfilaron por Hermosillo, las tropas del General Cárdenas. La Sección de Ametralladoras Pesadas causó asombro entre el público, lo mismo que los seis mil dragones, y a pesar de que no participó la Sección de Artillería que permaneció en la Estación del Ferrocarril, la demostración de poderío militar duró más de una hora.

Personas Detenidas por las Nuevas Autoridades.

La mañana del día 4 corrió la noticia de que los tres exMagistrados del Supremo Tribunal de Justicia del Estado, don Atilano Labrada, don Fernando Girón y don Alfonso Almada, estaban detenidos a disposición de la Secretaría de Guerra y Marina. Y unas horas después la confirmó el periódico "El Pueblo" en su edición de esa fecha.

Como las tres personas mencionadas eran muy importantes en los medios sociales y políticos, varios amigos del General Elías Calles solicitaron una entrevista con él para interceder por los abogados en mención.

Otros ex funcionarios del Gobierno del Estado también fueron encarcelados, como los jueces don Ignacio Navarro y don Enrique Fuentes Frias; don Francisco de P. Castillo, quien en el Gobierno anterior fue Oficial Mayor de la Cámara de Diputados; el ex Diputado Profesor don Prisciliano Carrillo; don Arturo Salazar, don Luis M. Valenzuela, don José Gómez, don Enrique Orozco y Girón, don

Límbano Dominguez, don Bernardo Bravo, don Genaro Monteverde, etc.

Sin embargo, lo que impactó más a la opinión pública, fue la noticia de que un hombre, Rafael Izábal, intentó agredir con una navaja al General Elias Calles, en el Hotel Ramos, poco después de su llegada. Se informó que el General Rico, quien estaba presente, intuyó el intento de "Rafaelito" (como le llamaban) y detuvo el brazo agresor en el momento oportuno. Seguidamente Izábal fue desarmado y entregado a la Policía Municipal.

La Muerte del Joven Abascal.

El sábado 28 de julio de 1934, los habitantes de la C. de Hermosillo recibieron como un impacto la noticia de que en la noche anterior se había cometido un crimen espeluznante por haber sido el instrumento del delito un puñal, tan temido por los sonorenses.

Después del mediodía salió a la luz pública la edición de esa fecha de "El Tiempo", Diario dirigido por el gran periodista don José S. Healy. a ocho columnas tenía el siguiente encabezado: Causa honda conmoción el asesinato ocurrido anoche al joven Abascal, y enseguida presentaba el detalle de los hechos en la siguiente forma: en la siguiente forma:

"El cobarde y cruel asesinato del joven Carlos Abascal, cometido anoche con características excepcionales de sangre fría, en el establecimiento comercial ubicado en la esquina de las calles Guerrero y Oaxaca, produjo intensa conmoción en todas nuestras clases sociales al ser conocido el caso hoy en la mañana.

"Desde temprana hora empezó a circular de boca en boca la noticia del crimen con relatos más o menos verídicos o exagerados. El crimen fue descubierto a las cuatro horas y media y a las seis ya había corrido la voz hasta el Mercado Municipal, el centro donde se inician las actividades del día en nuestra localidad.

"Fue allí en donde nuestro redactor, a tempranísima hora, se enteró del sensacional acontecimiento, tanto más conmovedor cuanto que son afortunadamente raros en nuestro medio crímenes de la espe-

cie de lo ocurrido”.

En ese tiempo nuestra ciudad de Hermosillo sólo contaba con 30,000 habitantes según se calculaba oficialmente, y eran raros los hechos de sangre.

El joven Carlos Abascal, de veinte años de edad, fue muerto alrededor de las diez de la noche anterior, en el momento que se disponía a cerrar por dentro la puerta de la tienda de su hermano Gerónimo Abascal, en la que prestaba sus servicios.

El homicida, quien seguramente estaba acechando a su víctima, la sorprendió empujando la puerta y sin pérdida de tiempo le asestó dos tremendas puñaladas, una de las cuales le atravesó el corazón. La víctima cayó profiriendo un grito de dolor, quedando su cuerpo a una distancia de medio metro del quicio por el interior del establecimiento.

Toda la noche permaneció el cuerpo del joven Abascal sobre el piso y las luces del local quedaron encendidas. A las cuatro y treinta de la madrugada un vecino, el señor Román Ortiz (h), se extrañó de que no estuviese apagado el alumbrado del interior de la tienda dado que por abajo de la puerta entrecerrada se veía la luz. Preocupado el individuo madrugador despertó a don Gerónimo Abascal y ambos vinieron a investigar y con horror vieron el cadáver de Carlos en un charco de sangre. La pena del señor Abascal fue indescriptible y sólo gracias a su entereza pudo suplicar al señor Ortiz que diera parte a las autoridades.

En aquel tiempo el Cuerpo de Policía hermosillense era reducidísimo: Para la vigilancia de los tres turnos se contaba solamente con 24 agentes, 4 tenientes, 3 sargentos y siete personas en el Departamento de Investigaciones. Pero los jefes eran profesionales en virtud de que los cambios políticos poco afectaban a la Policía.

También existían pocos medios para la vigilancia de la ciudad: 2 carros-patrulla y el vehículo del Comandante y tres motocicletas ¡Ah, pero qué raros eran los casos delictuosos que no fuesen aclarados por los investigadores, no obstante que carecían de los recursos necesarios para el cumplimiento de sus obligaciones!

Por ello fue que cuando se presentó el caso del asesinato del joven Carlos Abascal hubo un gran despliegue de actividades policíacas que hasta la fecha es un digno ejemplo de lo que puede hacer

un pequeño grupo de hombres que se proponen cumplir con su deber.

Al presentarse los investigadores al lugar donde yacía el occiso, desde luego coligieron que el homicida sorprendió a la víctima en el momento que cerraba la última puerta del local, atacándolo sin piedad con el puñal.

Las pesquisas de la Policía la llevó a enterarse de que dos miembros del 110. Batallón se convertían por el momento en los hombres más sospechosos de ser los victimarios del joven Abascal. La noche de la tragedia el soldado Sixto Pérez Nava, dos horas antes del triste acontecimiento estuvo en la tienda y después de adquirir una cajetilla de cigarros inició una discusión con los propietarios, por negarse a pagar, y después de gritar "ya volveré y me las van a pagar". fue obligado a salir del establecimiento.

Luego se lograron testimonios de que al militar de referencia se le vio más tarde rondando por el lugar, lo cual le hizo más sospechoso.

Poco antes del mediodía el soldado Pérez Nava se encontraba detenido y sometido a un intenso interrogatorio, con la presencia del C. Agente del Ministerio Público, Licenciado Francisco Duarte Porchas, quien ya había ordenado la remisión del cuerpo de la víctima al Hospital General del Estado para que se le practicase la autopsia por el Doctor Ignacio Cadena H., en funciones de médico legista.

Después de la detención de Pérez Nava, la mujer de éste, Elvira Pérez Ortiz, fue informada de lo que acontecía y comenzó a sentir una angustia indescriptible, al grado de que sus vecinas creyeron que estaba a punto de perder la razón. Pero no era así. La abnegada soldadera empezó a hacer memoria de algunos hechos de la noche anterior; recordó que a hora avanzada había llegado a la casa donde ella vive --Oaxaca No. 44--, el también soldado Emiliano Triana Reyes, a preguntar por su mujer María García, y que habiéndose presentado ésta, le pidió que le diera uno de sus uniformes del ejército.

La joven Pérez Ortiz, morena, chaparrita y dueña de una belleza de nuestras mujeres mestizas, haciendo un esfuerzo mental, recordó también que Triana Reyes traía una manga de su camisa blanca rota y que a él se le veía muy excitado; en cambio trajo a la memoria que su marido no había cambiado su ropa esa noche, y ahogándose por la zozobra se hizo esta reflexión: "Si él hubiera cometi-

do el crimen, su ropa estaría manchada de sangre”.

La leal esposa de Pérez Nava, no pudiendo contener la angustia al pensar que su marido tenía en juego la vida, prescindiendo de toda la timidez de las mujeres humildes irrumpió en la oficina del General Mariano Garay, Comandante del 11o. Batallón, y éste sorprendido, se puso de pie para preguntarle qué pasaba; pero la mujer no estaba para cumplir los formulismos sociales y sin preámbulo alguno comenzó a relatarle sus inquietudes y sospechas. La humilde dama habló con tanta vehemencia que el jefe militar se sintió conmovido; no le reprochó por la forma de llegar a su despacho ni le hizo pregunta alguna porque comprendió que el estado de excitación de la muchacha no le permitía ser coherente en sus respuestas. Lo que hizo el General fue lo más razonable: la puso en comunicación con las autoridades civiles.

Para la hora que la humilde mujer hizo sus declaraciones al Jefe de Policía, ya Emiliano Triana Reyes también estaba detenido por sospechoso y eso vino a hundirle.

Fue hasta el día 29 de ese caluroso julio, cuando Triana Reyes dijo, después de un fatigoso interrogatorio de más de catorce horas: “Si, yo lo maté”, y enseguida hizo una declaración amplia de los motivos que le llevaron a cometer tan horrendo crimen. Relató que en Guaymas había tenido una riña con un hombre, y que ese hombre se parecía mucho al joven Carlos Abascal. Dijo también que ese día de la tragedia consumió varios cigarrillos de mariguana y que sintiendo unos deseos irrefrenables de vengarse, cometió el crimen.

La camisola (semiquemada) y el pantalón de mezclilla que usaba Triana en el momento de cometer el crimen, fueron desenterrados por la Policía, con manchas de sangre de la víctima; también en el mismo sitio se localizó el puñal homicida. El lugar donde ocultó el asesino los objetos que podían delatarle, fue en un solar que había en la Calle Colima, entre Garmendia y Yáñez, acera sur, donde existían unos pilares de una construcción que posiblemente a principios de este siglo se dejó inconclusa.

Reunidos todos los elementos para el proceso, el dinámico Agente del Ministerio Público hizo la acusación correspondiente ante el Juez de Primera Instancia, don Pedro Romero, quien dictó sentencia de muerte el 10 de agosto, trece días después de cometido el cri-

men.

El Defensor de Oficio de Triana Reyes apeló al Supremo Tribunal de Justicia del Estado, y siendo Magistrado Ponente de la Segunda Sala el señor Licenciado José Rojas, la sentencia fue ratificada en Pleno del 22 de mismo mes.

El Gobernador del Estado, don Rodolfo Elias Calles, en Of. No. 11-12 574, del 22, dispuso que la sentencia se ejecutase al día siguiente a las 6:00 horas.

El día 23 de agosto de 1934, un pelotón de fusilamiento designado por la IV Zona Militar, ejecutó en terrenos de la Penitenciaría del Estado al homicida Emiliano Triana Reyes; y el certificado de defunción fue expedido por los médicos don Ignacio Cadena H. y don Heraclio Espinosa.

Después de que el asesino del joven Carlos Abascal fue pasado por las armas, los hermosillenses se sintieron tranquilos y seguros por contar en el Cuerpo de Policía y en el Ramo de Justicia, con hombres tan competentes como el Comandante Vizcaino, el Teniente Reyes Vildósola y los cabos Guirado y López; el Agente del Ministerio Público Licenciado Francisco Duarte Porchas; el Juez don Pedro Romero y los honorables Magistrados del Supremo Tribunal de Justicia, quienes lograron que en sólo veintiseis días el asesino Emiliano Triana Reyes fuese detenido, convicto, sentenciado y fusilado.

Gente y Cosas del Gobierno de Yocupicio.

“En estos solemnes momentos en que acabo de otorgar la protesta de Ley como Gobernador Constitucional de mi Estado, en forma lacónica quiero dar a conocer al pueblo en general los puntos de vista que servirán de norma a mi conducta de gobernante, esbozando someramente los lineamientos de mi programa de Gobierno.

“En primer término, quiero declarar en forma enfática, que procuraré que mi Gobierno sea un fiel colaborador del gobierno del señor Presidente de la República, General Lázaro Cárdenas, cooperando con él en forma leal y sincera para llevar a feliz término el Plan Sexenal que plantea muy humanamente los problemas que

afectan al pueblo mexicano.

“Al interpretar el desarrollo del Plan Sexenal por lo que respecta a nuestro Estado propugnaré con energía la implantación, haciendo una realidad las conquistas alcanzadas por la Revolución...”

En esa forma dio principio a su discurso de la toma de posesión de la Gubernatura de Sonora, el señor General Román Yocupicio, el día 4 de enero de 1937, en el Estadio de la “Casa del Pueblo”.

El General Yocupicio llegó al Gobierno del Estado después de una campaña política muy difícil, en la cual no fue respaldado por el Partido Nacional Revolucionario; su contrincante más fuerte fue el señor General Ignacio Otero Pablos, un revolucionario y hombre preparado para ocupar una gubernatura.

En aquel tiempo la familia de quien esto escribe, tenía una empresa de camiones que transportaba leña para las ladrilleras locales. Como el Sr. General Otero Pablos nos había ayudado en unas gestiones que estábamos haciendo ante el Gobierno Federal, antes de que él aspirase a ser Gobernador de nuestro Estado, cuando surgió su candidatura no solamente nos sentimos obligados a ayudarlo, sino que toda nuestra simpatía era para sus aspiraciones políticas, que considerábamos muy merecidas, por lo que inmediatamente varios transportes de nuestra propiedad quedaron a su disposición, sin costo alguno.

Al empezar el año 1937 comenzaba a hacer mis pinitos como servidor público en la Tesorería General del Estado, como auxiliar del Tenedor de Libros, don Manuel Grijalva, cuando uno de los nuevos mandones me notificó que mi efímera carrera en el sector público había terminado.

En la administración de Yocupicio, del 4 de enero de 1937 al 30 de agosto de 1939, se suprimió el Municipio de Villa de Seris pasando a formar parte del de Hermosillo, con excepción de la Comisaría de Estación Serdán que se anexó al de La Colorada.

También correspondió a la época yocupicista el otorgar becas a dos jóvenes estudiantes de medicina: José Jesús Contreras Carranza y Ramón Ángel Amante Echeverría, según la Ley Núm. 103 del 17 de diciembre de 1938. Estos dos muchachos --muchachos en ese tiempo, naturalmente-- son hoy dos prominentes médicos hermosillenses que al través del tiempo han adquirido una gran experien-

cia profesional.

El 30 de septiembre de 1937 fue aceptada por el Congreso del Estado la renuncia del C. Licenciado Jesús R. Orrantia, quedando encargado del despacho el C. Subprocurador, hasta el 19 de octubre del mismo año en que se hizo cargo de ese importante puesto el C. Licenciado Adolfo Ibarra Seldner.

De aquellas fechas a las actuales, mucho ha llovido y las nieves del tiempo han plateado las sienas del señor Licenciado Adolfo Ibarra Seldner; pero los años transcurridos --cerca de cuarenta y cuatro-- le han otorgado una gran calidad de hombre que sabe enfrentarse a la vida por los caminos de la rectitud; lo prueba el hecho de que varios gobernadores le han llamado para que colabore con ellos en distintos puestos del Poder Judicial, y nunca ha sido el objeto de críticas en el desempeño de sus funciones. En esa administración, este honesto funcionario fue también Secretario Particular del C. Gobernador y Presidente del Comité Estatal del Partido de la Revolución Mexicana.

Al través de los periódicos que se editaban en el tiempo del yocupicismo, nos damos cuenta de que durante esa administración hubo muchos cambios de funcionarios. En el mes de enero de 1938 renunció el Licenciado Ibarra Seldner, siendo substituido por el también abogado de mucho prestigio, don Manuel V. Azuela. En octubre del año anterior había renunciado a la Magistratura de la Primera Sala del Supremo Tribunal de Justicia, el Licenciado don Horacio Sobarzo, ocupando posteriormente este puesto el señor Licenciado Hermínio Ahumada. En octubre de 1938 renunció como Magistrado del mismo alto Tribunal el señor Licenciado Gilberto Suárez, pasando a la Secretaría General de Gobierno. Inmediatamente pasó a ser Magistrado de la Tercera Sala el señor Licenciado Francisco Duarte Porchas.

Con fecha 5 de junio de 1938 falleció el ameritado maestro don Othón Almada, Director General de Educación Pública del Estado, quien en el mes de noviembre de 1937 había substituido en ese puesto al señor Licenciado Gilberto Suárez. Provisionalmente se hizo cargo de la Dirección el Profesor don Prisciliano Carrillo.

Tocó al General Yocupicio poner al frente de la Dirección General de Educación a la primera mujer que ha ocupado tan alto puesto en el Estado, siendo ésta la señora Profesora Rosario Paliza Vda. de

Carpio, quien dotada de amplio criterio y vasta inteligencia fue digna merecedora de tal distinción. Su nombramiento sentó el precedente de que la mujer debidamente preparada puede aspirar a ocupar un nivel más alto dentro de la organización del Gobierno o de cualquiera otra actividad.

La labor de la señora de Carpio, a pesar del poco tiempo que estuvo al frente de la Dirección General de Educación, fue positiva. Desgraciadamente por razones ajenas a su voluntad y a la del Gobernador, hubo de renunciar a tan alto cargo, siendo substituida por el señor Licenciado Francisco Elenes Almada.

Tanto el Profr. Othón Almada como la Profesora doña Rosario Paliza Vda. de Carpio, fueron dignamente honrados por la ciudad de Hermosillo: Una calle de nuestra ciudad tiene el nombre del primero y una escuela el de la segunda.

Durante el Gobierno de Yocupicio se creó el hoy desaparecido Departamento de Tránsito, a nivel estatal, siendo nombrado jefe de éste el señor Mayor Modesto Pintor.

Personas muy conocidas en el Hermosillo actual que ocuparon puestos en la administración yocupicista, son: Vicente Contreras, Contador de la Tesorería General del Estado; Profesor José Gálvez Figueroa, Diputado; Jesús María Suárez Jr., Diputado; Licenciado Ricardo Valenzuela, Diputado; etc.

Personas de también raigambre sonorenses, pero ya fallecidas, que ocuparon puestos de importancia en el Gobierno de don Román Yocupicio, fueron: Don Enrique Fuentes Frias, Presidente de la Junta de Conciliación y Arbitraje; don Francisco Enciso, Diputado; don Carlos Maldonado, Secretario General de Gobierno; Profesor Eduardo W. Villa, Secretario de la Dirección General de Educación Pública; Luis Almada, Agente del Ministerio Público; y el humanista Doctor Domingo Olivares, activo y entusiasta Presidente del Comité Administrativo de la Universidad de Sonora.

El General Román Yocupicio llegó a la Gubernatura de nuestro Estado poco antes de cumplir cuarenta y siete años de edad, ya que nació el 28 de febrero de 1890, en el Pueblo de Masiaca, Sonora. Su carrera militar la inició en 1910 como soldado raso de las fuerzas maderistas. Fue Presidente Municipal de Navjoa durante el bienio 1920-21.

Durante la campaña política de Yocupicio se quiso impugnar su candidatura por haber participado en la asonada de 1929; sin embargo, se dice, al General Lázaro Cárdenas, Presidente de la República en ese entonces, convenía que en Sonora hubiese un Gobernador enemigo del General Plutarco Elias Calles.

La Aviación en nuestra Ciudad.

Desde hacia dos años pilotos aviadores, entre ellos el señor Alberto Calzadias Barrera, venían solicitando a las autoridades estatales y federales, el establecimiento de una escuela para impartir instrucciones de vuelo en Hermosillo, hasta que el día primero de febrero de 1938 lograron su objetivo. Sus peticiones fueron escuchadas por el señor General Román Yocupicio, quien el día 4 de enero del año anterior se había hecho cargo de la Gubernatura del Estado.

La "Escuela Sonorense de Aeronáutica", como se le llamó, fue inaugurada en la fecha que se señala, estando presentes el Gobernador y todos los altos funcionarios estatales, su Director el señor Calzadias, los instructores Guillermo Rapp y Carl E. Molling, y los diez primeros alumnos que integraban la primera matrícula.

Como ya desde ese tiempo la aeronáutica civil estaba controlada por el Gobierno Federal, concretamente la Secretaria de Comunicaciones y Obras Públicas (S.C.O.P.), se buscó el apoyo de ésta con el fin de que los diplomas que se otorgaran tuviesen validez en toda la República; y para tal efecto, el señor Gobernador aprovechó una de las visitas que hizo a esta Entidad el señor Ingeniero Melquiades Angulo, Titular de la S.C.O.P., para inspeccionar los trabajos de construcción del Ferrocarril Sonora-Baja California, hablándole con entusiasmo de la escuela de pilotos que hacía tiempo había inaugurado.

Desde un principio el Ing. Angulo mostró su agrado por el establecimiento de una escuela de aviación, y desde luego envió asesores y personal que intervinieran en esa enseñanza. Además, antes de regresar a la Capital de la República hizo una visita al local que ocupaban alumnos y maestros y les patentizó su simpatía por lo que estaban haciendo. Y unos días después llegó a nuestra ciudad el P.A.

Antonio Cárdenas R., Asesor de la Aviación Civil Nacional, proveyéndoles de Reglamentos y material didáctico. La Escuela, parecía, tenía un porvenir muy prometedor.

Los adelantos adquiridos por los diez jóvenes que iniciaron sus estudios a raíz de la apertura de la Escuela, fueron un acicate para otros muchachos, contándose antes de un año con catorce alumnos, de los cuales cinco recibieron sus títulos a mediados del mes de agosto de 1939, unos días antes de que el Gobernador Yocupicio entregase el Gobierno al Gobernador electo, General Anselmo Macias Valenzuela. Para esas fechas los alumnos habían recibido para las prácticas dos aviones, uno de la marca "Waco" y otro "Curtiss Jr."

Pero antes de que esos cinco alumnos recibiesen el premio de su constancia y de su valor, fueron testigos de un incidente que estuvo a punto de costar la vida del Director del Plantel, P.A. Alberto Calzadías, y del alumno Romeo Romo. Sucedió que durante una de las visitas a Sonora del Secretario de Comunicaciones y Obras Públicas y del Asesor de la Aviación Civil Nacional, concurren al "Campo de Aterrizaje General Joaquin Amaro" a ver a los estudiantes en sus vuelos de práctica. En esos momentos se encontraban volando en el "Curtiss Jr" el señor Calzadías y el joven Romo, haciendo unas preciosas maniobras, cuando el motor de la nave dejó súbitamente de funcionar y a perder altura. La gente de tierra empezó a emitir exclamaciones de temor y algunos de los presentes gritaban aterrizados; solamente el Piloto Militar Antonio Cárdenas, as de la Aviación Mexicana, quien conocía la pericia del Director de la Escuela, permanecía sereno y decía al Ingeniero Angulo y al General Yocupicio, que pronto se darían cuenta de quien era, como técnico, el señor Alberto Calzadías. Y así fue.

Antes de cinco minutos, el "Curtiss Jr", dando tremendos tumbos tomaba la pista y al rato salían del avión, sanos y salvos, el instructor y el alumno, recibiendo aplausos y abrazos de los testigos de aquel percance que estuvo a punto de ser un accidente de fatales consecuencias.

Desgraciadamente en México muchas grandes iniciativas se convierten en flor de un día. Sucede que lo que emprende un Gobernador o un Presidente Municipal, que merece el aplauso de todos, al cumplir su mandato aquéllos las nuevas autoridades no tienen inte-

rés en seguir adelante y prefieren dar curso a nuevas ideas que lleven la influencia de sus personas. Eso sucedió a la Escuela Sonorense de Aeronáutica: Murió de inanición, por falta de presupuesto para su sostenimiento. El nuevo gobernante no tenía empeño en sostener algo que él no había creado.

Afortunadamente el señor Alberto Calzadias Barrera, además de escritor y cronista de las hazañas de Francisco Villa nombrado también "El Centauro del Norte", era un entusiasta de la Aviación y durante muchos años dio por su cuenta instrucciones a muchos jóvenes bizarros que buscaban su porvenir en los mandos de un avión; y como señala un sencillo y sabio refrán: "Aunque nosotros muramos la vida sigue adelante", así también en Hermosillo en lo que respecta a la Aviación local, pues después de aquéllas ya lejanas fechas ha habido otros instructores en la técnica de vuelo que han producido muchos aviadores.

También desapareció el antiguo Campo de Aviación que en un principio se llamó "Campo de Aterrizaje General Joaquin Amaro", y que después fue el Aeropuerto Civil de Hermosillo. En sus terrenos se construyó la bella "Colonia Modelo".

La desaparición de ese aeropuerto se debió a que el día primero de septiembre de 1949 se hizo cargo de la Gubernatura un hombre progresista en todo sentido, y consiguió que el licenciado Agustín García López, entonces Secretario de Comunicaciones y Obras Públicas, aprobase la construcción del Aeropuerto de La Manga, antecesor del "Ignacio Pesqueira", con la cooperación del Gobierno del Estado.

Ese hombre progresista en todo sentido, fue el señor don Ignacio Soto, a quien también se le recuerda por su filantropía y don de gentes. Muchas escuelas y obras viales construidas durante su administración, son mudos testigos del amor que sentía por su tierra este gran sonorense.

La Explosión de un Polvorín.

La tarde del 31 de julio de 1950, por más de treinta minutos prevaleció la alarma en Hermosillo y se vio que del Cuartel del Catorce salían varios camiones con soldados hacia el norte de la ciudad; y en

la misma forma actuó la Policía al poner en movimiento todo su cuerpo de vigilancia en los vehículos con que contaba.

Y sucedió también que algunas tiendas, las principales, cerraban sus puertas para que los empleados salieran a toda prisa a la calle, ya que todo mundo pensaba que un sismo había sacudido la zona urbana y su periferia.

Por las calles los conductores de automóviles corrían a velocidades prohibidas por el Reglamento de Tránsito, a pesar de que una tormenta impedía una buena visibilidad.

En la parte norte de nuestra Capital era notable la alarma, dado que allí además de sentir el temblor escucharon una explosión, por lo que muchas mujeres gritaban histéricas mientras sus hombres creían que había explotado una poderosa bomba y después otras de menos potencia, pues las capas atmosféricas daban la sensación de ser muchas las explosiones, como si se sucedieran en cadena.

En esos momentos el que esto escribe, a las 16.45 hs. venía llegando a Hermosillo procedente de Magdalena (hoy de Kino); y precisamente donde hoy se ubica el Casino de Hermosillo, en cuyo lugar en esa fecha estaban los talleres del Gobierno del Estado, sintió que el pickup que conducía saltaba hacia el lado izquierdo hasta fuera de la carpeta asfáltica.

Después del salto del vehículo, ya parado éste frente a los talleres del Gobierno, fijé mi vista hacia el norte al través de la tierra yerma donde hoy está la Colonia Constitución, que en ese tiempo no existía, y vi una columna de humo blanco en forma de hongo que me llenó de terror, y sintiendo un nudo en la garganta exclamé: “¡Gran Dios! ¡Es una explosión atómica!”.

Hay que considerar que los norteamericanos habían lanzado la primera bomba atómica en Hiroshima el 6 de agosto de 1945 y la de Nagasaki tres días después, y el mundo entero todavía se horrorizaba cuando traía a su memoria tan terribles acontecimientos... ¿Y quién iba a recordar en los momentos de la explosión al norte de nuestra ciudad ese memorable 31 de julio, que pasarían aún muchos años antes de que los rusos lograran fabricar un artefacto atómico?

En 1950 la guerra en Corea estaba en su apogeo; la llamada guerra fría entre Estados Unidos y Rusia estaba en uno de sus momentos más difíciles y, por tanto, se esperaba y ya estábamos pre-

parados emocionalmente para una nueva gran guerra. Aún recordamos que los grandes estrategos locales, compuestos por agricultores, avicultores, lecheros y otros madrugadores, sostenían grandes polémicas en el Café de doña Elvira del Mercado Municipal, todas las mañanas, entre partidarios de la Unión Soviética, que eran pocos, y los de los Estados Unidos de Norteamérica, que eran los más.

Por ello fue que cuando escuchamos la explosión en Hermosillo pensamos, ignorantemente, que los soviéticos habían lanzado sobre México, por error de cálculo, una bomba atómica que, como después comprendimos al serenarnos, estaban muy lejos de poder fabricar y de tener con qué enviarla.

Afortunadamente el ejército, que sí sabe lo que hace y por qué lo hace, pronto aclaró que una descarga eléctrica del firmamento hizo explotar el polvorín que la Mercería de la Paz, S.A., tenía establecido extramuros de la ciudad, en la parte septentrional.

Al día siguiente de la explosión, la Prensa local nos informó que los residentes del Barrio de la Cruz Gálvez fueron quienes tuvieron mayores daños en sus viviendas, consistentes en cuarteaduras y aflojamiento de puertas y ventanas; y los habitantes de la flamante Colonia Pitic no quedaron exentos del susto y de vidrios rotos, siendo la más dañada la Capilla del Espíritu Santo que requirió posteriores reparaciones de sus techos, puertas y ventanas.

En el centro de la ciudad algunos edificios tuvieron daños ligeros por el sacudimiento telúrico, como la rotura de los escaparates de Tapia Hermanos, S.A., que en ese tiempo se ubicaba en la esquina de las calles Juárez y Morelia, y la tienda de ropa "El Progreso", S.A., que abría sus puertas al público frente al Mercado Municipal, en la Av. Vildósola, hoy Plutarco Elías Calles.

Por fortuna, a consecuencia de la explosión del polvorín no hubo muertos ni heridos. Solamente un susto mayúsculo en algunos hogares.

Síntesis de una Crónica.

"El Origen del Palacio de Gobierno, en Hermosillo, Sonora, según don Fernando Galaz, en su Libro "Dejaron Huella en el Hermosillo de Ayer y Hoy."

El edificio que albergaba las oficinas municipales en 1878, frente

a la Plaza de Armas, estaba en muy malas condiciones, por lo que la autoridad comisionó al maestro albañil Javier Jara a que hiciese las reparaciones más necesarias para evitar el derrumbe.

El 20 de mayo de ese año acudió el Gobierno del Estado a auxiliar al Ilustre Ayuntamiento, como se le llamaba en ese tiempo, en el sentido de alquilar el inmueble para alojar allí al H. Congreso local y a la Secretaria de Gobierno, cubriéndole por el alquiler de los últimos ocho meses de ese ejercicio la cantidad de \$ 1,800.00, condicionando que esa suma fuese invertida en las reparaciones que efectuaba el maestro Jara.

Sin embargo, el Gobierno del Estado, en el año de 1881, sin tomar el parecer del Ilustre Ayuntamiento empezó la demolición del inmueble, con el proyecto de construir en ese lugar un edificio que debería albergar a una escuela de altos estudios, el "Instituto Sonorense", sueño dorado de don Carlos Rodrigo Ortiz Retes.

Desgraciadamente el Licenciado Ortiz Retes no pudo ver realizado su sueño. Su distanciamiento político con sus antiguos amigos Ramón Corral Verdugo, General Luis Emeterio Torres y, sobre todo, con el Jefe de la Zona Militar, General don José Guillermo Carbó, le obligó a dimitir y fijar su residencia en la Capital de la República.

No obstante que el proyecto del "Instituto Sonorense" fue echado en saco roto por los nuevos hombres que gobernarían el Estado hasta mayo de 1911, la construcción del edificio continuó al principio en forma lenta; posteriormente con más celeridad, pero ahora con otras miras y con cambios en el plan original.

Hacia el año 1884 se pudieron trasladar a los departamentos del lado norte del edificio, el despacho del Ejecutivo y algunas oficinas más. En el lapso 1885-86 se suspendieron las obras por haberse dedicado la mayoría de los recursos estatales a la campaña del Yaqui.

El 31 de agosto de 1887 estaban casi concluidos todos los techos de las piezas y tanto en la planta baja como en la alta, se había terminado el frente y el costado norte, con excepción de los corredores de la planta alta y el Salón de Recepciones.

Durante los años 1888-89-90 se erogaron en la construcción más de cincuenta mil pesos. Se tapizaron e instalaron las puertas y los balcones de las secciones del lado sur y la posterior; se construyó la escalera en su totalidad y el techo de esa parte de la obra; se hi-

cieron los corredores con columnas de hierro y con barandales de herrería, y se terminó también la escalera de hierro en forma de caracol, que da acceso a la azotea.

Fue en el año de 1906 cuando se terminó de construir el flamante Palacio de Gobierno, faltando únicamente la instalación del reloj de la torre.

Según don Fernando Galaz, lo erogado en la construcción del Palacio de 1882 a 1906 ascendió a \$248,202.97, sin incluir el valor del solar. Esto lo dice el cronista en la página 696 de su libro "Dejaron Huella en el Hermosillo de Ayer y Hoy".

Crónica de un Gran Incendio.

"Palacio del Gobierno de Sonora, Junio 11 de 1948"

El viernes 11 de junio de 1948 pasó a la historia como una fecha de malos recuerdos para Hermosillo en particular, y para Sonora en general. El Palacio de los Poderes del Estado fue destruido en sus dos terceras partes por un voraz incendio; y de la bella y majestuosa construcción, empezada durante el Gobierno del Licenciado Carlos Rodrigo Ortiz Retes y terminada a principios de este siglo, sólo logró salvarse la planta baja, no así los dobles muros exteriores que resultaron con daños de consideración.

El incendio tuvo su origen en una forma increíble, a una distancia de más de doscientos metros.

En una de las esquinas que forman las calles Dr. Ruperto Paliza y Hermenegildo Galeana, existía un viejo edificio de estilo europeo, llamado Chalet Salido, que era propiedad de don Saturnino Campoy, filántropo, poeta y hombre de bien por todos conceptos. El inmueble estaba rentado al señor Fidencio Peñuñuri y éste a su vez lo usaba como casa de huéspedes, entre quienes se contaba el señor Antonio López, fotógrafo de profesión que allí mismo tenía su gabinete de trabajo.

El día de los hechos que relatamos, el señor Antonio López hacía sus trabajos de revelado en su apartamento del Chalet Salido, cuán-

do sin darse cuenta, se incendió un poco de película que al propagarse la lumbre llegó a donde había más material fotográfico, bastante inflamable, dando principio a un incendio que se generalizó por el cuarto de trabajo, que por más esfuerzos que hizo no logró sofocarlo sino que cundió por el interior del hermoso inmueble. Eran las 17:00 horas.

El conocido y muy admirado Chalet Salido no tardó en estar convertido en una gigantesca tea, por más que varios voluntarios lanzaban agua sobre las llamas con cubetas y mangueras. Y al rato se vio que el incendio amenazaba propagarse a las propiedades aledañas, ya que el fuego al provocar fenómenos atmosféricos ocasionaba que del edificio saliesen pedazos de madera ardiendo que flotaban por el aire y que llegaban a distancias de más de doscientos cincuenta metros.

Al darse cuenta los residentes del barrio El Centenario y los vecinos de la Plaza Zaragoza, prestos subieron a sus azoteas para apagar los maderos en llamas que traía el aire como mensaje de destrucción. No obstante, desde la Plaza un grupo de niños disfrutaba del espectáculo de ver las bolas de fuego que iban por las alturas, sin darse cuenta de la preocupación de sus padres.

Por eso sucedió que cuando el Chalet Salido estaba a punto de desaparecer bajo las llamas, alguien gritó:

-¡Miren, la torre del Palacio se está incendiando!

Incrédula la multitud se apostó en el centro de la Calle Dr. Paliza para mirar hacia el edificio de los Poderes estatales, dado que en ese tiempo había casas en el costado sur de la Catedral que llegaban hasta la esquina de la Calle Bravo con la Dr. Paliza, que impedían ver desde el edificio en llamas a la Plaza Zaragoza.

Confirmado que fue el incendio en la torre del reloj, la gente, olvidándose de los lamentos de los huéspedes del señor Peñuñuri que se encontraban con sólo la ropa que vestían, corrieron a ver el nuevo incendio. Y como reguero de pólvora incendiándose corrió por la ciudad la noticia de que el Palacio de Gobierno, "nuestro Palacio", estaba en llamas.

Personas de todas las clases sociales acudieron a la Plaza Zaragoza, con el estupor reflejado en sus rostros, y en un momento empezaron los voluntarios a tratar de salvar lo que se pudiese, ya que el

fuego después de terminar con la torre comenzó en la planta alta. Desgraciadamente la labor se hacía sin ningún orden y cada quien hacía lo que se le ocurría, haciendo a veces más mal que bien, pues muchos individuos desde los balcones del Congreso y del Supremo Tribunal de Justicia lanzaban al espacio sillas, escritorios y máquinas de escribir, que al estrellarse en el pavimento se destruían. También se vieron volar por el aire muchos expedientes del Tribunal.

Ese día el Licenciado Horacio Sobarzo, Gobernador Interino del Estado, había salido por la mañana a Nogales y cuando se le avisó de lo que acontecía, esa misma tarde emprendió el regreso en automóvil, llegando a Hermosillo a las once de la noche.

También fue avisado don Máximo Othón, Tesorero General del Estado, quien con la energía que le era peculiar puso orden en el caos, salvándose el mobiliario de la planta baja. Así mismo, se solicitó el auxilio de la Comandancia de la IV Zona Militar y ésta inmediatamente movilizó al 110. Batallón de Infantería, el cual intervino tanto en sofocar el incendio como para evitar el pillaje.

También prestaron muy valiosa ayuda los señores Roberto E. Romero, Presidente Municipal, y el señor Sánchez, Jefe de la Policía Judicial del Estado, quienes con sus subalternos colaboraron eficazmente con el ejército.

El señor Othón, temeroso de que el incendio pudiese llegar a las oficinas de la Tesorería, por teléfono solicitó la ayuda de los bomberos de Nogales, Sonora, quienes inmediatamente se pusieron en camino a Hermosillo mientras sus colegas de Arizona se hacían cargo en lo que respecta a incendios, de su ciudad homónima de Sonora, pero al pasar por Benjamin Hill una de las máquinas tuvo una avería y por causa de esta demora su llegada al lugar del incendio ocurrió a la una y media de la mañana del día doce, logrando apagar el poco fuego que quedaba hasta las tres de la madrugada.

Al día siguiente del incendio, el Gobierno del Estado publicó el siguiente

CUADRO DE HONOR

La ejemplar actitud, digna de mayor encomio, de los señores John Hale Hilton, Raúl Piña Villa, Fermin Zepeda, José Luis Rente-

ria, Profesor Alfredo Eguiarte, Profesor Eduardo Reyes Diaz, Profesor Rodolfo Velázquez Grijalva, Rafael J. Rodriguez, Leonardo Jáquez, Roberto Hoeffler, Luis Hoeffler, Roberto Rodríguez Jr., Rusdibaldo Gil Samaniego, Héctor Loustaunau Ayón y Manuel Otero, que con tanto desinterés y espontaneidad prestaron valiosísimos servicios al Gobierno del Estado en las urgentes maniobras de salvamento del Palacio en el incendio ocurrido ayer en el propio edificio, obligan al suscrito a expresar públicamente su profundo agradecimiento a dichas personas; lamentando no mencionar los nombres de otros que con igual sentido de solidaridad contribuyeron con sus esfuerzos al mismo objeto, siendo por tanto todos acreedores al reconocimiento del Ejecutivo a mi cargo por su noble y meritoria actitud.

Hermosillo, Son., a 12 de Junio de 1948

El Gobernador Interino del Estado.

Lic. Horacio Sobarzo.

No fue posible que el Gobernador expresara su reconocimiento a todas las personas que arriesgaron su integridad física y aún su vida en la tarea de sofocar el incendio, porque como siempre sucede, allí también estuvieron los héroes desconocidos.

También sería imposible saber cuántos miles de hermosillenses (de sus cuarenta y cuatro mil habitantes) se sintieron consternados por el siniestro. Sólo podemos decir que en el Cine Sonora estaba anunciada para la noche del día 11, la actuación del mango e ilusionista Richardi Jr. con su espectáculo "La Guillotina", y que a pesar de que al mediodía ya estaban vendidos todos los boletos, al empezar la función sólo se veían en la sala unas cuantas personas jóvenes, sucediendo lo mismo en los otros cinematógrafos.

Después de el incendio del Palacio

Después del incendio del Palacio de los Poderes estatales, los hermosillenses quedamos consternados como si hubiésemos perdido algo propio; nos daba pena y sentíamos un nudo en la garganta cada vez que por cualquier asunto íbamos a las oficinas del Estado. El Gobernador Interino, quien al ocurrir el siniestro se encontraba en No-

gales -como se expresa en otra parte de esta crónica-, regresó urgentemente a la ciudad de Hermosillo donde, en entrevista de Prensa manifestó su pesar tanto por los daños del edificio como por la pérdida de los viejos archivos que constitulan la historia del Gobierno estatal. El Licenciado Sobarzo hablaba como sonorense, como historiador y biógrafo, al exponer que la construcción sería restaurada no obstante que por el momento la hacienda pública no contaba con los recursos necesarios; pero que los documentos que desaparecieron no serían recuperados jamás.

La mañana del sábado 12 el Gobernador reunió a todos los jefes de las dependencias a quienes expresó sus deseos de reanudar las labores lo más pronto posible en los locales que ocuparían en el Palacio Municipal. Y en esa misma fecha el Primer Mandatario del Estado al través de la Prensa, informó al pueblo que las oficinas del Ejecutivo, la Secretaría General de Gobierno, el Departamento de Fomento y Obras Públicas, la Oficialía Mayor y el Congreso del Estado, quedarían establecidas en el palacio contiguo. En la planta baja del edificio incendiado continuarían la Tesorería General del Estado y otras oficinas muy ligadas a ésta.

Algo que demostró el dinamismo del Gobierno y el férreo espíritu de los sonorenses, fue que el lunes 14 ya trabajaba en la planta alta del Palacio una cuadrilla de cincuenta trabajadores demoliendo techos, arcos y todo lo que amenazaba caerse, y sacando escombros. Además el Jefe del Ejecutivo dio órdenes para que en cuanto la parte afectada por el incendio estuviese limpia, se hiciesen cargo de la reconstrucción los competentes arquitectos José López Moctezuma y Gustavo Aguilar.

Un acuerdo que mereció elogiosos comentarios de la ciudadanía, fue el que dispuso que la reconstrucción se hiciese siguiendo la misma línea arquitectónica del histórico edificio, y con los mejores materiales.

Los días 15 y 16 se hizo una evaluación de los daños que el incendio originó en la planta alta, llegándose a la siguiente conclusión: Congreso del Estado: Desaparecieron parte de los expedientes y la totalidad del mobiliario;

Secretaría General de Gobierno: Los expedientes en trámite se perdieron en su mayor parte y todo el mobiliario;

Supremo Tribunal de Justicia : Se perdieron en su totalidad los expedientes y el mobiliario.

Se comentó que los primeros voluntarios que llegaron a salvar los muebles y las máquinas de oficina, hicieron de buena fe más mal que bien.

El lunes 14 la Prensa local dio amplia difusión al siguiente boletín de un club de servicio local:

El Club de Leones de Hermosillo se ha impuesto la tarea de participar en forma activa en todo aquello que sea en beneficio de la sociedad.

Consecuente en esta actitud y tomando en consideración los desastres que en unos meses han venido sucediéndose en la ciudad por causa de incendio sin que haya podido combatirse eficazmente el fuego, siendo una de las causas la falta de un cuerpo organizado y entrenado para combatir el siniestro en forma eficiente, habiendo culminado el día de ayer con la destrucción de una de nuestras joyas arquitectónicas y a fin de impedir que estas tragedias sigan repitiéndose, el club de leones ha decidido hacer un llamado a toda la sociedad hermosillense para que coopere con este club a dar un respaldo decisivo al club voluntario de bomberos organizado desde hace tiempo por el señor Jahudiel Zamorano, cuya labor meritoria se hace ahora mas patente.

Ante la magnitud de las catástrofes ocurridas a nuestra ciudad, nadie puede considerarse seguro y por consiguiente, tanto por el interés personal, como por conveniencia social, nadie debe escatimar su cooperación para hacer que nuestra ciudad cuente con un cuerpo de bomberos bien organizado, como el meritorio cuerpo de bomberos de Nogales.

“El Presidente, Vicente Contreras.-
El Secretario, Alfonso Almada”.

“Hermosillo, Sonora, a 12 de Junio de 1948”

El mismo día 14 anunciaron don Máximo Othón y don Horacio Rubio, Tesorero y Subtesorero el Estado, respectivamente, que como de costumbre el día 15 se pagará tanto a los empleados locales como foráneos los sueldos de la primera quincena.

En esas mismas fechas la Legislatura dio publicidad a su iniciativa de que todos los servidores del Estado, incluyendo al profesorado y a los tres Poderes, contribuyeran durante cuatro meses con un día de sueldo mensual para cooperar en la reconstrucción del Palacio, ya que las obras que se están llevando a cabo tendrán un costo de cerca de los tres millones de pesos.

Unos días después, al conocerse la idea de los señores diputados, la mayoría de los empleados de los ayuntamientos sonorenses expresaron sus deseos de ayudar económicamente en los trabajos que se estaban iniciando en el edificio del Gobierno del Estado.

También los socios del Club Rotario de Hermosillo dieron publicidad a su acuerdo del día anterior, consistente en organizar el Comité Pro Reconstrucción del Palacio de Gobierno para recaudar fondos. Y poco después anunciaron que éste había quedado constituido en la siguiente forma:

Presidente: Ingeniero don Ramón Corral.

Vicepresidente: Don Manuel Puebla.

Secretario: Don José S. Healy. Tesorero: Don Roberto Rodríguez.

Vocales: Don Luis González Casero, Doctor don Luis Covarrubias y don Donato Borboa.

El viejo periodista de gran ejecutoria don José Espergencio Montijo, desde Nogales envió su cooperación de \$500.00, acompañada de una muy hermosa carta en la que hacía un llamado a todos los sonorenses solicitando su colaboración para las obras del Palacio de Gobierno, que conmovió al Gobernador Interino Sobarzo y a toda la ciudadanía del Estado cuando se dio a conocer.

Don Espergencio era un sonorenses que siendo originario de Ures radicó muchos años en Hermosillo, pero en esas fechas vivía retirado del periodismo por su avanzada edad (más de ochenta años), en Nogales, Sonora.

El día 16 la Barra de Abogados envió a todos sus asociados una circular solicitando su cooperación para el Comité Pro Reconstrucción del Palacio de Gobierno. El documento lo firmó el Licenciado Alfonso Castellanos Idiáquez, con su carácter de Secretario.

Sería muy difícil expresar con palabras todo el entusiasmo que despertó a lo largo y ancho del Estado, la iniciativa del Club Rotario de Hermosillo; todo mundo, grandes y chicos sintieron deseos de ser participantes en la reconstrucción del edificio. Sólo en fechas anteriores, recientes, los sonorenses habían sentido el mismo impulso cuando el Gobierno del Estado solicitó la ayuda pública para donar al Gobierno Federal un avión bombardero, durante la Segunda Guerra Mundial.

En pocos meses la reconstrucción del Palacio de Gobierno se llevó a cabo con fondos de la hacienda pública y la ayuda de la ciudadanía, destacándose la solidaridad de los sonorenses como en el siglo pasado cuando ejércitos extranjeros invadieron nuestro territorio.

Los datos del incendio fueron extraídos del Archivo del Gobierno del Estado y de la Hemeroteca de la Universidad de Sonora.

El autor de esta crónica fue testigo del incendio.

Recordemos al Profesor don Alberto Gutiérrez.

El periódico El Imparcial en su edición No. 3,925 del 26 de julio de 1950, en la primera página publicó lo siguiente: Emotivo homenaje al profesor Gutiérrez. La ceremonia se verificó hoy en el panteón. Distinguidas personalidades de nuestro medio estuvieron presentes hoy a las nueve de la mañana en la emotiva ceremonia que se efectuó ante la tumba del Profesor don Alberto Gutiérrez, como sincero homenaje al gran maestro en el primer aniversario de su fallecimiento.

“El sepulcro estaba totalmente cubierto de ofrendas florales, enviadas por instituciones y personas del Estado de Sonora, predominando las del ramo educativo que fue donde el Profesor Gutiérrez labró su carrera que es ahora ejemplo y orgullo de los sonorenses.

“Durante el acto, los profesores Luis Méndez, de la Dirección de

Educación del Estado, y Teodosio Navarrete, Director de la Escuela Alberto Gutiérrez, pronunciaron sentidas palabras en recordación del gran hombre, maestro y amigo, desaparecido. Estas piezas de oratoria, por la sinceridad y afecto que encerraban añadieron mayor solemnidad al acto.

“La primera guardia ante la tumba fue hecha por el Gobernador Constitucional del Estado, señor don Ignacio Soto; por el Profesor Manuel Quiroz Martínez, Rector de la Universidad de Sonora, y por los profesores Lamberto Hernández y Adalberto Salcido, Director y Secretario, respectivamente, de la Dirección de Educación Pública del Estado. La guardia del Congreso del Estado estuvo integrada por los señores diputados Roberto E. Romero, Rogelio Castro Cuen, Carlos Estandarte, Emeterio Aguayo y Profesor Heriberto Salazar. El Supremo Tribunal de Justicia rindió también su tributo, habiendo hecho guardia los tres magistrados, Licenciados Aguayo, Corral Delgado y Ríos Gómez. Los alumnos, amigos y familiares del maestro Gutiérrez, desfilaron ante su última morada, en palpable demostración de los grandes efectos que el distinguido educador conquistó en vida, y que ahora, al año de su muerte, surgen incontenibles a postrarse frente a la losa que cubre sus restos”.

En ese mismo día el Profesor Víctor Blanco publicó el siguiente artículo titulado “Recuerdo de Aniversario”... Hace poco más de un año escribí en este mismo diario un artículo denominado “Apostol de la Niñez Sonorense”, en el cual hacía resaltar la personalidad del Profesor don Alberto Gutiérrez. No faltaron personas que juzgaran tal escrito como un acto de complacencia al entonces Director General de Educación.

“Hoy, en el primer aniversario de su muerte, quiero dedicarle unas líneas al que fuera maestro y compañero, y una de las figuras más caracterizadas del magisterio sonorense.

“No me tocó la suerte de ser alumno suyo, pero conocí pormenorizadamente su larga y brillante ejecutoria como directivo de los destinos educacionales de nuestra Entidad, trabajando bajo sus órdenes. Le recuerdo tras de su escritorio, siempre el último en salir y el primero en llegar, con su gran pluma fuente sobre los papeles que ocupaban su atención y sus anteojos a un lado. Largos años como le traté, conocía perfectamente su rostro de sonrisa y mirada paterna-

les, así como su gesto duro y enérgico. Cuando estaba en plan de charla su boca se distendía en una amplia sonrisa franca y de sus labios escapaban reconfortantes y amistosas frases: “¡Qui-hubo, Blanco!” al tiempo que apoyaba su dorso sobre el respaldo del sillón giratorio y restiraba sus tirantes con los dedos pulgares. En esta actitud la plática se prolongaba sabrosa, por una hora más. En otras ocasiones, claro está, lo abandonaba su sonrisa; su rostro serio abreviaba la entrevista y sólo nos cruzábamos palabras de cortesía rigurosas del oficio. Los que no conocían su carácter enérgico se engañaban con su bondadoso aspecto y abusaban de lo que creían era condescendencia a sus propios intereses. Entonces su actitud cambiaba, venía la decisión inapelable, sin contempORIZACIONES; para rubricar allí estaba la superficie del escritorio que crujía al golpe de su puño cuando alguien se ponía insolente. Sin embargo, aquéllo era instantáneo, porque quien hubiera padecido los efectos de su gesto autoritario, podía presentarse al día siguiente en la seguridad de ser recibido con la sonrisa habitual que lo caracterizaba.

“Las mejores aportaciones del Profesor Gutiérrez al adelanto cultural del Estado de Sonora, las tenemos en su gran labor social. No se limitaba a la enseñanza claustral de las aulas; su visión era más profunda. Para convencernos de esto no tenemos más que percatarnos de dos de sus preocupaciones de hondo contenido social: la desnutrición infantil y la capacitación profesional del Magisterio.

“Con entusiasmo extraordinario propio de aquél que cifra todas las esperanzas de su vida en realizar un sueño, así el maestro don Alberto Gutiérrez consagró sus últimos años a estas sublimes empresas, después de haber forjado hombres como Director de la Escuela Secundaria y Normal del Estado. El principal obstáculo que se interponía a sus propósitos era vencer la hierática resistencia del ambiente social en que trabajaba. Sin embargo, el Profesor Gutiérrez, con una tenacidad y una paciencia que hacían dudar a todos, fue poco a poco dando cuerpo a los desayunadores escolares para los niños pobres.

“La institución, el Desayunador Escolar, es ya una realidad en las escuelas de Sonora. Y con el tiempo estamos seguros que, además de proporcionar socorro alimenticio a los niños de familias pobres, enseñará a los alumnos a comer y aprovechar integralmen-

te los recursos dietéticos, haciéndoles sentir la necesidad de una alimentación frugal y rica en potencias calóricas.

“El segundo proyecto, la capacitación del Magisterio, era en verdad “una construcción” para la posteridad. Significaba la piedra de toque que elevaria los planos culturales del Estado. Se proponia el Maestro, ni más ni menos, que adiestrar al Magisterio para contar con un personal idóneo y amante de su profesión.

“¡Lástima que la muerte lo haya reclamado cuando más ocupado se encontraba en su obra de redención!”.

En su libro “Breve Historia de la Educación en Sonora e Historia de la Escuela Normal del Estado”, el señor Profesor Gustavo Rivera nos hace una breve semblanza del Profesor don Alberto Gutiérrez: “Nació el 4 de enero de 1977 en el Municipio de Mezquital del Oro, Partido de Juchipila, Zacatecas.

“Inició sus estudios en la Escuela Normal de su Estado natal y los continuó a Puebla, sustentando su examen profesional en 1903.

“Prestaba sus servicios docentes en las Escuelas Oficiales de Puebla y en 1904, el Ingeniero Don Felipe Salido lo trajo a nuestro Estado y le confirmó la Dirección de la Escuela “Luis E. Torres” a la que más tarde se le asignó el nombre de “Bartolomé M. Salido”.

“En 1909 contrajo matrimonio con la Srita. Argelia Garcia y las obligaciones de su nuevo estado lo obligaron a renunciar, dedicándose de inmediato a llevar la contabilidad de una importante negociación agrícola y, en 1909 estableció un servicio de pasajeros de Alamos a otros pueblos próximos.

“Durante los años de 1922-24 fungió como Diputado Federal por el Distrito de Alamos. Terminadas sus actividades políticas, volvió de nuevo a las de carácter comercial, extendiendo su radio de acción a toda la región del Mayo.

En 1929 el Profesor Aja lo nombró Inspector Escolar de la Cuarta Zona y en 1930 el Profesor Arriola le expidió el nombramiento como Director de la Escuela Normal.

“Desde 1908 vino dedicando sus horas libres al estudio y práctica de la industrialización avícola y tras de muchos contratiempos logró fundar la mejor Planta Avícola de Sonora.

“Como premio a su fecunda labor recibió Diplomas, Menciones de Honor, Medallas de Plata y Oro y la XXXVIII Legislatura del H.

Congreso del Estado, en nombre del pueblo lo declaró Educador Ilustre de Sonora. Una de las Escuelas de Hermosillo lleva su nombre.

“Se retiró definitivamente de las labores docentes en 1948 y concluyó sus días el 26 de julio de 1949, lo que originó un rudo golpe para los que tuvimos la oportunidad de recibir su fuerza moral, su fraternal solicitud, pero estamos seguros de que siempre que nos haga falta una orientación, su espíritu vendrá a nosotros como una fuente de inspiración y de energía y mientras exista la Escuela Normal del Estado, vivirá el nombre del inolvidable y querido maestro don Alberto Gutiérrez González”.

En 1930, cuando el señor Profesor Gutiérrez fue relevado del cargo de Inspector Escolar que comprendía el Distrito de Alamos, para que se hiciese cargo de la Dirección de la Escuela Normal del Estado, maestros y padres de familia de aquella región se dirigieron al Gobernador haciéndole ver que interpretaban el cambio como una recompensa para el distinguido maestro, pero que no se le retirase de la Zona donde ochenta escuelas estaban recibiendo los beneficios de su dinamismo. El ejecutivo del Estado, por conducto de la Dirección General de Educación, les informó que esta disposición del alto Mandatario obedecía a que el Profesor Gutiérrez había cumplido debidamente con su cometido, captándose la confianza de sus superiores jerárquicos y que si su actuación había sido benéfica en el cargo que venía desempeñando, mejor lo sería en la Escuela Normal, puesto que de ésta salían los jóvenes a impartir sus enseñanzas a la niñez del Estado.

El señor General de División don Abelardo L. Rodríguez, ya finado, quien fuera Presidente de la República, Gobernador del Estado de Sonora y un empresario de grandes vuelos, no desaprovechaba oportunidad para mencionar la honradez, la laboriosidad y la vocación de maestro del Profesor don Alberto Gutiérrez, y esto, cuando sabemos que aquél no era amante de prodigar elogios.

Después de más de seis lustros de ocurrido el óbito del Profesor don Alberto Gutiérrez, aún es estimulante recordar su obra y su vida, porque desgraciadamente hoy existen muchos maestros que no enseñan y muchos alumnos que no estudian.

Recordemos a don Abelardo L. Rodriguez.

El día 13 de febrero se cumplió un aniversario más de la fecha en que pasó a ocupar su lugar en la historia un gran sonorense, don Abelardo Rodriguez Luján, filántropo, político y militar de grandes dimensiones; y no obstante que nuestro Estado le debe tanto, parece que se le tiene olvidado. Recordamos que en vida se le rendían homenajes en cada ocasión que visitaba su tierra natal o que pasaba por ella ¿Sería por que tenía poder y riqueza y que una demostración de sus afectos producía ventajas para quien las recibía?

También recordamos que el General Rodriguez, después de muerto continúa haciendo el bien al través de la Fundación Esposos Rodriguez.

Los pueblos grandes que producen ciudadanos patriotas y orgullosos de sus tradiciones, son los que recuerdan a sus muertos. Algún pensador ha dicho que si una nación no tuviese héroes, habria que inventarlos. Afortunadamente los mexicanos no estamos en ese caso; no necesitamos inventar héroes, no obstante que constantemente lo hacemos y creamos dioses con pies de barro y olvidamos a quienes merecen que se les recuerde.

Consideramos que si don Abelardo Rodriguez Luján no hubiese tomado parte en la Revolución ni gobernado nuestro país en un momento crítico, entregando el poder pacíficamente a pesar de los barruntos de tormenta propiciados por los militares ambiciosos de aquellos tiempos, con el solo hecho de haber creado la Fundación Esposos Rodriguez tiene suficientes merecimientos para que los sonorenses le recordemos. Ignoramos cuántas personas terminaron sus estudios con la ayuda de esa institución y, por supuesto, no nos sería posible sin datos a la mano saber cuántos jóvenes obtuvieron su título profesional con becas de la Fundación, pero deben ser cientos.

También es sabido que el General Rodriguez creó varias cooperativas con los trabajadores de sus empresas, retirándose él de esos negocios en forma ventajosa para los cooperativistas.

Poco afecto fue el ex Presidente Rodriguez a dar publicidad a

las obras filantrópicas que hizo durante su vida; con su generosidad no buscaba un rinconcito en el cielo ni el amor de sus semejantes, sino que hacía el bien por el bien mismo, que es la fuente de la verdadera generosidad.

Estudioso, autodidacto, práctico en todos los hechos de su vida, don Abelardo tuvo actuación muy destacada como Gobernador del Partido Norte de la Baja California, como Presidente de la República y como Gobernador de su Estado natal.

En su libro "El Presidente Rodríguez", el Licenciado Francisco Javier Gaxiola Jr., nos dice: "Guardada su entrada por las Islas de Pájaros, San Vicente y Ritallas y por la tierra firme, se entrega Guaymas a las caricias del Mar de Cortés. La población está situada al fondo de la bahía y circundada por cerros estériles que rematan en la ribera. A doce kilómetros aparece el pobre caserío de la Villa de San José de Guaymas, pequeña población agrícola y ganadera que si en otros tiempos fue de importancia para el Distrito de Hermosillo, hoy da la impresión de las viejas aldeas un mucho abandonadas y un poco tradicionales del Norte de España.

"Ahi nació el 12 de mayo de 1889 Abelardo L. Rodríguez. El acontecimiento no tuvo para la opinión otra importancia que la de un suceso regular en la vida de la aldea. El matrimonio de don Nicolás Rodríguez y doña Petra Luján, había formado con grandes esfuerzos y sacrificios un hogar querido y respetado, porque la austeridad del jefe y la bondad de su compañera habían conseguido que la familia creciera dentro de los principios de una sana honestidad y la dignidad de una honrosa pobreza. Don Nicolás era respetado por su laboriosidad y su honradez, y a sus prestigios de hombre honesto unía su conocimiento del mundo, porque sus trabajos como dueño del atajo lo habían puesto en contacto lo mismo con las tribus indias y semisalvajes del norte, que con los ricos mineros de Durango y Sinaloa. Doña Petra es la encarnación de la vieja mujer mexicana: creyente y confiada; laboriosa y abnegada, pero al mismo tiempo capaz de educar a sus hijos con una dulce energía.

"En ese medio raquíptico y en el seno de esa honrada familia de nuestra clase media, creció el que más tarde habría de ser Presidente de la República. De la sangre mora que aún corre por sus venas, conserva el General Rodríguez, en lo físico, el color bruno; en lo mo-

ral, un fanatismo: el de la ley. De su origen vasco, guarda la complejidad recia y una fisonomía moral caracterizada por la consistencia y peculiaridad de su carácter individual.

“El motivo de que la familia Rodríguez Luján abandonara la aldea de San José de Guaymas, no fue el deseo de vivir con holgura, sino el de dar a sus hijos mejores oportunidades de cultivar su intelecto. Por éso, cuando Abelardo contaba con unos diez o doce años de edad, se establecen en Nogales, Sonora.

“A muy temprana edad Abelardo se dio cuenta de las realidades de la vida; apenas había terminado su instrucción Primaria Elemental cuando consideró injusto agravar la situación de la familia, por lo que se trasladó a Cananea siendo su máxima aspiración ser ferrocarrilero, conductor de una locomotora; desgraciadamente allí resiente su primer fracaso: El daltonismo que padece le incapacita para ser maquinista y tiene que resignarse a trabajar como ferretero al lado de su hermano Fernando.

“El año 1913 llega a la nación con negros nubarrones. En febrero el Chacal Huerta muerde la mano amistosa de quien le ha encumbrado; asesina a Madero y a Pino Suárez. El pueblo sonorense y sus mandatarios desconocen al Usurpador como Presidente de la República y se preparan a castigar al asesino. Son muchos los hombres que se presentan como voluntarios para combatir al infame, y entre ellos aparece el 1 de marzo Abelardo L. Rodríguez como Teniente.

“Pronto es conocido el carácter recio de Rodríguez, lo mismo que su audacia en los combates; por ello a los seis meses de encontrarse en las filas revolucionarias militando bajo las órdenes del Coronel Benjamín Hill, es ascendido a Capitán Segundo. Luego vienen la toma de la Villa de Sinaloa y el asalto a la Ciudad de Culiacán, y ya el 1 de julio de 1914 lucía las insignias de Capitán Primero, en premio a su reconocido valor.

“Como una ilusión que cristaliza, llegó el Cuarto Batallón de Sonora a la Ciudad de México, donde el flamante Capitán Rodríguez es comisionado a la escolta personal de don Venustiano Carranza, siendo ascendido a Mayor el 21 de diciembre de 1914.

“Pronto la Revolución pasa por una peligrosa crisis: Francisco Villa y Felipe Angeles, dos grandes generales del nuevo ejército no

aceptan a don Venustiano como Jefe de la Nación y se enfrentan los colosos invictos: Villa y Obregón. Suceden los sangrientos combates de Celaya, La Trinidad y León. En ellos toma parte muy importante el nuevo Teniente Coronel Abelardo L. Rodríguez, donde resulta gravemente herido. Luego la famosa División del Norte es obligada a replegarse a sangre y fuego hasta Chihuahua donde empieza a desintegrarse.

“En 1916, con el grado de Coronel, Abelardo pasa a la campaña del Yaqui al frente del 53o. Batallón de Infantería. En Guaymas inicia su amistad con el Jefe de las Operaciones Militares, General Plutarco Elías Calles.

“Como buen sonorenses, Rodríguez sabía hablar claro y con la verdad. Un día el General Elías Calles convoca a una reunión de jefes para tomarles su parecer en lo relativo a la campaña contra los yaquis y allí Abelardo lisa y llanamente expone su criterio: No es por medio de las armas que se pacificará a la Tribu, porque ello va contra los principios de la Revolución ya que uno de los postulados de ésta es reintegrar a los campesinos las tierras de que les despojaron los latifundistas. Y con el tacto que empleaba para decir cosas delicadas, señaló que proveyendo a los yaquis de sus propias tierras, la paz vendría en consecuencia (Lic. Francisco Javier Gaxiola). Don Plutarco conocía la lealtad y la sinceridad de su subalterno, solamente así se explica el que haya escuchado una opinión contraria a las normas establecidas contra la Tribu Yaqui hasta entonces.

“El 21 de mayo de 1920 Rodríguez es ascendido a General Brigadier y enseguida se le comisiona al frente de una columna militar que irá a Baja California Norte a reintegrar ese territorio a la República, pues allí el Coronel Esteban Cantú lo gobierna como si fuese una insula propia, sin acatar las órdenes del Centro. Cantú pone tierra de por medio y el nuevo Brigadier queda al frente del Gobierno civil y militar.

“Sucesivamente don Abelardo desempeña las jefaturas de operaciones del Distrito Norte de Baja California y de los Estados de Nayarit y Sinaloa y luego toma parte en acciones militares en defensa del Gobierno constituido. Y a fines de 1923 vuelve como Jefe de Operaciones Militares y Gobernador del Distrito Norte de Baja California, donde obtuvo el 18 de febrero de 1924 el ascenso a General de

División. A fines de 1931 ocupa la Subsecretaría de Guerra y meses después despacha como Secretario de Industria y Comercio, puesto que después abandona para hacerse cargo de la Secretaría de Guerra y Marina.

“En 1932 México pasa por una aguda crisis política; hay serias acusaciones contra el Presidente Pascual Ortiz Rubio, entre ellas la de pretender dar un golpe de Estado. El Primer Mandatario renuncia y las Cámaras, por aclamación eligen como Presidente Interino al General Abelardo L. Rodríguez, terminando los últimos dos años del sexenio 1928-34.

“Durante la Segunda Guerra Mundial, cuando los alemanes y los japoneses van de triunfo en triunfo y se teme un desembarco en las playas mexicanas de soldados del Eje, se confía la protección de nuestros litorales a los generales Rodríguez y Cárdenas”.

A finales de 1942 empieza en Sonora la inquietud por la sucesión gubernamental: se mencionan varios nombres de aspirantes a gobernar su Estado, pero cuando aparece en escena el General Rodríguez, como por arte de magia desaparecen los otros. Y es el 1 de septiembre de 1943 cuando con el beneplácito de los sonorenses don Abelardo se hace cargo de la Gubernatura de nuestra Entidad. El “Estadio Fernando M. Ortiz” estaba lleno de gente ese día; no cabía un alfiler; todo mundo deseaba escuchar cuál era el nuevo Programa de Gobierno, por que sabía que el Gobernador no era afecto a hacer vanas promesas; se confiaba en lo que decía.

Don Abelardo supo cómo conservar la confianza de sus coterráneos y en parte se le debe a él el desarrollo de Sonora. Por éso debemos recordarle.

El 13 de febrero de 1967 el General dejó de existir y fue sepultado en El Sauzal, B.C.N., y a su sepelio concurrieron tres ex Presidentes de la República: Lázaro Cárdenas, Miguel Alemán y Adolfo Ruiz Cortines.

Debemos creer también que al sepelio asistieron espiritualmente muchos becarios de la Fundación Esposos Rodríguez, porque no podemos concebir que éstos también le hayan olvidado.

Los Huesos de un Patriota.

El día 30 de junio de 1950, un periódico de Hermosillo nos informó que el día anterior, ante la presencia de don Hilario Olea, Presidente Municipal, de don Fernando Pesqueira, Director de la Biblioteca y Museo de Sonora, y de otras personalidades, fueron exhumados los restos del General José Guillermo Carbó, para trasladarlos del cementerio viejo de la Calle Matamoros al nuevo de la Calle Yáñez.

El instante de extraer los huesos de su sepulcro fue un momento de mucha solemnidad y todos los presentes guardaron silencio, en homenaje de un héroe que pasó por nuestra historia como un caballero defensor de nuestras instituciones nacionales, no obstante que frecuentemente se le acusa de haber intervenido en asuntos que afectaban la soberanía de nuestro Estado.

El Ayuntamiento de Hermosillo proyectaba construir un parque en el lugar que ocupaba el viejo cementerio y para tal efecto concedió un plazo que vencía el día 30 de junio de ese año, para que los familiares de los allí sepultados sacaran los restos si deseaban trasladarlos al cementerio nuevo. Y como el plazo se acercaba a su fin, don Fernando Pesqueira se apresuró a gestionar la extracción de los huesos de Carbó y la inhumación de los mismos en el lugar que hoy reposan, para evitar que se perdieran para siempre como sucedió a miles de restos humanos, sobre todo los de los individuos que fallecieron de la temible fiebre amarilla sesenta y siete y sesenta y seis años antes de 1950.

La Prensa de ese año no nos informa si al reinhumar el cadáver de Carbó se llevó a cabo una ceremonia militar como correspondía a quien fue un soldado de nombradía. Pero al entrevistar a personas que en aquel entonces trabajaban en las dependencias del Ayuntamiento, nos enteramos que no la hubo; seguramente por que no se hizo partícipe a la IV Zona Militar.

De la fecha de esos sucesos han transcurrido hasta hoy, treinta años que registran un gran desarrollo en la ciudad de Hermosillo. 45,500 habitantes tenía nuestra ciudad que, por cierto, ya había aumentado la población más de 50 % en los anteriores veinte años;

lapso en que pasaron por la Gubernatura dos hombres que dejaron huella en nuestra historia: Rodolfo Elías Calles y Abelardo Rodríguez ¿Y qué decir del gran hermosillense Licenciado don Luis Encinas, que con el Plan Hermosillo hermoseó y modernizó esta capital? Seguramente estos tres hombres han sido los más constructivos en lo que va de este siglo, para nuestra ciudad en el orden material. Y, sin embargo, pese al tiempo que ha pasado y a las transformaciones que hemos venido observando en esta sesquicentenario ciudad, ese suceso del traslado de los restos del General Carbó despierta inquietudes, deseos de adentrarse más en lo que fue y en lo que hizo ese personaje del viejo ejército que cubrió de gloria nuestras páginas de historia del siglo XIX, y cuyas cenizas no quiso que se perdieran el historiador sonoreense.

Don José Guillermo Carbó vino al mundo en la C. de Oaxaca en 1837. Su carrera militar la inició a los veinte años de edad, como soldado raso en la Guardia Nacional. Desde un principio se identificó entre los hombres liberales y por eso luchó al lado de éstos en las Guerras de Reforma. Durante la invasión de las tropas francesas y austriacas, acudió a las acciones de Las Cumbres de Acultzingo, del 5 de mayo de 1862 como capitán ayudante de Porfirio Díaz, del sitio de Puebla, de Nochistlán, de Miahuatlán, de la toma de Oaxaca, de La Carbonera, del asalto de Puebla el 2 de abril de 1867, de San Lorenzo y el sitio de México como jefe del Batallón "Fieles de Oaxaca".

Posteriormente, nuestro personaje hizo campaña contra los porfiristas del Plan de la Noria, lo mismo que en la Sierra de Alica hasta que Lozada fue fusilado. Ganó el ascenso a General de Brigada el 16 de julio de 1873. Después luchó nuevamente contra los porfiristas tuxtepecanos.

Por su lealtad, primero a Juárez y después a Lerdo, por breve tiempo estuvo fuera del ejército, hasta que en 1878 le llamó a servicio activo don Porfirio Díaz, como Jefe de las Armas en Sonora.

Durante la rebelión de 1879 dio su apoyo al Vice Gobernador Serna, y se afirma que influyó en la caída, posteriormente, del Licenciado Carlos Rodrigo Ortiz Retes, cuando aquél había alcanzado el pináculo de su carrera militar.

Poco antes de terminar 1881 se establecieron las Zonas Milita-

res, nombrándose Jefe de la Primera a don José Guillermo, con jurisdicción en Sonora, Sinaloa y Territorios de Tepic y Baja California.

Durante los siete años que estuvo Carbó en Sonora, desplegó una gran actividad en la campaña contra los yaquis levantiscos encabezados por el valeroso José María Leyva (a) Cajeme, por lo que tenía establecido su Cuartel General en Torin.

Encontrándose el General en Hermosillo en entrevistas con el Gobernador del Estado para organizar una campaña más en la zona yaqui, padeció una hemorragia cerebral y desde luego fue atendido por los médicos Eugenio Pesqueira, Fernando Aguilar y Enrique Montero; pero la ciencia médica no logró salvarle, muriendo a las 12.45 hs. del 29 de octubre de 1885.

La muerte de este varón provocó consternación en todo el Estado; y al efectuarse sus funerales el acto revistió solemnidad y propósitos de patentizar post mortem al alto jefe militar, el particular agradecimiento y cariño de que disfrutaba entre todas las clases sociales. Su cuerpo fue expuesto en el Salón de Recepciones del Palacio de Gobierno (todavía en construcción) haciéndole los honores de ordenanza el 6o. Batallón que guarnecía la plaza. El Congreso del Estado suspendió sus sesiones durante cinco días en señal de duelo, mientras el Ejecutivo ordenaba que durante ese lapso el pabellón nacional se izara a media asta. La esquela que se mandó imprimir era del siguiente tenor:

Hoy a las doce y tres cuartos falleció el General de Brigada José Guillermo Carbó, Jefe de la Primera Zona Militar. El Gobernador del Estado y el Jefe de la Guarnición Federal, poseídos de profunda pena, lo participan a usted, y le suplican concurrir a la inhumación del cádaver que se verificará en el Panteón nuevo de esta Capital, mañana a las cinco de la tarde”.

Hermosillo, Octubre 29 de 1885.

“ Luis E. Torres.- Marcos Carrillo”.

Para terminar esta pequeña investigación biográfica, fuimos al

archivo del Supremo Tribunal de Justicia del Estado, donde gracias a la amabilidad del señor Espejel, se nos mostró el Exp. No. 12-885 del Juicio Intestamentario a bienes del General de Brigada José Guillermo Carbó ante el Juzgado de Primera Instancia del Ramo Civil de Guaymas, denunciado por el señor Luis G. Carbó.

En la relación de bienes que aparece en el Juicio de referencia, vimos solamente muebles, relojes de pared y efectos personales, cuyo total llegó a la suma de \$750.35. Ignoramos si el difunto tenía propiedades en Oaxaca u otra parte; pero si sabemos que durante los siete años que radicó Carbó en Sonora, ocupando puestos tan elevados en el ejército, solamente reunió bienes por la cantidad que mencionamos y que no dejó --cuando menos aquí-- dinero en efectivo.

El Juicio por los bienes del intestado hubo de conducirlo uno de sus hermanos en nombre de sus otros familiares, porque el General al morir era célibe, según consta en acta.

El señor Francisco Almada afirma que por Decreto del 3 de julio de 1879, el Congreso del Estado declaró ciudadano sonorense a Carbó; pero por más que buscamos ese documento en el Archivo Histórico no lo localizamos. También consultamos el Libro de Leyes y Decretos que formó don Fernando Pesqueira, correspondiente al siglo pasado, y tampoco aparece. Sólo nos dimos cuenta de que se otorgó esa distinción a los generales Angel Martínez, el jefe de los "Macheteros", y a Bernardo Reyes.

Hoy los restos de un héroe de los grandes de México, que luchó con denuedo por que las Leyes de Reforma fuesen una realidad para hacer salir a nuestro país del feudalismo, y que además empuñó las armas contra ejércitos extranjeros --el francés y el austriaco-- que intervinieron en nuestras cosas nacionales, yacen olvidados en el cementerio de la Calle Yáñez... ;Y qué bueno que don Fernando Pesqueira intervino oportunamente en 1950 ante las autoridades municipales, porque si no hubiese sucedido así, estarían perdidos para siempre en la fosa común, a donde van a dar los olvidados de los hombres.

Recuerdos de don Juan Nóperi.

El señor Ignacio Soto, Gobernador Constitucional del Estado por

el periodo 1949-55, fue el precursor de la construcción de carreteras en Sonora, con excepción de la número 15 construida originalmente a iniciativa de don Rodolfo Elías Calles (1931-35). Y afortunadamente los siguientes gobernadores, todos sin excepción hicieron y hace el actual, grandes esfuerzos para formar la red caminera que hoy es modelo de comunicación en la República, según concepto que se tiene de ello en la Dirección General de Carreteras en Cooperación de la Secretaría de Asentamientos Humanos y Obras Públicas. Por eso fue que en 1951, cuando la hoy desaparecida Dirección Nacional de Caminos comunicó al Gobernador que había sido aprobada una partida del Presupuesto federal para construir varios caminos en la Zona Yaqui, nos llamó al Ingeniero Abelardo Betancourt Rojas y a mí para celebrar una junta de trabajo con su Subdirector de Obras Públicas, el Ingeniero Alberto O. Montijo (Q.E.P.D.), a la cual concurrimos con la puntualidad que el caso requería.

Con frecuencia la mente hace recuerdos de acontecimientos que sucedieron hace muchos años, que en alguna forma los consideramos como parte muy importante de nuestras vivencias. De esa reunión que convocó el Gobernador Soto resultarían algunos acontecimientos en los que, sin quererlo, tomé parte sin haberme correspondido, por ausencia de otra persona, el Ingeniero Betancourt. El principio de esos hechos tuvo lugar en el momento que el señor Soto nos dijo con su habitual campechanía: "Quiero que se pongan a trabajar con ganas, que se aproveche en este año hasta el último centavo de lo que se destina para los caminos del Yaqui; no olviden que lo que no se logre invertir en este Ejercicio Fiscal, se perderá el 31 de diciembre". Entonces el Ingeniero Betancourt Rojas, en representación de la S.C.O.P., prometió que en un término de cuarenta y ocho horas haría el traslado de la brigada de localización a las tierras de los yaquis.

Aunque los caminos proyectados serían costeados por el Erario federal en su totalidad, se hizo cargo de las obras la Junta Local de Caminos que en ese tiempo no contaba con los recursos necesarios para la movilización de personal. Por ese motivo la Tesorería General del Estado a cargo en ese entonces del Doctor José Luis Covarrubias, nos entregó cuarenta mil pesos para los gastos preliminares de la organización en Estación Vicam.

A principios de marzo empezaron los estudios del primer camino que se construiría de Estación Vicam al pueblo de Vicam, para luego continuar con la localización de los otros cuatro. En verdad nunca me había tocado ver tanto despliegue de actividad como en esas fechas; creo que solamente se puede presenciar algo así en tiempos de guerra; ya que para el 13 de ese mes las máquinas iban pisando los talones de los localizadores, escuchándose palabras impúblicables entre los técnicos y los operadores de los tractores, que siempre tenían respuestas en el mismo tono y con el mismo deterioro del idioma.

Parecía que el entusiasmo del Gobernador Soto era contagioso para nosotros los camineros y claro, cada metro que avanzaban las terracerías era motivo de júbilo, pero...

Un día el señor Gobernador llamó por teléfono al Ingeniero Betancourt para comunicarle que la construcción entre los dos Vicam estaba suspendida por un problema local. Infortunadamente el Ingeniero se encontraba en la ciudad de México y me tuve que hacer cargo del asunto. En consecuencia, en esa misma fecha por la tarde emprendí el viaje al lugar de la construcción, a donde llegué a la hora del crepúsculo e inmediatamente recabé la información que necesitaba para tomar cartas en el asunto. A unos tres kilómetros los localizadores toparon con la choza de don Juan Nóperi, un yaqui viejo que se oponía a que demolieran su vivienda para dar paso al camino. Con una antigua carabina en la mano hacía temblar de miedo a los valientes que manejaban los tractores y las motoconformadoras. Y la cosa se ponía color de hormiga porque el hombre del rifle tenía fama de bragado.

Los trabajadores me informaron que Nóperi no amenazaba a la gente de a pie, sino a quienes querían hacer uso de sus tractores como tanques de guerra; por tanto, acompañado de uno de los cadeneros me acerqué al lugar donde el yaqui estaba parapetado tras de algo parecido a una barricada avizorando al enemigo. Por precaución, desde una distancia de sesenta metros, en voz alta me dirigí al individuo amenazador:

--¡Don Juan! Vengo a hablar con usted ¿Puedo llegar a su casa? y el viejo me respondió con otra pregunta:

--¿Con quién vienes, yori?

Después de que se percató de que sólo me acompañaba uno de

los trabajadores de la localización, me avisó que nos autorizaba a llegar a su casa, y desde luego me di cuenta de que nos recibía como a generales enemigos que vienen a parlamentar; su recibimiento dejó mucho que desear. Después de que le saludé con un “buenas tardes. Capitán”, el indígena dejó traslucir una imperceptible sonrisa en su rostro apergaminado.

Entre la información que yo había obtenido de don Juan Nóperi, era que había sido capitán en las fuerzas del General Francisco Urbalejo.

Luego añadió:

--Aquí estoy, mi Capitán, --recalcando el “mi”-- con un asunto muy importante, lamento tener que molestarle.

Entonces Nóperi, cambiando completamente el aspecto huraño de su cara me extendió su mano a la vez que me invitaba a sentar en una silla de madera y cuero. Enseguida me preguntó, como si yo fuese un militar:

--Ese que viene contigo ¿Es tu asistente?

--No --le respondi--; es un empleado de la Junta Local de Caminos que me guió a la casa de usted.

Entonces dijo:

--¡Ah, es uno de tus exploradores!.

En una de las paredes vi un antiguo rifle Mauser y un viejo clarín y pregunté:

--Deben ser recuerdos del ejército --y él sin voltear respondió:

--En 1929 mi General Francisco Urbalejo tomó parte en la asonada y nos dieron de baja a los miembros de sus fuerzas. Yo regresé al lado de mi gente a recordar mi participación en la Revolución y a esperar que se hiciese justicia a la Tribu-. Y luego me mostró las cicatrices que tenía en las piernas y en el pecho, de las heridas que recibió en los combates de Celaya.

Dicen que los viejos viven más en sus recuerdos que en el presente, y don Juan Nóperi no podía ser la excepción. Me hizo un relato muy interesante desde el punto de vista histórico, de cuando los villistas incursionaron por el Estado de Sonora, librándose una cruenta batalla de más de treinta horas para apoderarse de la ciudad de Hermosillo durante el mes de noviembre de 1915, viéndose obligado el ex Jefe de la División del Norte a regresar por donde ha-

bia venido, no sin antes cometer toda clase de crímenes y depredaciones en las tierras sonorenses, lo que determinó que varios generales se separaran de la facción villista, “entre ellos”, dijo, “mi General Urbalejo”.

-Varios yoremes fuimos a la Revolución, buscando justicia para nuestra tribu --me dijo-- y no fueron pocos nuestros hombres que obtuvieron el grado de general; no como escribientes u oradores, o por amistad con los caudillos. sino por su valor y heroísmo en el combate ¿Y qué pasó? hubieron de transcurrir veinte años más para que se dieran cuenta de que la Tribu forma parte de la Nación-.

Después de que escuché por más de dos horas, relatos muy interesantes de la Revolución, me fue muy desagradable oír cómo don Juan Nóperi no disfrutaba de un pensión; y no creí oportuno hablar de la demolición de su vivienda, porque ¿Qué podía ofrecerle? Preferí despedirme y citarme con él para la mañana siguiente. Por el sólo hecho de haber encontrado quien escuchara su historia y entendiera su verdad, el hombre yaqui se había convertido en mi amigo.

El día siguiente nuevamente emprendí el camino hacia la casa de don Juan y desde una prudente distancia le anuncié mi llegada; luego me recibió con muestras de simpatía y pude cerciorarme de cómo vivía aquel veterano de la Revolución; también conocí a su anciana esposa, una nativa hacendosa que hacía que la limpieza de la choza ocultara un poco la pobreza de sus moradores. Me invitó a desayunar, pero le dije, sin ser cierto, que ya había tomado mis alimentos de esa mañana. En realidad no quise empobrecer más a aquella familia.

Después de escuchar nuevos relatos y la conversación interesante de don Juan, regresé a Yicam y sugerí al jefe de la brigada que hiciese la localización de cualquiera otro de los caminos proyectados, para poner a trabajar nuevamente a los operadores, ya que el contratista estaba muy molesto; y antes del mediodía regresé a Hermosillo donde solicité una entrevista con el señor Gobernador.

El Sr. Soto se tranquilizó cuando le informé que los tractores y la motoconformadora no permanecerían más de ocho días inactivos, mientras los localizadores proporcionaban el trazo del camino de Bataconcica, y me invitó a que le acompañara el próximo lunes en su viaje a Vicam, a donde iría al arreglo de varios asuntos con los dirigentes de la Tribu y aprovecharía la estada allí para hablar con el

señor Nóperi a quien, según me dijo, conocía.

Los técnicos encargados de la localización tomaban su trabajo con mucha formalidad, por lo que antes de ocho días ya habían entregado los datos de construcción del camino de Bataoncica, mereciendo los elogios del señor Gobernador a su llegada a Vicam.

Don Ignacio Soto, don Nacho como llamaban los sonorenses a su campechano Gobernador, después de presidir una reunión con los dirigentes yaquis, los funcionarios del Banco de Crédito Ejidal y las autoridades militares, con solo mi compañía se dirigió a pie a la choza de don Juan Nóperi.

Cómo me gustaría que quienes lean esta reseña hubiesen visto la alegría del caballero yaqui al ver en su vivienda a un personaje como el señor Soto, que por cierto de momento pareció no conocer hasta que escuchó su voz. Y después de los saludos de rigor y de hacer remembranzas de viejos tiempos, dijo el Gobernador a don Juan:

—Ordenaré que mañana venga el Ingeniero Alberto Montijo para que le digas dónde deseas que te hagamos tu nueva casa. Además ordenaré al Tesorero General del Estado que te liquide la indemnización a que tienes derecho—. Luego permaneció el gobernante pensativo, en actitud dubitativa, antes de decir:

--Veo que has quedado ciego por las cataratas... ¿Qué te parece si arreglamos todo para que vayas a la C. de México a ver un buen cirujano de los ojos?

Hasta ese momento me di cuenta de que el señor Nóperi estaba invidente y que sólo tras de sus anteojos oscuros detectaba las siluetas de las personas que estaban a contra luz; pero en el exterior de su casa su visión era nula...; Sin embargo tuvo a raya a los operadores de las máquinas de la construcción, con una carabina que no tenía carga!.

Los caminos de la Zona Yaqui quedaron construidos en el año 1953, dado que en los años 1952 y el siguiente aprobaron una partida en el Presupuesto federal para esas obras viales, por gestiones que hizo en la Capital de la República el Gobernador sonorense. Don Juan Nóperi terminó sus días en la casa que le construyó el Gobierno del Estado, en 1957, no sin antes conocer visualmente a sus nietos y biznietos, ya que en el año 1952 por instancias del señor don Ignacio Soto le operaron ambos ojos y recobró el sentido de la vista.

Hoy que han transcurrido un poco más de tres décadas de aquellos sucesos, no puedo menos que recordar con admiración a aquel yaqui que siendo un invidente, tuvo el arresto de no permitir a viva fuerza, que su vivienda fuese destruida por las máquinas de la construcción, abusando de su ancianidad y pobreza. Por ello pienso que don Juan Nóperi fue un digno miembro de una raza valiente y amante de la libertad. También viene a mi memoria la presencia de un hombre que ha tiempo mora en los espacios celestes: don Ignacio Soto, quien jamás en su vida, ni cuando ocupó el más alto puesto político en su Estado natal, dejó de ser bueno y generoso.

Boceto Biográfico de don Ramón Corral.

Terminaba el siglo XIX y asomaba la actual centuria. Don Ramón Corral, el destacado político sonorense, se encontraba en París buscando alivio a su padecimiento de la garganta que desde hacía algún tiempo le preocupaba; sus médicos mexicanos no habían logrado dar un diagnóstico correcto. Allí en esa metrópoli, la famosa Ciudad Lux, un prestigiado galeno sugirió que el mexicano fuese a Ems donde sus aguas sulfurosas hacían maravillas, y hacia allá fue.

Desde tiempos inmemoriales la gente confía en el poder curativo de las aguas termales, pero en esos lugares en la mayoría de los casos, es el último recurso de las personas desahuciadas por la ciencia médica. Afortunadamente en el caso del señor Corral no fue así, ya que en la población de Ems se hizo amigo de un famoso médico que le diagnosticó un pólipo en lo más profundo de la garganta; a la vez que le hizo la recomendación de que se trasladase a Frankfort donde tenía su sanatorio un prestigiado cirujano.

Después de la intervención quirúrgica en Frankfort, Don Ramón recuperó el optimismo y aparentemente también la salud, e hizo un viaje por las principales ciudades francesas y después por Alemania, Austria e Italia; siempre en plan de agudo observador. Lo que llamó más su atención fue la forma en que se trabajan las granjas francesas y la potencia industrial de los germanos.

Al regresar Don Ramón de la Ciudad de París, el representante diplomático mexicano en ese lugar informó al sonorense que el Pre-

sidente Diaz necesitaba su presencia en México.

Una semana después el señor Corral y su señora toman un barco que les lleva a Nueva York, cruzan la nación norteamericana y llegan a Benson, Arizona, donde les espera un convoy del ferrocarril de Sonora, que les llevará a Hermosillo.

La llegada del tren a la Capital de Sonora causa alborozo y es recibido por las autoridades y el público sonorense que tributa una gran recepción al matrimonio Corral. Es el 2 de noviembre del año de 1900.

A los pocos días de encontrarse en Hermosillo, Don Ramón Corral recibe un telegrama de la Presidencia de la República llamándole a la Ciudad de México, a donde se traslada en compañía de su señora esposa, Doña Amparo Escalante.

El 17 de diciembre recibe el nombramiento de Gobernador del Distrito Federal y ese mismo día inicia sus importantes funciones, destacándose por su labor progresista que merece el aplauso de la ciudadanía y la aprobación del Presidente de la República, General Porfirio Díaz Mori.

Tan destacada fue la labor del señor Corral, que el 16 de enero de 1903 se le promueve a la Secretaría de Gobernación.

En 1904 es reformada la Constitución General de la República y se establece el cargo de Vicepresidente. Y en las elecciones de ese año nuevamente se reelige el General Díaz y Don Ramón Corral es electo para desempeñar el puesto de Vicepresidente.

Varios políticos encumbrados ven con disgusto el ascenso del sonorense y le consideran un advenedizo y un individuo que ha venido a echar por tierra sus planes a largo plazo. Entre esas personas disgustadas se encuentra el General Bernardo Reyes.

Pero ninguno tal vez se ha puesto a meditar sobre la capacidad de trabajo y la calidad humana del político de Sonora.

Aún muchos historiadores y comentaristas de nuestras cosas del pasado, lucubran sobre los motivos que tuvo Don Porfirio Díaz para llamar a colaborar con él al destacado sonorense, siendo que al rededor del caudillo oaxaqueño había políticos de muchos merecimientos que aspiraban a ocupar la Vicepresidencia.

El Dictador cumplía setenta y cuatro años de edad y era obvio que unos cuantos años después tendría que entregar la Presidencia a

alguno de sus colaboradores; en este caso habria sido su segundo en jerarquia.

Sin embargo, se colige que Don Porfirio queria renovar su equipo humano de trabajo, y si él no podia rejuvenecer dando marcha atrás al reloj, convenía traer sangre nueva al régimen, caras nuevas e ideas nuevas, no importa que fuesen de provincia. Y Don Ramón Corral Verdugo era idóneo para el importante cargo que se le confirió.

Para esas fechas Don Ramón Corral, exdiputado local, exdiputado federal, exgobernador del Estado de Sonora, exgobernador del Distrito Federal y exsecretario de Gobernación, era un hombre que acababa de llegar a la madurez: Cincuenta años de edad y una basta experiencia en cuestiones politicas.

Pero demos una mirada retrospectiva a la carrera politica del señor Corral quien gracias a su constancia, a su afán de superarse intelectualmente y a su extraordinaria inteligencia, logró ocupar el puesto politico más alto que un civil podia alcanzar en esa época de caudillos militares:

El día 10 de enero de 1854 viene al mundo en la Hacienda de las Mercedes, lugar cercano a la entonces progresista y risueña Ciudad de Alamos, Sonora. Sus padres Don Fulgencio Corral y Doña Francisca Verdugo, se sienten orgullosos de aquel pequeño que en el matrimonio es el primogénito. Don Fulgencio es el administrador de la Hacienda, hombre honrado y trabajador y de todas las confianzas de su patrón.

Alli el niño Ramón pasa sus primeros años, hasta 1859 en que su progenitor decide buscar mejores horizontes para él y la familia que empieza a crecer en número, ya que han nacido dos hijos más.

La familia Corral ubica su hogar en Palmarejo y permanece alli hasta 1863. En toda la República luchan los republicanos de Juárez y los imperialistas. Los franceses desde el año anterior han invadido el territorio nacional y los patriotas se batien en los campos de batalla con los extranjeros y las tropas conservadoras. Es una época dificil para todos los mexicanos; el porvenir se contempla manchado por negros nubarrones.

Pero pese a ello, Don Fulgencio se preocupa por el futuro de sus hijos y desea que concurran a la escuela. La familia se establece en

Chinipas. Para esas fechas el pequeño Ramón sabe leer y escribir, instruido por su padre. Don Fulgencio veía en su primogénito una clara inteligencia y una extraordinaria capacidad para aprender. El padre tiene la paciencia necesaria para satisfacer todas las preguntas del niño que día a día se nutre con nuevas enseñanzas.

El señor Corral además de ser un hombre honrado y trabajador posee una clara visión para los negocios y se dedica al comercio, campo donde alcanza el éxito que merecen sus esfuerzos. Además se gana el aprecio y la confianza de los residentes de la Villa y se le elige Alcalde.

El padre de la familia Corral hubiese continuado por mucho tiempo como una de las personas más importantes de Chinipas, en la actividad política, si no considera que sus negocios requieren mayor atención, y continúa dedicado al comercio.

Seguramente que don Fulgencio hubiese llegado a poseer una respetable fortuna si no sucede que la parca inexorable le abate en la flor de su edad. Un día funesto de 1868, el padre es víctima de un accidente que le lleva a la tumba. Doña Francisca rodeada de sus pequeños, ve destruido su hogar y por varios días permanece abatida por el dolor; mas Ramón que hace sólo cuatro días que cumplió catorce años de edad, reacciona como un hombre mayor y se hace cargo de la familia.

Se dice que los grandes sucesos, sobre todo los desgraciados forman tempranamente el carácter de los hombres cuando éstos traen dentro de sí, sin saberlo, hombría de bien y espíritu de lucha. Quizá este acontecimiento fue decisivo en el futuro Vicepresidente de la República. Quizá la adversidad fue el acicate que hizo del jovencito un hombre de lucha.

El dolor de perder a su compañero amado, que se reflejó en el rostro de la señora, hizo que Ramón amara entrañablemente a su madre. Aún sus enemigos reconocen que fue un hijo y un hermano excepcionalmente bondadoso.

Pronto los habitantes de Chinipas tienden su mano generosa a los Corral, y Ramón es empleado como escribiente del Juzgado. Pero el hijo de Don Fulgencio enseguida busca nuevas y mejores oportunidades, y es así como ese mismo año se encuentra empleado como Oficial Tercero en el Juzgado de Primera Instancia de Alamos a

donde se había trasladado con su familia.

Sin embargo, el joven Corral al ver crecer a sus hermanos, prevé que los chicos necesitarán una mejor educación y que al transcurrir el tiempo aumentarán las necesidades del hogar. Además no está satisfecho con el exiguo sueldo que devenga y que sólo con muchas privaciones alcanza para sostener a la familia.

Es entonces cuando decide instalar en su casa una pequeña oficina donde se dedica hacer toda clase de escritos a los vecinos, durante sus horas de descanso. Sus amigos pagan bien su trabajo y es así como la familia mejora su situación.

En ese tiempo Alamos era una ciudad muy culta y próspera; las familias ricas educaban a sus hijos en Europa. Y allí el hijo mayor de Doña Francisca Verdugo dispone de buenos libros que le prestan sus amigos, con los que completa su instrucción. Aprende Derecho y los conocimientos que se requieren para contar con una instrucción que facilita enfrentar a la vida y pronto es invitado a las reuniones de los intelectuales donde destaca por su fluidez en el uso de la palabra, y por su capacidad en la polémica.

Un día en una de esas reuniones, se gana la amistad de Don Miguel Urrea, hombre de ideas liberales que pronto penetran en el espíritu político del joven Corral.

La época de la juventud de Ramón fue hermosa en cuanto al pensamiento y a la idea se refieren. La Guerra de Reforma hacia tiempo que había pasado a formar parte de la historia; la lucha del mexicano por la segunda independencia se disipa en la niebla del pasado; la República estaba restablecida; México curaba sus viejas heridas y las luchas fratricidas pasaban por un periodo de reposo. Ahora la tribuna se imponía a las bayonetas; el mal gobierno temía más al pensamiento hecho palabra que al fusil.

En ese ambiente, Ramón Corral, joven estudioso, inquieto y fogoso orador, encauza sus energías por la política. Don Miguel Urrea ve en él una promesa para su partido que es enemigo del General Ignacio Pesqueira, el Hombre Fuerte del Estado, máxime que ahora Corral ha abandonado su puesto en el Poder Judicial para dedicarse al periodismo: Es editor de "LaVoz de Alamos".

Y pronto salen a la luz pública artículos incendiarios contra el pesqueirismo; el Gobierno presiona en forma efectiva, y un día Ramón ya no es el editor del periódico de oposición.

¡Ah, pero el joven Corral es un hombre que se crece frente a las dificultades! Enseguida le vemos editando "El Fantasma" y se unen a él varios periodistas, que emprenden una tenaz campaña contra Don Ignacio Pesqueira. Ya no se menciona a éste como el patriota defensor de la República y sincero juarista, sino como a un cacique que gobierna el Estado a través de personal que impone en el Poder Público. Esto da lugar a persecuciones porque la oposición se enardece y ya no es posible contener los estallidos de la violencia.

El periodo de tranquilidad había pasado; Corral clavó las banderillas. En septiembre de 1873 se lleva a cabo una rebelión en Promontorios en la que participa el joven periodista.

Desgraciadamente los opositores son derrotados por el Coronel Próspero Salazar. Corral huye a Chinipas del Estado de Chihuahua y escapa de ser fusilado.

En 1876 Ramón cuenta con 22 años de edad, pero en tan corta vida tiene mucho que relatar de sus experiencias; entre ellas la de que si el Coronel Salazar le alcanza, inmediatamente hubiese sido pasado por las armas, de acuerdo con las instrucciones que traía el militar. Sin embargo, ahora el joven es uno de los jefes de la oposición y participa en otro movimiento armado en el que resulta herido y por ello no puede colaborar en los subsecuentes hechos de armas.

Dicen que para que las cosas se arreglen, a veces es necesario que se echen a perder completamente. Así sucedió políticamente en Sonora en esa época. Las rebeliones abundaron y también los desórdenes menores; Entonces hubo de intervenir el gobierno del Centro, y es cuando termina la hegemonía del General Ignacio Pesqueira y su grupo. El héroe sonoreño y destacado político se retira a su hacienda y se dedica a sus negocios particulares.

Luego empieza el gobierno de Don Vicente Mariscal y Corral ocupa su primer puesto de elección: Diputado suplente, siendo propietario Don Santiago Goyeneche. Poco tiempo Corral es Diputado suplente pues don Santiago solicita una licencia para separarse de su puesto, y en 1877 vemos al joven periodista como Diputado en funciones. Desgraciadamente el Estado vuelve a sufrir una crisis política más cuando el Gobernador Mariscal tiene desavenencias con los miembros de la legislatura y se desata otra vez la guerra civil.

Derrotado Vicente Mariscal, asume la Gubernatura el Vicegobernador don Francisco Serna.

El 23 de marzo de 1879 Serna instala su gobierno e inmediatamente reúne al Congreso para que expida una ley que traslade la Capital de Ures a Hermosillo, lo que se lleva a cabo en abril de ese año. Encontrándose los Poderes en Hermosillo, Serna solicita a la Legislatura su autorización para que el Diputado Ramón Corral Verdugo, durante los recesos de la Cámara, desempeñe el puesto de Secretario de Gobierno. En esas fechas Corral sólo contaba con 25 años y ya había dado demostraciones de ser un hombre sensato y político perspicaz.

En los comicios de 1879, Luis Emeterio Torres y el General Tiburcio Otero salieron electos Gobernador y Vicegobernador, respectivamente. Ramón volvió a la Cámara de Diputados y fue presidente de ésta. Enseguida su amigo Torres le nombra Secretario de Gobierno.

Digno de mención es nuevamente, los esfuerzos de Corral por elevar el nivel cultural de su Estado natal, ya que pugnó por que se construyeran más escuelas primarias y fundó una escuela secundaria en Hermosillo, el Colegio de Instrucción Secundaria. Bajo su égida se fundó la Junta Central de Hermosillo para recabar fondos de la iniciativa privada.

En abril de 1881 Ramón Corral partió para el Distrito Federal a ocupar una curul en el Congreso de la Unión como Diputado por el Distrito de Hermosillo. Como su principal preocupación era la educación de sus coterráneos, desde esa su nueva posición política luchó por la construcción de nuevas escuelas. En una ocasión, encontrándose en la ciudad de México, se reunió con el licenciado Carlos Rodrigo Ortiz Retes, para planear la forma de llevar más beneficios a su Estado. Sería prolijo detallar todas las gestiones que en la Capital de la República llevó a cabo para beneficiar a Sonora.

A principios de diciembre, en compañía de su amigo el General Guillermo Carbó, Corral se embarcó en Veracruz para Nueva York, via La Habana. El 10 de ese mes desembarcaron en aquel famoso puerto norteamericano, donde les esperaba don Luis Emeterio Torres. Visitaron Filadelfia, Búfalo, las Cataratas del Niágara, Chicago y San Francisco. De allí pasaron por Tucson y Nogales; regresaron a Hermosillo a finales de 1882.

Pocos meses antes de que Corral partiera para Estados Unidos, su amigo el Licenciado Carlos Rodrigo Ortiz Retes, fue elegido Go-

bernador de Sonora con don Manuel Escalante como Vicegobernador. Su periodo abarcaria de septiembre de 1881 al 31 de agosto de 1883. Ortiz nació en Sonora, pero se educó en Alemania y pasó la mayor parte de su juventud en el Distrito Federal. Cuando asumió el Poder en 1881, tenía buena amistad con Corral; lamentablemente en poco tiempo se distanciaron y esto fue perjudicial para la carrera política de Ortiz y para el Estado, ya que ambos, políticos de valía, unidos hubiesen podido hacer muchos beneficios a su tierra natal.

El político, pese a que es un hombre sagaz, no está exento de esas miserias humanas que llamamos envidias y egoísmos.

La noche del 29 de octubre, un grupo de ciudadanos se reunió frente a la casa del Gobernador, hizo unos cuantos disparos y exigió su dimisión. Ortiz Retes aceptó dejar el puesto al día siguiente. Así lo hizo y Manuel Escalante se hizo cargo de la Gubernatura por unos cuantos días, y luego renunció. La Legislatura del Estado nombró a Cirilo Ramírez Gobernador interino; mas también renunció el 28 de diciembre de 1882.

En esta ocasión la Cámara eligió al señor Felizardo Torres para que terminara el periodo. Corral colaboró con esta administración en calidad de Secretario de Gobierno, y su ayuda fue muy eficaz.

En ese interinato se reformó la Constitución Política del Estado aumentando a cuatro años el periodo de Gobierno, y en junio de 1883 se convocó a nuevas elecciones. Luis E. Torres y Francisco Gándara fueron electos Gobernador y Vicegobernador, respectivamente, para el periodo que terminaría en agosto de 1887.

Torres confirmó a Corral como Secretario de Gobierno. Sonora disfrutó de una época de prosperidad. La primera crisis que confrontó la nueva administración, fue por causas ajenas a la política: a fines de agosto el buque norteamericano Newbern atracó en Guaymas proveniente de Mazatlán y portando un temido mal, la fiebre amarilla, que causó estragos entre la población. En esas fechas ya había ferrocarril y Hermosillo y Guaymas estaban perfectamente comunicados, aun para transmitir esta terrible peste.

La fiebre amarilla sorprendió a la gente completamente impreparada para enfrentarse a la peste o para tomar medidas profilácticas; parecía que los sonorenses eran atacados por uno de los jinetes del Apocalipsis; casi no hubo familia que no perdiese a uno de sus seres queridos o, cuando menos, que no hubiese sido atacado por el

mal; hasta el Gobernador sufrió un ataque que le tuvo por varias semanas incapacitado para atender su importante puesto. La epidemia empezó a disminuir en septiembre y octubre, no sin cobrar gran número de víctimas, desapareciendo en diciembre de 1883. Los negocios se resintieron por el número de enfermos y muertos que hubo. Corral presentó un proyecto a principios de noviembre autorizando al Ejecutivo para tomar fondos del Erario para combatir el mal y ayudar a la gente pobre. El 25 de abril de 1884, Ramón Corral solicitó y obtuvo una licencia para separarse de su puesto de Secretario de Gobierno, trasladándose a la Capital de la República a atender a su madre, quien se encontraba muy enferma. El 7 de mayo falleció la señora, siendo un golpe moral muy fuerte para su hijo.

Como decimos anteriormente, Ramón sentía un entrañable cariño por su progenitora y por ello procuró siempre hacerle la vida más llevadera.

El 12 de junio el Secretario de Gobierno estaba nuevamente en Hermosillo, atendiendo sus importantes responsabilidades. Una de sus primeras preocupaciones al volver a su cargo, fue que había aparecido otra vez la fiebre amarilla en Guaymas y Hermosillo; se contó entre sus víctimas al Obispo de Sonora, don José María Rico, quien pasó a mejor vida el 11 de agosto del mismo año. Esto ocasionó un incidente que bien pudo llegar a mayores si no interviene el Secretario de Gobierno. Sucedió que algunos de los fieles católicos procedieron a llevar el cadáver a la Capilla del Carmen ubicada en el extremo Este de la Calle del Carmen (hoy No Reelección), a pesar de que se les negó el permiso para que lo inhumaran allí; pero el señor Corral acompañado de algunos funcionarios exhumó el cuerpo y lo sepultó en el cementerio municipal, por razones de salubridad. Ese cementerio estaba ubicado entre las calles (de hoy) Nuevo León, al sur; Zacatecas al norte; y Matamoros, al oeste.

Como se dice con frecuencia, quizá con un espíritu pesimista, un mal nunca viene solo: En cuanto desapareció el azote de la fiebre, hubo un alzamiento de la tribu yaqui en febrero de 1885, con más de 4,500 individuos en armas.

Por demás es decir el desaliento que prevalecía en la Entidad a consecuencia de la peste, de la guerra y la crisis económica que provocaron estos desgraciados sucesos. Y como si la crisis y el alzamiento de los yaquis no fuesen suficientes calamidades, los apaches

comenzaron a llevar a cabo incursiones por el norte del Estado. El Gobierno local formó grupos de hombres armados cuyo costo pagó con fondos de su Erario.

Pero no hay mal que dure toda la vida. Los pueblos jóvenes y vigorosos como el nuestro, restañan sus heridas y salen adelante de las peores calamidades. Los habitantes de Sonora siempre se han distinguido por su espíritu laborioso y por su confianza en el futuro; es proverbial el optimismo del sonorenses; ni la escasez de lluvias, ni los desiertos le han doblegado jamás. Por éso el Estado no tardó mucho en volver a su cauce normal.

En varias ocasiones don Luis Emeterio Torres expresó su satisfacción por contar con la ayuda de Ramón Corral como Secretario de Gobierno, quien se había echado auestas la tarea de reformar el Código Penal del Estado y algunas disposiciones mercantiles.

El 25 de abril de 1887 es fusilado en las Tres Cruces el héroe Yaqui José María Leyva-Cajeme-, quien en múltiples ocasiones había derrotado columnas del ejército federal. Durante su prisión en Guaymas, varias veces recibió las visitas de don Ramón Corral. Posteriormente éste escribió una biografía del valeroso yaqui, en la que vierte elogios y palabras de admiración para el hombre sacrificado.

También es digno de mención, la forma tan imparcial que Don Ramón escribió la biografía de su antiguo enemigo el General Ignacio Pesqueira, en la que coloca a este ilustre sonorenses en el lugar que le corresponde ante un juicio sereno de la historia.

Cuando los hombres se sostienen mucho tiempo en el Poder, pierden popularidad; y aún cuando éstos hayan sido positivos en sus hechos, los ciudadanos reclaman dirigentes nuevos. Sobre todo éso es muy común en México donde tanto se habla de democracia sin que, frecuentemente, se cumpla con ese desiderátum popular. Así sucedió al grupo político presidido por Torres y Corral

Para el año 1887, poco tiempo antes de terminar el periodo constitucional, don Ramón había perdido mucha popularidad; ya era evidente la presión de los opositores. Parecía que Corral y Torres habían olvidado que lo mismo sucedió al General Ignacio Pesqueira. Son éstos, hombres que por creerse indispensables prolongan su estancia en el Poder y sin darse cuenta van convirtiéndose en dictadores.

Pero a pesar de las circunstancias que prevalecían, se llevó a cabo en las elecciones de ese año, una imposición más: Fueron declarados electos don Lorenzo Torres y don Ramón Corral, como Gobernador y Vicegobernador, respectivamente, para el periodo 1887-1891.

Empero, antes de cuatro meses de haber tomado posesión como Gobernador don Lorenzo, solicitó y obtuvo del Congreso una licencia para ausentarse de la Entidad. Corral asumió por ministerio de Ley la Gubernatura.

Pese a los augurios de los entendidos en política de esa época, esta administración del señor Corral resultó admirablemente progresista; fue notable el desarrollo de todas las actividades en ese periodo constitucional.

El nuevo Gobernador olvidó viejos rencores contra quienes combatieron su candidatura en la prensa y en la tribuna, y logró que colaboraran con él muchos hombres competentes y honestos que habían sido sus enemigos políticos. En los distintos departamentos empleó personas de reconocida capacidad y solvencia moral, sin importar a qué partido pertenecían. Atacó de nuevo el problema de la educación con un entusiasmo extraordinario; aunque había escuelas públicas en Hermosillo, Guaymas, Alamos y Magdalena, muy poco se había hecho en el resto del Estado. Para remediar esta situación hizo traer de Estados Unidos mapas, bancas y otros artículos necesarios. Elevó los sueldos de los maestros para que viniesen profesores normalistas; construyó escuelas nuevas en Hermosillo y otras ciudades donde ya existían. Estableció el famoso Colegio Sonora, continuación del Instituto Sonorense que creara don Carlos Rodrigo Ortiz Retes y que por motivos aún no debidamente aclarados no había podido funcionar.

El Colegio Sonora ha sido fuente de saber de grandes hombres de talento, entre ellos dos presidentes de México: Don Plutarco Elías Calles como maestro, y don Adolfo de la Huerta Marcor, como alumno del primero.

También se estableció la Biblioteca Pública del Estado, que funcionó por un lapso de más de cincuenta años hasta que el Gobernador Abelardo L. Rodríguez construyó la nueva frente a la Plaza de la Universidad de Sonora.

Don Ramón Corral fue el primer Gobernador que no se sujetó a

governar desde sus oficinas, sino que periódicamente visitaba las poblaciones de la Entidad, donde escuchaba los problemas de cada localidad y muchas veces daba las soluciones en el lugar donde se las planteaban. En sus recorridos por toda la geografía sonorenses, en todas partes era recibido con cariño y con respeto, acercando a la ciudadanía y al Gobierno.

Llegan las elecciones para el próximo periodo gubernamental, (1891-1895), y resultan electos don Luis E. Torres y don Rafael Yzábal, para Gobernador y Vicegobernador, respectivamente. Corral termina su mandato y entrega a sus sucesores una administración solvente y prestigiada. La ciudadanía le brinda un sin fin de homenajes, y luego emprende un viaje de descanso a la Ciudad de México; pero no va solo, le acompaña su esposa doña Amparo Escalante, virtuosa y distinguida dama hermosillense con la que casó el 27 de febrero de 1888.

La fama y el prestigio de don Ramón Corral habían traspasado las fronteras de Sonora, y al llegar a la Capital es recibido por un numeroso grupo de amigos y admiradores entre quienes se encontraba el General Mariano Escobedo, héroe del sitio y la toma de Querétaro en 1867. El 24 de septiembre de 1891 le ofrecen un banquete en el Tivoli del Eliseo, al que concurren personalidades políticas que trabajan muy cerca del Presidente Porfirio Díaz.

A finales de octubre de ese mismo año los esposos Corral regresan a Sonora por el territorio norteamericano. Cuando llegan a Nogales encuentran un convoy del Ferrocarril Sud Pacífico que les espera, lleno de personalidades de Alamos, Hermosillo y Guaymas, que fueron a recibirles y a demostrarles cariño y admiración. En Magdalena el tren tiene que detener su marcha, pues se ha congregado casi todo el pueblo en la estación y todo mundo quiere saludarles. Y al llegar a Hermosillo, encuentran en la estación la mayor parte de la población adulta que ha ido a recibirles con música y flores, con vivas y aclamaciones cariñosas.

Una muy grande multitud sigue al carruaje que les lleva a su casa. Fue un verdadero día de fiesta popular. Nuevamente Torres solicita los servicios de Corral como Secretario de Gobierno, lo cual acepta empezando una nueva época de progreso para la Entidad.

Es notable cómo don Ramón Corral, con su brillante actuación política logró disipar su impopularidad de años anteriores, y ganar-

se la simpatía y el cariño de sus coterráneos.

Don Ramón Corral como todo político que prolonga mucho su permanencia en el Poder, había recibido muchas críticas y censuras en sus actuaciones oficiales. Se decía que había aprovechado sus cargos para enriquecerse, no precisamente saqueando la Hacienda Pública sino viendo desde su posición qué negocios eran buenos, o dirigiendo empresas que protegía el Gobierno. También se le censuraba el haber propiciado los alzamientos de los yaquis, y un sin fin de cosas que opacan su prestigio.

Sin embargo, nunca se ha señalado un cargo bien fundado; ni siquiera el General Bernardo Reyes, enemigo de don Ramón, pudo probar que éste era el culpable de que los yaquis se levantaran frecuentemente en armas, por más que don Bernardo le acusó con Porfirio Díaz.

Pero pese a las críticas y a las censuras de sus enemigos hay algo que es sintomático y que aclara las dudas: En las elecciones para el periodo 1895-1899, don Ramón Corral Verdugo es declarado Gobernador y Vicegobernador el Doctor Prisciliano Figueroa, sin oposición y con el beneplácito de las mayorías sonorenses; se puede decir sin hipérbole que hubo júbilo popular cuando el Congreso dio su fallo de estos comicios.

Al empezar esta nueva administración, el 1 de septiembre, había paz y tranquilidad en el campo y en las ciudades; prevalecía el optimismo: todos conocían el espíritu progresista del nuevo gobernante. Don Celedonio Ortiz fue nombrado Secretario de Gobierno, quien en la administración anterior fue Oficial Mayor.

Don Ramón, ahora con más bríos que antes, desarrolla una labor administrativa admirable que supera todas las anteriores.

La minería, la agricultura, la ganadería y el comercio prosperan y alcanzan niveles muy altos; la educación pública vuelve a incrementarse en una forma inusitada, al grado de que en la ciudad de México se hablaba de Sonora como el Estado que tenía menos analfabetos (a pesar de contar con dos tribus muy numerosas) y más gente culta; en algunas ocasiones el Presidente Díaz expresó que el señor Corral era un ejemplo para los otros gobernantes.

Al igual que Sonora prospera, también había prosperidad en los negocios particulares de don Ramón, porque era tan buen gobernante como hombre de empresa. Infortunadamente el quebranto de su

salud le obligó a solicitar una licencia para separarse de su cargo en septiembre de 1896, trasladándose a Nueva York. Empero, el 19 de noviembre ya está de regreso en Hermosillo la familia Corral; pero don Ramón continúa disfrutando de la licencia del Congreso, dedicándose a sus negocios; acaba de comprar el Molino Harinero "El Hermosillense (actualmente ubicado en la manzana que forman las calles Sonora, Jesús García, Yucatán e Iturbide). Mientras tanto don Prisciliano Figueroa, al frente del Gobierno, cometía un sin fin de errores que provocaron el clamor público.

El 15 de octubre de 1897, urgido por sus coterráneos, don Ramón Corral vuelve a hacerse cargo del Gobierno e inmediatamente se nota que una mano hábil lleva el timón del Estado. Se instala el servicio de alumbrado público y se efectúan obras de embanquetado en la Capital del Estado; se dan facilidades fiscales para que el señor Alberto Hoefler instale una fábrica de cerveza, la Cervecería de

Sonora, S.A., y en varias ciudades se tienden tuberías para el agua potable y se instalan redes conductoras de electricidad. Se fundó en Hermosillo el Banco de Sonora, S.A., con un capital de quinientos mil pesos, abriendo sus puertas al público el 1 de enero de 1898. Esta institución bancaria trabajó durante más de treinta años hasta su quiebra al final de la tercera década de este siglo XX.

El 30 de agosto de 1899 Corral termina su mandato y el 1 de septiembre toma posesión su sucesor, el General Luis E. Torres.

En abril de 1900, don Ramón y su esposa doña Amparo Escalante, a bordo de un trasatlántico parten a Europa, para que el señor atienda su salud. Señalamos en la primera parte de este trabajo, que después de su regreso de Europa, don Ramón Corral se hizo cargo del Gobierno del Distrito Federal, posteriormente de la Secretaría de Gobernación y finalmente de la Vicepresidencia de la República. Y por justicia, debemos asentar que en estos importantes cargos también nuestro hombre llevó a cabo una labor muy positiva. Para mencionar unos cuantos frutos de su iniciativa, diremos que a él se debió la terminación del Hospital General, la edificación del manicomio de "La Castañeda", el establecimiento de las Estaciones de Desinfección en los Puertos, y la ampliación de la Penitenciaría, etc; las Leyes de Beneficencia Pública y Privada, la reorganización de los Cuerpos Rurales de la Federación, y la prohibición del juego en el Distrito Federal.

Desgraciadamente, siendo Vicepresidente de la República, su viejo mal de la garganta vuelve a molestarle y sus médicos le recomiendan que vuelva a Europa, y el 12 de abril de 1911 se embarca en Veracruz con destino al Viejo Mundo, y al despedirse del General Díaz éste le sugiere que renuncie a la Vicepresidencia y lo hace el 4 de mayo desde la Ciudad de París, enviándola a la H. Cámara de Diputados.

FALLECIMIENTO DE DON RAMON CORRAL

Diversas complicaciones de su viejo mal de la garganta, vinieron a quebrantar más la salud de don Ramón, al grado de que la ciencia médica, muy avanzada en Europa no pudo salvarle, habiendo fallecido el 10 de noviembre de 1912.

Cuando se supo en Sonora que el señor Corral había fallecido, hubo consternación general en todos los círculos sociales y en las esferas políticas.

El Senado de la República también rindió un tributo de recordación al ilustre desaparecido, suspendiendo la sesión que tenía programada para el día que se difundió la noticia en la Ciudad de México.

Han transcurrido muchos lustros desde la fecha en que la Madre Tierra recibió los restos mortales de don Ramón Corral Verdugo, y, sin embargo, aún sus detractores y sus penegiristas continúan discutiendo su vida y su obra...

¡Así sucede con los hombres que han dejado huella en la historia!

Don Adolfo de la Huerta,
Revolucionario y Obrero.

Transcurría el año 1894, el Ferrocarril de Sonora hacia corridas

normales de Guaymas a Hermosillo y de Hermosillo a la Villa de Nogales. En esas fechas la Southern Pacific ya había unido con las paralelas de hierro el Puerto de Guaymas con toda la Unión Americana. El único puerto de cabotaje de Sonora, era a la vez una ciudad importante por su comercio internacional; sin embargo, a Hermosillo se le consideraba una ciudad más culta, de mejores tradiciones y de mejores centros docentes; desde años atrás se había fundado el "Colegio de Sonora" a donde venían a abreviar los mejores conocimientos de la época, jóvenes procedentes de muchos puntos del Estado y aún de fuera de él.

Fue en ese año --1894-- cuando el jovencito Adolfo de la Huerta Marcor llegó a inscribirse al "Colegio de Sonora", procedente de Guaymas. El muchacho sólo tenía trece años de edad y ya demostraba una inteligencia poco común y un espíritu de solidaridad con sus amigos y compañeros. Allí conoció al maestro Plutarco Elías Calles, quien al correr del tiempo también se convertiría en una de las figuras de la Revolución. Calles era cuatro años mayor que Adolfo y, sin embargo, llegaron a ser buenos amigos después de identificarse como coterráneos, ambos nacidos en el Puerto de Guaymas.

En esta ocasión poco duró la relación amistosa de Plutarco y Adolfo, porque el primero fue trasladado a una escuela guaymense. Posteriormente De la Huerta hubo de irse a la ciudad de México a continuar sus estudios, ya que sus padres don Torcuato de la Huerta Armenta y doña Carmen Marcor Basozábal, originarios de Guaymas también, deseaban que su hijo alcanzara una carrera universitaria. Desgraciadamente esto no fue posible; el fallecimiento de don Torcuato obligó al joven a regresar al lado de su familia.

Fue el año 1900 cuando Adolfo de la Huerta y Plutarco Elías Calles se volvieron a ver, en una ocasión que ambos asistieron a la plaza principal del Puerto. En el kiosco una banda militar tocaba las canciones de moda: "El Héroe del Dos de Abril", del maestro Castillo Urizar; "La Golondrina", del veracruzano Narciso Serradel; el vals "Océano de Amor", de Lerdo y Ramos, y "La Paloma". Esta última pieza durante varios años se dejó de tocar públicamente porque, quizá, fue la preferida de la Corte de Maximiliano y Carlota. En esas fechas aún se consideraba el segundo Himno Nacional la marcha "Zaragoza", que en este sentido la empleó don Benito

Juárez después del triunfo de la República (1867-1872), toda vez que en ese lapso no se tocó la pieza de la inspiración de Jaime Nunó y de Francisco González Bocanegra, sólo la que llevaba el nombre del héroe del Cinco de Mayo.

Esporádicamente continuaron frecuentándose Adolfo y Plutarco cuando asistían a la misma tertulia de amigos, hasta que llegó el año 1910. El primero tenía 29 años y el segundo 33. Ambos conspiraban contra el gobierno de Porfirio Díaz. El último año del primer decenio de este siglo, es un hito en la Historia de México porque el pueblo comenzaba a recobrar su fe en los destinos de la patria; la nación no podía ser propiedad de uno ni de un grupo de hombres. El héroe de la Carbonera, quien diez años antes todavía hacía vibrar de emoción a las muchedumbres, con sus uniformes de gala y los desfiles militares, ya era odiado y eran los "científicos" quienes se habían encargado de ello. Habían pasado los tiempos en que los ciudadanos alimentaban su patriotismo con la demagogia de los gobernantes. Era necesario un cambio.

Entre los primeros conspiradores guaymenses, decíamos, se encontraban dos personajes que dejarían profunda huella de su paso por nuestra historia contemporánea: Adolfo de la Huerta Marcor y Plutarco Elias Calles. El primero había renunciado a un empleo bien remunerado en la Casa Fourcade y a las comodidades que brinda una familia que, si no posee superfluidades, no carece de lo necesario para llevar una vida desahogada; todo para dedicarse a la política en las peligrosas filas de la oposición donde lo que menos se podía perder eran los bienes y la libertad, y lo máximo la vida. El segundo --Plutarco--, echaba por tierra su amistad con altos funcionarios públicos, para militar en el bando político perseguido tenazmente por la policía y las milicias. El joven Adolfo, además de haberse unido a los conspiradores, hacía más evidente su oposición a la Dictadura, escribiendo artículos candentes en revistas y periódicos clandestinos como "El Correo de Sonora" en los que incitaba al pueblo a rebelarse contra el régimen. A la vez señalaba como injusta y criminal la campaña militar del Yaqui.

El 25 de mayo de 1911 don Porfirio Díaz Mori renuncia a la Presidencia y se traslada a Veracruz para embarcarse en el vapor Ipiranga. Por ministerio de ley quedó encargado del Poder Ejecutivo el Licenciado Francisco León de la Barra, quien convocó a elec-

ciones para presidente constitucional, siendo elegidos, por voluntad del pueblo, Francisco I. Madero para Presidente, y el licenciado tabasqueño José María Pino Suárez, para Vicepresidente.

Durante el movimiento armado de 1910, Adolfo de la Huerta participó activamente como civil y su hermano Alfonso como militar, adquiriendo el primero mucho prestigio popular por sus ideas obreristas; por ello fue nombrado presidente del partido revolucionario que postulaba a don José María Maytorena para gobernador y a Gayou para vicegobernador. De la Huerta y los candidatos de su partido recorrieron todo el Estado, conteniendo en una lucha democrática contra los candidatos Manuel Mascareñas y Francisco de P. Morales, para gobernador y vicegobernador, respectivamente.

Triunfó la planilla Maytorena-Gayou y don Adolfo de la Huerta resultó electo diputado propietario por Guaymas, y don Torcuato Marcor diputado suplente. Conviene señalar que al principio, De la Huerta ignoraba que mientras él hacia la campaña política por sus candidatos en el norte del Estado, sus amigos le registraban como candidato a diputado.

Durante el cuartelazo que originó la Decena Trágica en 1913, don Adolfo se encontraba en la ciudad de México a donde había ido para entrevistarse con el Presidente Madero. Sobre esto, el político sonorenses escribe en sus Memorias: "Yo tuve la satisfacción de ser el primer civil que el día 9 de febrero se presentó en Chapultepec a ponerse a las órdenes de don Francisco I, Madero cuando bajaba y montaba a caballo con el teniente Coronel López Figueroa. Llegué a la verja del Castillo y, como un piquete de alumnos del Colegio Militar me impedía el paso, grité dándome a conocer. Me reconocieron y me permitieron entrar. Iba yo con un abrigo, sin camisa, pues al conocer la noticia nada más me puse el abrigo sobre la camiseta y así salí. López Figueroa fue el que me reconoció y dio orden de que me dejaran pasar. Vine con ellos, pero yo no tenía caballo; ellos vinieron montados y yo a pie desde Chapultepec hasta la esquina del Hotel Guardiola, donde lo bajaron del caballo para meterlo en la Fotografía Daguerre"... Enseguida el señor De la Huerta relata cómo encontró la plaza cubierta de cadáveres.

Después de la Decena Trágica don Adolfo salió de la Capital de la República, dándose cuenta de que el pueblo mexicano no podría aceptar en la Presidencia al General Victoriano Huerta. Su primera

actividad fue, con algunos amigos, entrevistar a varios gobernadores, buscando respaldo para hacer un movimiento armado contra el usurpador. pero fracasaron en San Luis Potosi, Tamaulipas y Nuevo León. Sin embargo, en el trayecto de Monterrey a Saltillo, se enteraron del manifiesto del señor Venustiano Carranza desconociendo a Huerta. Jubilosos, en la primera oportunidad don Adolfo y sus acompañantes se comunicaron por telégrafo con el señor Carranza ofreciéndole el respaldo del Gobierno de Sonora; y diciendo y haciendo, con un crédito de mil dólares compraron las primeras armas en Douglas Arizona. Después, el político guaymense se trasladó a Tucson, donde sostuvo pláticas con Francisco Villa, el después llamado "Centauro del Norte", de las cuales se derivó el levantamiento del famoso guerrillero.

El 14 de abril de 1913 De la Huerta, acompañado del señor Roberto Pesqueira, llegó a Monclova. Coahuila, representando al Gobierno de Sonora ante la reunión que convocó el señor Venustiano Carranza. Allí representante sonorense vio por primera vez a don Pablo González, quien también dejaría profunda huella de su presencia en la Revolución. Hubo varias juntas y de ellas salió nombrado jefe el señor Carranza, designándosele como Primer Jefe del Ejército Constitucionalista. Esto sucedió el 18 del mismo mes de abril. Don Adolfo en sus Memorias asienta: "Se vé pues, que la fecha que debía conmemorarse no es la del 26 de marzo, sino la del 18 de abril, como aniversario del Plan de Guadalupe, ya que entonces fue cuando tomó forma y se consideró seriamente el proyecto que habian sucrito algunos ayudantes y amigos del señor Carranza".

En Monclova, don Venustiano preguntó al señor De la Huerta que qué persona era la más recomendable para hacerse cargo de las fuerzas revolucionarias en Sonora. El político guaymense señaló a muchos sonorenses de valia indicando sus méritos personales y políticos. El señor Carranza escogió a don Alvaro Obregón Salido para que fuese el jefe de las fuerzas constitucionalistas sonorenses. Allí en ese momento empezó la carrera militar del después "Manco de Celaya".

Con lo anterior, vemos que don Venustiano Carranza reconocia en el señor Adolfo De la Huerta a un revolucionario y a un hombre leal.

SEGUNDA PARTE.

Es bien sabido que don Adolfo de la Huerta, como civil, como revolucionario y como gobernante, se distinguió por su honradez en todos los actos de su vida; actualmente, como un tributo a su memoria, se le llama "El Hombre de las Manos Limpias", porque además de su proverbial probidad nunca las manchó con sangre; su trayectoria revolucionaria y política se distingue por haber salvado muchas vidas, aún de sus enemigos, cuando aquéllas estaban cercanas al fatídico paredón. El Sr. De la Huerta Marcor ha sido uno de los pocos hombres de Estado que ocupara el sitial más elevado de su patria, que jamás ordenó el asesinato de ninguno de sus enemigos y en cuantas veces estuvo en sus manos impedirlo, no se aplicó la pena capital. El odio jamás hizo presa de nuestro hombre ni se apoderaron de él las pasiones políticas que llevan hasta la barbarie en todas sus terribles manifestaciones. Durante las persecuciones religiosas protegió a muchos clérigos e impidió hasta donde fue posible que se saquearan los templos y se vejara a los feligreses, y no porque don Adolfo fuese católico, ya que era librepensador, sino porque siempre fue respetuoso de la libertad de pensamiento y de creencia; su bondad no provenía del dogmatismo; él era un humanista ante todo.

Muchos seudocomentaristas de la Revolución intentan hacer aparecer a Adolfo como débil de carácter, como carente de energía; pero todo se debe a que fue diferente a la mayoría de los hombres de su tiempo cuando la venganza, la tortura y el crimen estaban a la orden del día. Cuando el militarismo y el despotismo estaban de moda... ¿Qué podían opinar de él, todo un caballero, hombre culto --civilizado--, enemigo de la violencia y del patíbulo? Pero el pueblo, el verdadero pueblo que sufría los abusos de la soldadesca, le amaba y le respetaba como a un verdadero revolucionario que jamás buscó la riqueza ilícita ni el desahogo de bajas pasiones.

Como hombre bondadoso y humanista, don Adolfo de la Huerta, como lo fue su padre, era un defensor y protector de la Tribu Yaqui; cuantas veces pudo evitó el derramamiento de sangre que traían consigo las campañas militares que se ordenaban desde el Centro, y en muchas ocasiones intervino ante los jefes yaquis para que no se levantasen en armas. Conocido es por los mexicanos el valor, la inteligencia y el espíritu de libertad del yaqui, demostrado al través de más de cuatrocientos años de historia; como hombre valeroso y amante de la libertad, supera a la mayoría de los indígenas que

pueblan y poblaban la América. Los sonorenses debemos estar orgullosos de estos antiguos habitantes de nuestro Estado; "Denme cinco mil yaquis y me paseo por toda la República", dijo un caudillo revolucionario.

Esta generación ignora casi todo lo bueno que hizo don Adolfo de la Huerta como gobernante, pues inexplicablemente --¿o es explicable?- los comentaristas de la Revolución ocultan. Por ello conviene hacer saber algunas disposiciones emanadas del talento, de la visión y de la nobleza de este hombre: Con fecha 10 de octubre de 1916, expidió el decreto No. 1, que al tenor dice:

"Adolfo de la Huerta, Gobernador Interino del Estado de Sonora, en uso de las facultades especiales que me ha conferido el C. Primer Jefe del Ejército Constitucionalista Encargado del Poder Ejecutivo de la República, y C O N S I D E R A N D O :

"Que una de las causas principales que originaron la Revolución Social fue el malestar económico de las clases trabajadoras, por efecto del sistema injusto de la repartición de las utilidades obtenidas por las empresas productoras;

"Que ese malestar se agravó hasta llegar a convertir a los trabajadores en verdaderos esclavos de los capitalistas (asi nacionales como extranjeros) a virtud de las expoliaciones permitidas y apoyadas por las administraciones dictatoriales;

"Que entre los ideales revolucionarios figura como uno de los principales la redención de las clases trabajadoras y que, por lo tanto, las tendencias de la Revolución deben encauzarse hacia la transformación del sistema social a que antes se ha hecho referencia;

"Que si bien es cierto que el derecho de huelga, único medio penoso a que los trabajadores han recurrido para defender sus intereses, está reconocido por el constitucionalismo; este derecho debe ejercitarse exclusivamente en el caso de que se presenten en su contra las tendencias conservadoras de los gobiernos;

"Que toda vez que el triunfo de la Revolución Social, encabezada por el señor Venustiano Carranza, de hecho ha conseguido llevar al proletariado al dominio del Estado, no debe recurrir el obrero al sistema de las huelgas en el actual orden de cosas, desde el momento en que el constitucionalismo es la genuina representación de los trabajadores, sostenedor de sus demandas justas;

“Que ha llegado el momento en que el constitucionalismo debe demostrar con hechos que va directamente el cumplimiento de los ideales que lo impulsaron a la lucha armada;

“Que al presente se hace necesario determinar el camino por el que han de solucionarse las dificultades de las clases trabajadoras, llevando a ellas el convencimiento intimo de que en sus manos deposita el gobierno emanado de la Revolución los medios de solucionar sus dificultades y determinar su mejoramiento;

“Que no basta la libertad de elección dentro de las instituciones vigentes. para hacer que la voz del obrero sea oída en los cuerpos legislativos. puesto que los intereses en juego en las luchas electorales. pueden defraudar las aspiraciones de los obreros;

“Que, por otra parte, la Legislatura Local obligada a resolver problemas de orden político y de interés público en general, no puede ocuparse de manera especial de los trascendentales problemas obreros y por ello se hace indispensable la formación de una asamblea dedicada a esos problemas, libre de toda influencia política;

“Que muchos puntos quizá importantísimos del problema obrero, tienen indiscutiblemente sellos notorios de regionalidad, que hacen que casos semejantes se resuelvan de modos distintos. según el Estado y requieran trámites también diferentes, por lo cual las disposiciones del gobierno general deberán ineludiblemente ser auxiliadas con las luces de los conocedores de la región y de su medio; y en el caso presente a nadie sienta mejor tan noble papel que a las propias clases trabajadoras que conocen a fondo sus necesidades y aspiraciones. y a sus genuinos representantes que designen para ser sus portavoces en la Cámara que este Decreto establece;

“He tenido a bien decretar lo siguiente:

“Art. 10.- Se crea en el Estado una Cámara Obrera, y su objeto será estudiar los asuntos relacionados con las clases trabajadoras.

“Art. 20.- Para formar dicha Cámara. las agrupaciones mayores de mil trabajadores elegirán un representante por cada mil obreros o fracción que pase de quinientos. Por cada representante propietario se elegirá también un suplente. La personalidad se aprobará por medio de una credencial.

“Art. 30.- Las credenciales serán autorizadas por las mesas directivas correspondientes o por quienes representen a las agrupa-

ciones según sus estatutos y serán visadas por la Primera Autoridad Política del lugar, quien pondrá constancia de que se cumplieron todos los requisitos exigidos por este Decreto.

“Art. 4o.- Para ser electo Representante se requiere ser ciudadano mexicano en ejercicio de sus derechos, mayor de veinticinco años al tiempo de la instalación de la Cámara, y pertenecer a la clase trabajadora cinco años antes de la elección.

“Art. 5o.- Los representantes durarán en su cargo un año y tendrán las obligaciones siguientes:

I.- Asistir con puntualidad a las sesiones.

II.- Observar conducta honesta.

III.- Usar formas comedidas al tratar asuntos con las autoridades.

IV.- Interceder con los obreros para el fiel cumplimiento de las disposiciones del gobierno de la Revolución Social.

“Art. 6o.- Los representantes tendrán una remuneración igual a las dietas de los diputados locales; las recibirán sólo mientras estén en funciones, y se pagarán por la Tesorería General. Oportunamente se modificará el Presupuesto de Egresos del modo que corresponda.

“Art. 7o.- Las elecciones de Representantes se harán antes del 15 de diciembre de cada año y la toma de posesión el día 1o. de enero.

“Art. 8o.- En la primera Sesión la Cámara nombrará por esta vez dos obreros agricultores, de distintas regiones del Estado, para que asistan como representantes a las sesiones. Los asuntos relativos a la Agricultura se tratarán siempre en primer término.

“Art. 9o.- La Cámara Obrera tendrá su asiento en la Capital del Estado.

“Art. 10o.- Habrá dos periodos de sesiones que durarán dos meses cada uno; el primero comprenderá enero y febrero y el segundo julio y agosto.

“Art. 11o.- Durante el receso de la Cámara habrá una comisión permanente compuesta de tres miembros elegidos entre los mismos representantes y que tendrá por objeto:

I.- Continuar los estudios emprendidos por la Cámara para que no sufran demora.

II.- Iniciar y encauzar los que se presenten de nuevo.

III.- Vigilar en todo lo que tienda al mantenimiento de la Institu-

ción, tramitando los asuntos que a ella se refieran.

IV.- Las demás que le impongan las leyes.

“Art. 12o.- Son atribuciones de la Cámara:

I.- Formar un reglamento interior.

II.- Estudiar las organizaciones y los sistemas que produzcan mayor bienestar al obrero.

III.- Emitir juicios periciales sobre las indemnizaciones que debe darse a los perjudicados, en razón de los accidentes sufridos por los obreros en sus trabajos.

IV.- Presentar su opinión en los conflictos obreros y proponer bases para su conclusión.

V.- Proponer al Ejecutivo inspectores que cuiden de la higiene en los establecimientos destinados al trabajo y de que se llenen en construcciones, instalaciones, etc.. los requisitos exigidos por los reglamentos o disposiciones relativas.

VI.- Asistir a las sesiones del congreso por medio de delegaciones que tendrán voz, cuando se traten asuntos relacionados con la legislación obrera.

VII.- Promover ante el Ejecutivo del Estado o el Congreso las leyes o disposiciones que juzgue conveniente en relación con su objeto.

VIII.- Las demás que se señalen de un modo expreso por legítimas disposiciones.

“Art. 13o.- Se concede a las empresas el derecho de mandar a la cámara los representantes que juzguen conveniente, los cuales tendrán voz pero no voto ni remuneración oficial.

ARTICULOS TRANSITORIOS

PRIMERO.- Mientras se fijan las leyes del trabajo, se observarán las disposiciones de los artículos siguientes:

SEGUNDO.- La jornada del trabajo será cuando más de ocho horas diarias.

TERCERO.- El salario mínimo del obrero será de un peso cincuenta centavos oro nacional.

CUARTO.- La edad mínima del trabajador será de catorce años.

QUINTO.- Para todos los trabajos cuya duración exceda de seis días, las empresas tienen la obligación imprescindible de firmar contratos claros y concisos sobre las obligaciones y derechos de los

contratantes. Los impuestos que dichos contratos causen serán cubiertos por las empresas.

SEXTO.- Es obligación de las empresas conceder a sus trabajadores un día de descanso en cada semana.

SEPTIMO.- Las reclamaciones de indemnización por accidente del trabajo que presenten los obreros, se encomendarán al defensor de oficio y en su defecto a la persona que designe el Ejecutivo.

OCTAVO.- Se concede acción pública para denunciar las infracciones de este decreto, que se castigarán administrativamente con multa hasta de \$500.00 oro nacional metálico o reclusión hasta de un mes.

NOVENO.- Este decreto empezará a surtir sus efectos al día siguiente de su publicación.

CONSTITUCION Y REFORMAS

“Por lo tanto mando se imprima, publique, circule y se cumpla.

“Dado en el Palacio del Poder Ejecutivo en Hermosillo, a los diez días del mes de octubre de mil novecientos dieciseis.

“El Gobernador Interino, Adolfo de la Huerta.- El Oficial Mayor de Gobierno en Funciones de Secretario General de Gobierno, Licenciado Daniel Benitez”.

Posteriormente, el 16 de julio de 1917 el Gobernador De la Huerta promulgó el Decreto No. 97, conteniendo la Ley sobre Indemnizaciones por Accidentes Sufridos en el Trabajo.

Como puede observarse, con sólo estos dos decretos el señor Adolfo de la Huerta Marcor se convierte en un precursor de esta clase de disposiciones legales tendientes a beneficiar a las clases laborantes. Sin embargo, en su informe al Congreso del Estado de Sonora, rendido por el período de Gobierno comprendido del 19 de mayo de 1916 al 18 de junio de 1917, se encuentra en la página 8, el siguiente párrafo:

“En mi deseo de conseguir la distribución equitativa de la riqueza y deseando contar con estudios del Congreso Constituyente sobre el particular, no obstante tener ya formulado el decreto respectivo, comisioné a los señores Froylán C. Manjarrez, Juan de Dios

Bojórquez y Flavio A. Bórquez, para que sometieran a la consideración de la Asamblea de Querétaro, la proposición de que los obreros de las diferentes empresas que se establecieran en nuestro país, tuvieran derecho, expresamente, consignado en la Ley, a una participación equitativa de las utilidades obtenidas por esas empresas.

“El éxito más completo coronó mi iniciativa y actualmente podemos ver en las fracciones 6a. y 9a. del Art. 123 de nuestra Carta Magna, establecido el principio de que los trabajadores deberán tener participación en las utilidades de las empresas.

“Debo hacer constar que cuando las más grandes negociaciones mineras en este Estado tuvieron noticia de la próxima publicación del decreto referente a este punto, ocurrieron en representación ante mí, solicitando se les permitiera recoger la satisfacción de hacer voluntariamente y por vía de ensayo, un reparto de aquellas utilidades que sobrepasaran del margen de la considerada por ellos suficientemente remuneradora del capital invertido, y así es como se ha visto en Sonora que la “Cananea Consolidated Cooper Co” ha distribuido entre sus trabajadores un cuarto por ciento de sus utilidades”.

Tal parece que la vida de los grandes hombres que entregan a la patria su capacidad de trabajo y su talento, es corta, como efimeros son los momentos de felicidad en el hombre. La vida política del guaymense fue breve; en poco rebasó los diez años. Pero antes de terminar su actuación como hombre público, siendo Secretario de Hacienda en una época en que peligraba nuestra soberanía por causa de la deuda exterior, la cual en 1922 no se había amortizado desde los inicios de la Revolución, fue comisionado por el Presidente Alvaro Obregón para concertar arreglos entre el Gobierno mexicano y el Comité Internacional de Banqueros, logrando suscribir los históricos Tratados-Lamont-De la Huerta. Sobre este asunto don Adolfo declara en sus Memorias que una preocupación no le permitía estar tranquilo cuando, al comienzo de las pláticas un numeroso grupo de banqueros, verdaderos talentos de las finanzas y la dialéctica, se le enfrentaba. Dice que cuando preguntó que para quienes eran los numerosos sillones que estaban a su alrededor, le respon-

dieron que estaban destinados para ser ocupados por sus consejeros en asuntos de altas finanzas, y que los genios financieros sonrieron cuando les manifestó que solamente iba acompañado de una persona.

Al final de las pláticas, en las que habían amenazado con embargar los Ferrocarriles Nacionales, resultó que nuestra deuda exterior tuvo una disminución de cerca de seiscientos millones de pesos.

Cuando el Presidente Harding se enteró de la brillante actuación del señor De la Huerta, exclamó: "I want to meet the man who defeated the wolves Wall Street on their home grounds" (Quiero conocer al hombre que derrotó a los lobos de Wall Street en su propia casa), y mandó invitarle a la Casa Blanca, a la que concurrió con el permiso del Presidente de la República. En esa ocasión el Primer Mandatario norteamericano le hizo muchas demostraciones de admiración por su talento y vehemencia en defender los intereses de México.

Don Adolfo de la Huerta, sin dejar más bienes que los pocos que heredó de sus progenitores, murió el 9 de julio de 1955, después de ser Diputado Local, Gobernador Provisional de Sonora, Senador de la República, Gobernador Constitucional de su Estado, Oficial Mayor de Gobernación, Presidente Interino de México y Secretario de Hacienda. Su nacimiento ocurrió en el Puerto de Guaymas el 26 de mayo de 1881.

El señor De la Huerta y su familia vivieron en el exilio desde noviembre de 1924 hasta el año de 1935, en los Estados Unidos. Al principio de su residencia en el extranjero, sufrieron muchas penurias y fue necesaria la ayuda económica de muchos de sus amigos, para sobrevivir. Pero poco tiempo duró esta situación, porque logró instalar una academia de canto, a la que concurrían artistas de la ópera y del cinematógrafo, de fama mundial, a mejorar sus técnicas. En ese tiempo muchos actores tenían que abandonar su carrera cinematográfica por no tener una voz adecuada a las películas parlantes, y era el señor De la Huerta quien les ayudaba a corregirla.

Cuando en 1935, el Presidente Lázaro Cárdenas llamó al País a don Adolfo, ofreciéndole ser el titular de una Secretaría de Estado, el Expresidente De la Huerta regresó a México y sólo aceptó ser Vi-

sitador General de Consulados. Y conviene aclarar que al aceptar ese puesto oficial, que económicamente ya no necesitaba, lo hizo por el deseo de volver a su querida patria y a su añorado Estado de Sonora.

**Anécdotas Familiares
del Autor:**

La Llave.

Esto que parece un cuento del medievo e influido por la superstición, es en realidad un relato verídico que aún está latente después de más de ochenta y cinco años. ¿Quiénes de nosotros no hemos sido testigos de sucesos inexplicables que el pensamiento más lúcido no puede negar que en ello hay algo que está fuera de su comprensión? Quizá algún día la parapsicología nos dé una explicación valedera que nos deje satisfechos.

Sin embargo, habrán de pasar muchas generaciones antes de que alguien explique, científicamente, un suceso que hoy como ayer, llega a los linderos del misterio, en el que mi padre participó y que, empero, nunca supo su desenlace. Hoy, todavía llena de inquietud a la quinta generación constituida por mis nietos.

Ese fenómeno parapsicológico --digámosle así-- tuvo lugar en el año 1898; lo recuerdo muy bien cuando de labios de mi padre escuché su principio y vi con mis ojos su final en la época de mi adolescencia.

Más para que las personas ajenas a este hecho comprendan bien ese suceso aún inexplicable, será menester que dentro de este relato que pretende ser coherente, se mencionen una serie de circunstancias que mediaron y que parece que propiciaron lo que sigue siendo incomprensible:

Mi abuelo, un comerciante próspero, había sido durante toda su vida un hombre vigoroso, sano de cuerpo y espíritu, descendiente de sefarditas, quien contaba con más de cuarenta años de edad cuando casó.

Sabido es que el matrimonio de un hombre de edad proveya, con experiencia, le permite imponer en su hogar una disciplina y una crianza para sus hijos de acuerdo con las mismas rígidas cos-

tumbres de su época. Ese fue el caso de mi antepasado; sus hijos recibirán su misma educación familiar.

En aquellos tiempos, los noventas del siglo pasado, nuestro Estado no tenía comunicación buena con el centro de la Nación; sólo por mar, por el Puerto de Guaymas, ya que el Ferrocarril Sud Pacífico de México comunicó con Guadalajara hasta 1927. Por tanto, no teniendo los sonorenses de ayer buenas comunicaciones con sus compatriotas del sur, los nativos de esta tierra bañada por el sol eran diferentes en sus costumbres a los de allá, ya que tenían su propia idiosincracia, sin ser, naturalmente, menos mexicanos.

Además esa falta de comunicaciones hacia el sur obligaba a los jóvenes que deseaban alcanzar altos estudios, a concurrir a colegios norteamericanos. Por ello mi padre y mis tíos, como mi abuelo, hubieron de ir al norte a estudiar.

Fué así como, encontrándose mi futuro progenitor en la ciudad de San Francisco de California, se le envió un mensaje en el que se le participaba que su padre había sufrido un inesperado ataque al corazón; más el hijo estaba en cama víctima de la fiebre causada por la pulmonía. Como las autoridades médicas recomendaron que no se entregase al enfermo ninguna mala noticia, el joven estudiante ignoró que su padre esa noche falleció al sobrevenirle un segundo ataque cardíaco.

A los dos días el enfermo de fiebre recuperó el conocimiento y lo primero que dijo a unos acongojados parientes que estaban al lado de su lecho, fue:

--¡Qué raro! desde hace dos noches he estado soñando que mi padre me dice:

“Hijo, no olvides que en uno de los bolsillos de mi saco he guardado la llave”. Ignoro a qué llave se refería --.

El abuelo fue sepultado en el cementerio viejo que estaba ubicado en los predios que ocuparon la Jefatura de Policía y ocupan la Comisión Federal de Electricidad y Salubridad, o sean las calles Nuevo León, al sur; Matamoros, al oeste; Juárez, al este y Zacatecas, al norte. El sepulcro de mi antepasado se localizaba en la esquina (de hoy) que forman las arterias Zacatecas y Matamoros. La primera de estas calles era todavía en 1945 un arroyo profundo que corría de este a oeste.

La muerte del jefe de la familia hundió en la desesperación a su esposa y a sus hijos; la viuda, como la Reina Victoria de Inglaterra

cuando perdió a su Príncipe Alberto, se refugia con su dolor en sus habitaciones y se resiste a oír hablar del mundo que la rodea; sólo quiere vivir sus recuerdos para ver nuevamente al esposo amado cuya alma, cree, la viene a consolar.

Por falta de buenos transportes en aquellos tiempos, en parte, y por su enfermedad, quien sería mi padre llegó a su hogar después de ocho días que la parca le visitó. El luto era riguroso; hasta los varones usaban camisas negras y las mujeres jóvenes y maduras, durante muchos días no salían a la calle. Aún se percibía el patético olor de las flores y la cera derretida que nos recuerda al muerto en el féretro. El joven que sería el abuelo de mis hijos, llora en silencio en aquella estancia y parece que escucha el chisporroteo de los cirios parpadeantes que a intervalos proyectan en la pared las sombras de los deudos que rezan en la capilla ardiente.

Pero todo es fruto de la imaginación, por que el muerto ya pasó a rendir su tributo a la madre tierra. Sólo quedan como flores perennes los dulces recuerdos.

Esa noche hubo una reunión familiar para hablar de los planes del futuro. Una tía propone que no se deje sola a la madre inconsolable, porque también ha enfermado de pesar; su corazón puede causarle un serio disgusto y poner en peligro su vida. Se acuerda que los muchachos no volverán a continuar sus estudios en el norte. El sacrificio es muy grande, pero el vínculo familiar en esos tiempos era sólido, nada podía destruirlo.

Esa noche también se mencionó el extravío de la llave del compartimiento de la caja fuerte donde el abuelo guardaba sus alhajas. Unánimemente se acordó no abrirlo si para ello era necesario emplear una forma violenta.

En la velada mi padre no quiso decir cómo su progenitor, en sueños, le señalaba el lugar donde guardaba la llave: pues no quiso causar mayores congojas a sus familiares.

Transcurrieron los años y vinieron nuevas primaveras como bálsamos que mitigan los dolores. En 1913, quince años después, la abuela también emprendió el viaje que no tiene retorno; iba sonriente pensando que se reuniría con su esposo: ¡Tan grande así es la fe de los creyentes! Luego el calendario esparció sus hojas con los vientos de muchos otoños; en 1929 murió mi padre y después dos de sus hermanos. Llegó 1933 y se comenzó a instar a los deudos de los sepulta-

dos en el "Cementerio Viejo" a que llevarsen los restos al "Cementerio nuevo" de la Calle Yáñez final, so riesgo de que los huesos quedasen en la fosa común y enterrados abajo de las cimentaciones de los edificios que allí se construirían.

En la reunión de familia se acordó cambiar de morada a todos nuestros antepasados, entre quienes iría el abuelo; y cuando se exhumó a éste, en un bolsillo de su saco desgarrado por el transcurrir de 35 años, apareció una llave grande, antigua y herrumbrosa.

La caja fuerte había pasado a nuestro poder, pero jamás se había abierto el compartimiento respetando lo dispuesto por la abuela; más cuando regresamos de la necrópolis después del traslado de los venerables restos, vimos que la llave encontrada en el sepulcro era la extraviada. En el lugar que nadie abrió durante tanto tiempo, estaba una carta dirigida por el abuelo a mi padre, que nunca leyó por que la parca le llevó cuatro años antes.

En la nota escrita por el progenitor de mi progenitor, declaraba a éste heredero de su leontina de oro, la cual a su vez heredaría al mayor de sus hijos.

Unas horas después del regreso del cementerio, en un nuevo consejo familiar se acordó que la prenda encontrada al lado de la carta, me pertenecía como perteneció a los primogénitos de cinco generaciones antes de la mía.

Como se asienta en otra parte de este relato, han transcurrido más de ochenta años de la fecha en que mi abuelo, en sueño, señaló a su hijo el lugar donde guardó la llave del compartimiento de la caja fuerte, que fue hallada al exhumársele, y, sin embargo, todavía ese hecho no emerge de lo inexplicable cuando ya han llegado los miembros de una quinta generación.

Ni la llave, que aún conservamos, ha podido abrir ese misterio.

Un Caballo llamado Pascual.

Muchas personas afirmamos que al ir envejeciendo la memoria gradualmente nos empieza a fallar en acontecimientos recientes, pero no en los de antaño; y esto sucede a grado tal, que nos es más

fácil recordar lo que vimos hace cuarenta o cincuenta años, que lo que contemplamos hace pocos meses. Por ello somos afectos a relatar cosas de nuestra infancia o de la juventud ¿Será también porque al recordarlos, emocionalmente volvemos a esos ayer y se nos fortifica el alma?

Mis recuerdos se remontan a la fecha que cumplí cinco años de edad, cuando al llevarme ante el fotógrafo me encapriché en retratarme con un sombrero rojo, de fieltro, y fue tal el berrinche que armé, que no hubo fuerza humana que me hiciera desistir del ridículo empeño. Hoy, la consecuencia es que la única fotografía que existe de mi primera niñez sirve para hacer reír a la gente. Aparezco en ella con los ojos llorosos, con el labio inferior caído, con la melena enmarañada y el horrible sombrero metido hasta las orejas.

Unos días después de que se tomó esa fotografía que nunca se ha podido extraviar porque doña María, mi madre, guarda como si fuese una gran cosa, mi padre compró un carro y un caballo, lo cual evidenciaba que la familia iba progresando por tener ahora medios propios de locomoción.

Con el tiempo el caballo y el carro llegaron a ser muy conocidos en Hermosillo, por ser en esa época una ciudad de solamente veinte mil habitantes; y más que todo que el animal equino se convirtió en un ser pintoresco de la localidad. En primer lugar, cuando llegó a casa ya tenía el nombre de "Pascual" y era todavía joven; tan joven que pronto se acostumbró a vivir entre cinco niños (después fuimos más) que lo mimaban.

Las casas viejas de Hermosillo tenían amplios patios y algunas también traspatios, como la nuestra, donde había una huerta. Los dueños de las fincas durante el verano dormíamos a la interperie, por lo que cada persona tenía su catre de tijeras y lona que por las noches transportaba a su lugar preferido, que siempre era donde pululaban menos mosquitos.

Como "Pascual", pasaba las noches cerca de nuestros dormitorios improvisados, el escucharlo masticar era como un arrullo. Sólo sentíamos inquietud en las ocasiones que caminaba constantemente de un lugar a otro, como si estuviese nervioso, porque entonces era seguro que esa madrugada llovería y tendríamos que irnos con catres y tendidos al corredor de la casa. Y sucedía también que según la frecuencia con que el cuadrúpedo cambiase de sitio, era la

magnitud de la tempestad, pudiendo competir en conocimientos de meteorología con los expertos de la Marina Británica, cuando ésta era la reina de los mares.

Era costumbre de papá ir por las tardes al Mercado Municipal “José María Pino Suárez” a tomar café y charlar con los amigos, mientras carro y caballo permanecían esperándole en la Calle Campeche (hoy, Plutarco Elías Calles). Y a veces sucedía que su dueño se encontraba con viejos compañeros de la juventud, quienes le invitaban a tomar “un bacanora muy bueno que tengo en mi casa”, y para no tener parado inútilmente fuera del Mercado al carro, colocaba en cierta forma la rienda y de inmediato el caballo halando el vehículo emprendía el regreso al hogar, sin cochero, por la Calle Guerrero, atravesando la Monterrey, la Morelia, la Jalapa (ahora, Dr. Noriega), la Yucatán (actualmente, Norberto Aguirre Palancares), la Sonora, la Oaxaca y al llegar a la Sinaloa (hoy se llama Niños Héroes) viraba a la izquierda hasta llegar al portón de nuestra casa, donde “Pascual” empujaba suavemente con los belfos como queriendo tocar, hasta que alguien franqueaba la entrada al patio por el pasillo y el corredor, donde mamá lo desuncía y le daba agua y pienso.

Los residentes de la Calle Guerrero y los de nuestra calle, cada vez que veían venir al carro y al caballo solos, sabían que esa misma tarde mi padre transitaría por el mismo camino en un carruaje de alquiler, acompañado de varios amigos y una orquesta, rumbo a su hogar donde improvisaría una fiesta con sus compadres, amigos y vecinos.

Por la Calle Oaxaca, muy cerca de la Calle Guerrero, vivían unas primas de papá, Angelita y Felicitas Escobosa, quienes cada vez que veían pasar el carro sin su guía, exclamaban: “¡Qué malo está éso!” y después de pensarlo un rato se ponían sus mejores trajes y se presentaban para asistir a una fiesta donde el anfitrión echaba la casa por la ventana. Y claro que mientras los invitados, los parientes y los gorriones aprovechaban muy bien el tiempo comiendo y bebiendo como si aquéllo fuese una boda, la señora de la casa andaba con la espada desenvainada, como un toro con las banderillas clavadas... ¡Como mujer que ve a su marido que se está divirtiendo mucho!. Esto no lo pude comprender hasta que fui hombre casado y me tocó ponerle los cascabeles al gato.

Cuando la fiesta estaba en su apogeo llegaban las parientas An-

gelita y Felicitas, con sus ciento y pico de años de edad entre ambas solteronas, muy emperifolladas al estilo de cuarenta años atrás, con flores y plumas en los sombreros, exclamando al ver a su primo muy alegre ordenando a los músicos tocar El Adolorido y Mi Viejo Amor: “¡Qué malo está esto!”; sin embargo enseguida se manifestaban muy insinuantes en busca de un tipo abnegado que las invitase a bailar una polka o un chotis, cosa que sucedía hasta que dos o tres de los presentes, invitados o paracaidistas, ignoraban lo que andaban haciendo.

Como cada vez que eso sucedía todos olvidábamos a “Pascual”, él por su propia cuenta se acercaba al lugar donde todo mundo estaba alegre (excepto la ama de la casa) y allí nunca faltaba un chistoso que le diese de beber cerveza hasta ponerlo pando.

Al día siguiente parecía que la casa había sido asaltada por los apaches y no se oía más voz que la de doña María rezongando. Entonces mi papá, soportando las heridas con estoicismo, sigilosamente uncía el caballo al carro y emprendía el camino a la casa del tío David, quien vivía por la Calle Morelia. Y volvía a suceder que sus primas al ver pasar al conductor y a “Pascual” con evidentes muestras de ir sufriendo malestares, decían:

--¡Qué malo está eso!

Eran pocos los domingos que la familia Escobosa no salía a un día de campo, a lugares tan distantes como El Ranchito, La Regional o la Loma del Cuti, y hubo veces que nos aventuramos hasta La Manga (donde hoy está el Aeropuerto General Ignacio Pesqueira).

Nuestros padres eran personas previsoras y cada vez que hacíamos viajes de diez kilómetros de distancia, llevábamos una canasta de mimbres llena de empanaditas, tortillas de manteca de res, carne de pollo cocida, frijoles y un frasco con jalea de pitahaya, además de mucha agua para los humanos y el alazán, que también gozaba en esos paseos y ello quedaba claro cuando por angas o por mangas no salíamos un fin de semana; entonces el noble bruto se ponía en huelga de hambre y nos obligaba a “chilipiarlo” y a rogarle que se engullera la alfalfa.

Recuerdo que un domingo, después de desayunar salió toda la Escobosada a pasar el día en la hacienda del señor Muñoz, en El Ranchito, no muy lejos del Puente de Fierro, en donde nuestro ca-

ballo fue desuncido para dejarlo en libertad de retozar con sus congéneres en un potrero; pero no logramos que se divirtiera en esa forma porque "Pascual" despreció a los animales de su propia raza prefiriendo permanecer cerca de la gente. Por esa manifestación y otras análogas, quedamos convencidos de que "Pascual" se consideraba miembro de la raza humana. Por la tarde emprendimos el regreso, cansados pero muy contentos.

Al día siguiente, lo primero que hicimos después de levantarnos muy temprano, fue ir a ver al cuadrúpedo para darle unos cubitos de azúcar como siempre lo hacíamos, y grande fue la sorpresa al encontrarlo tendido y repirando con dificultad. Inmediatamente dimos la voz de alarma y toda la familia acudió al traspatio, acordándose traer a uno de los veterinarios del Cuartel del Catorce, quien después de auscultar al noble bruto recetó, naturalmente, un tratamiento para caballo (como solemos decir cuando consideramos que una recomendación médica es ruda), pero que resultó muy eficaz. Evidentemente no fue fácil hacer el bitoque de carrizo, conseguir un tramo de manguera y hacer el depósito de agua con una cubeta agujereada por el centro. Y más que todo, no fue fácil aplicarle la lavativa sin herir su dignidad delante de los vecinos que se presentaron a inquirir por su salud.

Después de la pena de verse con los efectos de la lavativa, "Pascual" comenzó a sentirse muy importante al ser el anfitrión de más de treinta personas que llegaron a visitarlo, entre quienes había nombres que se les anteponía el Don por su respetabilidad e importancia financiera.

En 1925 el caballo de los Escobosa dejó de tener la obligación de halar el carro, en virtud de que papá compró un automóvil Ford Modelo "T". Por cierto, las parientas solteras exclamaron a dúo al ver que el nuevo automovilista, inexperto, paraba el vehículo sobre la acera:

--¡Qué malo está eso!.

El vehículo de tracción animal fue vendido a los propietarios de la Mina Santa Teresa y el pago se hizo con acciones de la misma a nombre mío, por ser el mayor de los varones. Con esto fui accionista de una empresa minera a una edad muy tierna; y cuando crecí y pude velar por mis propios intereses, me di cuenta que la compañía había quebrado; por ello, recordando a Felicitas y Angelita, dije pa-

ra mis adentros:

--¡Qué malo está eso!

Con lo que respecta al caballo, a partir de esa fecha se le consideró un miembro más de la familia y tuvo mayores facilidades para disfrutar más de la vida. En una ocasión un vecino trató de comprarnos una parte del traspatio, pero se le hizo ver que mientras viviese "Pascual" no habria ninguna transacción; el presunto comprador prometió que esperaria hasta la muerte de "Pascual", sólo que aquél falleció primero.

Ya sin tener ningún empleo, pero viviendo de sus rentas como cualquier burgués de costumbres refinadas, el corcel recibia tres veces por semana la visita de un caballero que lo bañaba, lo peinaba, arreglaba la crin y revisaba sus dientes; además le hizo de montura y le enseñó a bailar y a caminar con gracia. En la Curva del Ferrocarril (lugar que hoy llaman La Pera) distante unos cuantos metros de nuestra casa, era donde el animal equino lucía sus habilidades y siempre tuvo suficiente público como para que trascendiera su prestigio. Ahora pienso que cómo me gustaria que las personas que lean este relato, le hubieran visto; realmente era hermoso al caminar con la altivez de un pisaflores de la realeza de los Luises de Francia, sólo que éste, nuestro caballo, lo hacia en su calidad de actor para divertir a sus amigos y gozar él mismo ¿Saben ustedes que estos cuadrúpedos son muy sensibles, que sienten tristeza y alegría como cualquier individuo de los llamados racionales, y que también como éstos, son vanidosos?

Desgraciadamente los animales inteligentes, como los seres humanos, envejecen fisica y mentalmente. El caballo de los Escobosa no podia ser la excepción y llegó el momento que dejó de lucir sus habilidades por causa de... ¿las reumas?. substituyéndose la asistencia de su maestro por la de un veterinario militar. También se hizo caprichudo y no comia si no se dejaba abierta la puerta del traspatio para acercarse al corredor y recibir las caricias de quienes consideraba sus hermanos; ni permitia ser bañado por persona alguna que no perteneciera a la familia.

Una tarde, la recordamos muy bien, después de que abrimos la puerta del traspatio abandonó su cobertizo y permaneció cerca del corredor toda la noche, estando solamente a pocos metros del lugar de la velada familiar. En esa ocasión no nos dimos cuenta creyendo

que era una chochera más del anciano cuadrúpedo; pero era la forma de despedirse de sus hermanos, porque al amanecer dejó de existir, murió de vejez.

Al día siguiente nuestra madre mandó excavar un hoyo grande, de un metro y medio de profundidad, y allí lo sepultamos estando presentes los sobrevivientes de la familia. En silencio vimos cómo le echaban paladas de tierra encima; sentíamos un nudo en la garganta, pero ninguno emitió un sollozo por que nuestras almas en edad todavía tiernas, habían sido templadas por el dolor: en un lapso de dos años habían fallecido nuestro amado padre y Victor Manuel, nuestro querido hermano.

Sin embargo, habría de pasar mucho tiempo, quizá años, para que dejáramos de oír en sueños los relinchos de "Pascual" y el ruido de sus cascos al caminar de un lugar a otro, inquieto, anunciando que habría vientos y lluvias.

La Familia Escobosa ya tiene Automóvil

Los recuerdos de los días felices de la infancia, perduran hasta los últimos instantes de nuestra vida. Seguramente las épocas tristes de aquel tiempo, también son imborrables. ¿Quién, siendo ya anciano, no recuerda la ternura de sus padres y no siente nostalgia por los días que no volverán más?. Quizá no cualquier tiempo pasado fue mejor, pero no por ello lo sacamos del arcón de los recuerdos.

Por eso esta tarde lluviosa, encontrándome solo en la estancia que ocupo para escribir y que la familia denomina "El Gabinete", mis recuerdos fluyen como si estuviese viendo en una pantalla de cinematógrafo toda mi infancia. Alguien dijo que la soledad es amiga del pensamiento; por eso veo en mente a mi padre llevándome de la mano ante la presencia de la señora Concepción Larrea de Soria, para matricularme en el Primer Año de su escuela. En ese tiempo la Profesora Conchita era una joven señora, bajita de estatura y con una energía de gigante; en su aspecto se notaba su capacidad de trabajo y el amor a su profesión. Así opinó mi padre.

Veo también a mi hermana Gloria, quien concurría a un plantel de educación Primaria que estaba ubicado en la Calle Sinaloa (Ni-

ños Héroes) haciendo esquina con la Calle de la Moneda (Av. Rosales), donde actualmente está la Placita del Centenario. No recuerdo el nombre oficial de la escuelita, sólo sé que se la conocía como "Escuela del Peloncito" por estar en los linderos del barrio de ese nombre.

En el extremo oriente de la misma cuadra de la escuela, don Simón Morúa tenía una tienda muy bien surtida, cuyos clientes eran los rancheros de la Costa y del Río Sonora. Por fuera del establecimiento siempre había carros grandes y pequeños, de tracción animal, que luego salían cargados de harina, frijol, azúcar, etc.

Por ese tiempo, 1925, don Vicente Contreras señor, padre de Vicente (Jr.), quien posteriormente fue Tesorero General del Estado, compró un Ford Modelo "T" que causó sensación en el barrio; la familia Contreras vivía en una casa ubicada en las calles Sinaloa y Guerrero, siendo dueña de toda la manzana donde hoy está la Gasolinera Contreras. Nosotros los Escobosa vivíamos en la Calle Sinaloa (Niños Héroes) No. 89 a una distancia, al poniente, de media cuadra de los Contreras.

El medio de locomoción de mi padre en esas fechas, era un carrito de cuatro ruedas tirado por "Pascual", un caballo joven, muy inteligente, que cuando se le dejaba la rienda suelta se iba de cualquier parte de la Ciudad, solo, hasta la casa. Y cada vez que mi progenitor se ponía a jugar baraja y a echar la copa en la residencia del tío David Escobosa ubicada en la Calle Morelia, entre Guerrero y Matamoros, dejaba que caballo y carrito regresaran al hogar. Era entonces cuando la tía Angelita exclamaba: "¡Qué malo está éso!", porque estaba segura de que esa tarde llegaría su primo con su hermano y varios amigos acompañados de una orquesta, a cenar y a escuchar La Borrachita, Mi Viejo Amor, ¿Dónde estás, Corazón?, El Novillo Despuntado, Adiós Mariquita Linda y otras piezas que estaban de moda.

Además de los Contreras, en nuestro barrio también compraron automóviles el Licenciado don Fernando Girón y don Angel Nájera; éste último era todavía un apuesto joven de veinticinco o veintiseis años de edad oriundo del sur del Estado. Entonces sucedió que don José María Escobosa, Pepe para sus amigos, en actitud de tomar una gran decisión que cambiaría el curso de la historia, se dijo: "¡Nosotros también tendremos nuestra máquina!", como se llamaba

a los automóviles.

El distribuidor de los Ford era el señor Manuel I. Loaiza. Y como un señor amigo de la familia afirmó una vez que en la ciudad de Hermosilo había la fabulosa cantidad de doscientas máquinas, mi papá compró el automóvil número doscientos uno.

Después de que don José María compró el Ford, hubo la necesidad de enseñarle a conducirlo, lo cual no fue fácil porque él consideraba que en vez de volante las máquinas debían tener un par de riendas. Además consideraba muy difícil el tener que usar simultáneamente un acelerador manual, tres pedales y una rueda de la dirección, como tenían los clásicos Ford; y a voz en cuello declaraba que aquéllo era una monserga.

Sin embargo, cuando el hombre se propone, Dios dispone y el diablo no descompone, aprende lo que ha de aprender, y un día mi padre llegó a casa conduciendo su automóvil y haciendo un ruido espantoso con el claxon, gritándonos sin apearse del vehículo:

--Alistense porque mañana iremos todos a un largo viaje. Esta noche deberán acostarse temprano.

Y mi hermana Gloria, al ver a nuestro padre, comenzó a brincar y a gritar:

--¡Ese es mi papá! ¡Ese es mi papá!....

Entonces Jesús, el menor de los tres mayores, pretendió también gritar de júbilo, señalando con su índice hacia el Ford "T"; pero como vio que nuestra madre dio un coscorrón a su hermana, optó por callarse. Mientras tanto yo sufría un breve ataque de risa y tuve la suerte de que no me dieran también mi ración de sopapos, pues como se me consideraba el niño retrasado de la familia, disfrutaba de algunos privilegios que Gloria y Jesús envidiaban.

Fue tanta la algarabía que provocó nuestro padre y sus hijos, que todos los vecinos salieron a la acera a ver qué acontecía a la familia Escobosa, que siempre se le había considerado como muy perturbadora. Y cuando el conductor puso nuevamente en marcha el automóvil, algunos residentes del barrio se persignaron temerosos, quizá, de que sus propiedades resultaran con estropicios.

Al día siguiente, exactamente a las seis horas, los cinco hermanos que ya habíamos llegado al mundo estábamos sentados en el Ford Modelo "T", listos a emprender un largo viaje que culminaría en La Manga, donde hoy está el aeropuerto internacional, para que

vieran los compadres que residían allá, que la familia Escobosa se había incorporado a la era de la mecanización.

Salimos a las seis y quince minutos, es decir, con un cuarto de hora de retraso, porque los dos más pequeños al amanecer tenían la tripa suelta del alborozo del día anterior, y hubo que cambiarles los pañales y prepararles las botellas de leche con sus mamaderas.

Al principio del viaje hubo un pequeño motín entre mis dos hermanos que formaban conmigo el trío de los mayores, porque pretendían ir en el asiento delantero; pero ello no era posible; allí sólo había lugar para nuestros padres y sus dos hijos menores. Papá alabó mi conducta porque yo desde el principio me acomodé en el asiento trasero, sin hacer ningún ruido.

El que yo prefiriera viajar en el asiento posterior, se debía a dos razones: Por ser el más tonto de la familia y porque pensé que si me sentaba en el asiento delantero, me obligarían a llevar encima a uno de los hermanitos diarreicos que, por cierto, no oían a agua de Colonia.

En esa época todavía el camino de salida hacia La Manga pasaba por los barrios de El Peloncito, El Vapor y San Benito; y por allí emprendimos el viaje.

Como el flamante Ford iba echando vapor por arriba y por abajo del motor, hubimos de hacer escala en El Llano, donde salió todo el vecindario a ver qué causaba los ladridos de todos los perros del lugar y de alguno que otro coyote traidor criado como animal doméstico.

Continuamos la marcha con el ¡Jesús! en la boca; el automóvil frecuentemente se salía de la rodada de las carretas y estábamos a punto de chocar contra los mezquites y los pitahayos, que en forma casi milagrosa eludía el conductor. Mas no pudo evitar que fuésemos a dar a un arroyo donde el Modelo "T" se empecinó en no salir. Parecía temer a correr peor suerte si mi padre continuaba al volante. Y para colmo, el carburador se saturó de gasolina y el acumulador terminó completamente descargado por tanto insistir en hacer funcionar el motor.

El conductor se apeó del automóvil, se paró frente a éste notándose en su rostro la ira, e iba a pronunciar una interjección mexicana de grueso calibre, cuando al ver a sus cinco hijos y a su mujer prefirió cubrirse la boca con la mano izquierda mientras con la de-

recha daba un tremendo puñetazo a la cubierta del motor, que quedó abollada. Nuestro progenitor era un hombrón que hizo sacudir el automóvil con todo y pasajeros.

Lo que para el jefe de la familia eran grandes dificultades, para sus hijos constituían una aventura digna de vivirse.

Mientras nuestra madre se instalaba con los dos menores bajo un mezquite, su marido cruzando huertas, a pie, se dirigía a la Quinta Amalia.

A las dos horas llegó a donde estábamos, un automóvil Dodge, negro, conducido por el joven Juan Pavlovich Rivera, con nuestro padre, una canasta llena de comida y un frasco de agua. A mi papá se le veía muy preocupado pensando que habíamos padecido sed y miedo. Sin embargo hoy afirmamos los tres hermanos mayores, que fueron las dos horas más felices de nuestra vida.

Cuatro años después, papá emprendió el viaje que no tiene regreso, y hubieron de pasar muchos, muchos años para que yo dejase de ver en mis sueños su rostro bondadoso y de oír su voz de hombre robusto. Cuando me convertí en persona adulta pedí a mi madre una leontina y un reloj que fueron de él, que hoy conservo como una de las más preciadas reliquias. Y estoy seguro de que cuando se acerque el día de mi muerte, en la inconsciencia que precede a la marcha final volveré a ver su rostro y a oír su voz. Entonces deseare que mis hijos guarden de mi un recuerdo tierno como el que siempre tuve para aquel ser tan amado.

Papa tiene una Pierna Artificial.

He leído que los sicólogos afirman que los dramas que sienten en carne propia los niños, suelen ser imborrables al igual que las grandes satisfacciones que llegaron a su puerta. ¿Quién no recuerda su primer triciclo o su primera bicicleta? ¿Acaso hemos olvidado un día de nuestra infancia, cuando la situación económica de la familia mejoró y papá compró una casa mejor? ¡O cuando nuestro amado padre compró su primer automóvil y nos llevó a pasear por aquellas calles llenas de baches, en esos tiempos que no había pavimento!.

Las personas que ya peinamos canas desde hace varios lustros, tuvimos una infancia muy diferente a los hombrecitos y mujercitas que hoy concurren a la Primaria, por muchos motivos. Mientras que nosotros tuvimos que sufrir las consecuencias de una prolongada guerra fratricida, desarrollándonos en un medio donde lo que más abundaba era la pobreza, los niños de hoy disfrutan del desarrollo que ha alcanzado el país. En tanto que los padres de éstos tuvieron la oportunidad de concurrir a universidades o a planteles de preparación subprofesional, los nuestros eran autodidactos y por ello tenían otro sentido de la vida; eran más sencillos, más sinceros y... ¡Por qué no decirlo! Más buenos porque no se buscaban complicaciones. Ellos no se afanaban por poseer una mejor casa, mejores muebles y mejor automóvil que su colega o su compadre, sólo para presumir de hombres prósperos aunque las deudas les estuviesen apretando el cuello.

Naturalmente que los progenitores de mi generación y de las anteriores, deseaban y luchaban por dar a sus familias mejores medios de vida, pero temblaban de temor si tenían que contraer deudas, dado que la probidad era un requisito para ser bienquisto dentro del núcleo social. Los padres de varias generaciones atrás, por la poca estabilidad económica que existía, siempre estaban temerosos de no poder pagar a tiempo cualquier deuda que tuvieran.

Hoy, en eso de no poder liquidar a su vencimiento un crédito, es diferente; se renuevan los documentos o se buscan por otro lado los préstamos que permitan hacer un hoyo para tapar otro, aunque este-mos viviendo con lo que ganaremos dentro de dos años.

También sucedía en la lejana época de mi infancia, que como los padres tenían muy pocos compromisos sociales, eran más hogareños y por tanto dedicaban más tiempo a sus hijos. Y era cosa común y corriente que las madres llevaran de la mano a sus crios de primaria y que a la hora de comer estuviesen todos a la mesa, lo mismo en el desayuno que en la comida y la cena.

Por tal motivo me atrevo a decir que en los tiempos de mi niñez se amaba más a los padres. Recuerdo que mi hermana Gloria decía a sus amigas: "Cuando me case, mi esposo será un hombre como mi papá", y yo me sentía orgulloso al escucharla puesto que al darse cuenta de que nuestro padre era un hombre perfecto ella demostraba ser una niña inteligente, a quien desde su primer año de primaria

en la que llamábamos “Escuela del Peloncito” la estaban instruyendo para ser una mujer apta en la lucha por la vida.

Nunca supe cómo se llamaba correctamente la “Escuela del Peloncito”, la cual estaba ubicada en la Calle Sinaloa haciendo esquina con la Calle de la Moneda (hoy Niños Héroes y Av. Rosales), donde principiaba el Barrio del Peloncito, uno de los muchos caseríos que tenía nuestra Ciudad de Hermosillo y que desapareció al construirse el edificio principal de la Universidad de Sonora.

Poco antes de que yo naciera mi padre se independizó en el sentido de que dejó de ser empleado de una casa comercial, para dedicarse a trabajar por su propia cuenta, estimulado por mi madre que siempre ha demostrado una gran vocación para los negocios. Y fue cuando llegué a los cinco años de edad que la familia empezó a prosperar a ojos vista. El desahogo económico se debía a que la transportación y venta de naranja de Hermosillo en el sur del Estado y en el norte de Sinaloa, producía buenas utilidades; un vagón de esa sabrosa fruta salía cada semana que vendían al por mayor y al por menor mis progenitores. Mientras papá entregaba a sus clientes de Sonora un carro del ferrocarril repleto de fruta, mamá hacía lo mismo en Los Mochis, Sinaloa.

Este tipo de negocio que hacía nuestro padre le obligaba a viajar continuamente de la Capital de Sonora a aquella ciudad sinaloense; pero nunca iba solo; llevaba consigo a uno de sus hijos mayores, a Gloria, o a mí, que no llegaba a los seis años.

Durante las épocas que no había producción de naranja, toda la familia se radicaba en Hermosillo, nuestra tierra natal, y por los continuos viajes con frecuencia exclamábamos: “Parecemos cirqueros”. Y era en esas épocas que nuestros padres disfrutaban de un merecido descanso y nosotros concurríamos a la escuela. Esto sucedió durante algunos años, hasta que optó papá por aprovechar ese lapso de inactividad para comprar en la región del Río Yaqui grandes cantidades de garbanzo que se enviaba a España. Entonces sucedía que cada año permanecíamos en Hermosillo un par de meses y el resto del tiempo en Esperanza, R. Y. y en Los Mochis.

La primera infancia de los muchachos Escobosa fue un continuo viajar, cosa que en aquel tiempo no era frecuente en muchas familias. Y ello hubiese sucedido por muchos años si nuestro padre no sufre un accidente que al tiempo le produjo un tumor en un pie. En-

tonces ocurrió que a la permanencia en Los Mochis, Esperanza y Hermosillo, tuviéramos que añadir a Nogales, Arizona, o a Los Angeles, California, para atender su salud y sufrir una intervención quirúrgica, que no solamente afectaba la salud física del enfermo, sino que también toda la familia padecía inseguridad y penas morales y ya no pudimos concurrir a la escuela; el jefe del hogar quería que permaneciéramos juntos en ese continuo ir y venir ¿Sería una premonición de que el final de su vida se acercaba?

Fue en el año 1928 cuando mi padre fue informado por los médicos de Los Angeles, que padecía cáncer. Y no obstante que entre padre y madre se guardó celosamente el secreto, la noticia se filtró y los hijos lo supimos la noche que Gloria despertó llorando en medio de una terrible pesadilla en que se reflejaba su estado de ánimo, pues ella escuchó cuando el patólogo señaló que había que tomar medidas muy radicales porque la vida del paciente estaba en inminente peligro.

Aunque han transcurrido más de cincuenta años, recuerdo nitidamente aquellos sucesos que derrumbaron un castillo de inmensa felicidad, inmensa felicidad que nunca se nos había ocurrido considerar como un regalo del Gran Hacedor, sino como el cotidiano transcurrir de una familia normal.

Aún así, los Escobosa continuamos siendo en el trayecto de Hermosillo a Los Mochis, Sinaloa, los naranjeros (quienes nos conocían en esa actividad así nos llamaban), pero hubo que suprimir la compra de garbanzo para aprovechar ese tiempo en permanecer en Estados Unidos, donde nuestro padre sufría año por año una intervención quirúrgica.

Cuando sucedió el cuartelazo de 1929 estábamos en Los Mochis, pues a pesar de todo papá y mamá continuaron trabajando, aunque no había noche que no escuchásemos administrar al enfermo los medicamentos que mitigaban el dolor. Yo llegué a temer a las horas en que todo el mundo duerme, porque escuchaba los ayes apagados del paciente. Estoy seguro de que los otros muchachos pasaban lo que yo; pero nunca nos comunicamos nuestros sentimientos.

Después de que terminó la cosecha de ese año, hubimos de trasladarnos en forma violenta a Los Angeles, pues el Doctor Tamaki, un médico japonés de mucho prestigio en Sinaloa, así lo recomendó.

La ciudad californiana en la que nos radicamos temporalmente.

era una metrópoli que apenas rebasaba los quinientos mil habitantes; con hermosa playas cercanas, un clima agradable y gente muy simpática; pero mientras nosotros pasábamos por aquel trago amargo, no encontrábamos sentido a todas esas cosas que allí podían hacer felices a otras personas; el secreto tan sabido que pretendíamos ocultar, pesaba mucho sobre el ánimo de todos.

Sin embargo, los niños tienen un corazón y una mente diferente a las personas grandes, porque aquéllos encuentran tiempo para divertirse en sus juegos infantiles y horas para meditar sobre las cosas dolorosas; pero aún así, y por más que el señor Searcy, un viejo amigo de papá, mitad sonoreNSE y mitad sajón, nos llevaba en su antiguo Ford por los lugares más hermosos de la ciudad angelina, no podíamos disfrutarlo del todo.

Un día que por tercera vez en tres años intervinieron quirúrgicamente a nuestro padre, mamá no quiso que fuésemos al hospital y durante muchas horas permanecimos en casa, silenciosos y compungidos mientras ella esperaba que sacaran al paciente del quirófano. Y así fue en la tarde que el señor Searcy vino por nosotros para llevarnos al nosocomio, después de que a papá se le instaló en el cuarto que ocuparía hasta la siguiente semana.

A pesar de que el enfermo todavía no salía totalmente de los efectos del cloroformo, procuró no demostrar ninguna molestia al vernos. Todos le abrazamos cuidadosamente, temerosos de lastimar su herida. Y así le visitábamos todos los días hasta que fue dado de alta.

El día en que mi padre salió del hospital, yo todavía era un niño que apenas asomaba a la adolescencia: Hacia poco había cumplido doce años, y aunque es la edad en que se empieza a conocer la vida, había muchas cosas que no comprendía y por ello me preguntaba: “¿Por qué mi papá tiene que sufrir tanto, si es tan bueno?” Después pretendía constituirme en juez del mundo, abrumado por la desesperación, exclamando: “¿Hay por allí tantos hombres malos reflejando en sus rostros la felicidad! ¿Por qué suceden estas injusticias?”.

Esa mañana todo era alborozo, algo parecido a un día de fiesta.

El tener a nuestro padre nuevamente en casa era algo grandioso y pensaba: “Nunca, antes, me di cuenta de lo importante que era tenerle en el seno del hogar; hasta hoy me he dado cuenta de que no sabíamos disfrutar plenamente su presencia”.

Nuestra madre no nos permitió acompañarla al hospital, sino que nos ordenó con ese tono autoritario que emplean las mamás cuando están nerviosas, que nos quedáramos a esperar a el jefe del hogar y que nos pusiésemos la mejor indumentaria, como si fuera la espera de un gran personaje... ¡Y claro que él era un gran personaje!

Por éso se nos hicieron largas las horas que estuvimos esperando su regreso. En ese tiempo, aun cuando estábamos en un país que tiene muchos automóviles, no había tantos como ahora; sobre todo en la zona residencial donde se ubicaba nuestra casa.

Como en el frente de la residencia había un jardín con arbustos, todos, los siete, nos apostamos en una ventana de la planta alta para ver mejor la llegada del Ford Mod. "T" del Sr. Searcy, nuestro buen samaritano. Quien más atisbaba era yo por que mi hermana Gloria tenía que atender al hermano más pequeño y al siguiente, a quienes a base de nalgadas les obligaba a hacer menos travesuras. Los parientes más cercanos aseguraban que la hermana mayor tenía mano de hierro para eso de pegar sobre las posaderas de sus hermanos, y no los contradecamos porque cada uno de nosotros pasó por su época de recibir la prueba de su energía. En muchas ocasiones escuché que el tío David exclamaba: "Esta Gloria, mi sobrina, cuando crezca tendrá madera de general de división... ¡Lástima que es mujer!" (Desgraciadamente ese pariente cercano no tuvo vida suficiente para ver a mi hermana como una mujer hecha y derecha, para darse cuenta de que como esposa fue tierna y dulce con don Roberto Romero, y que todavía después de muchos años de fallecido él continúa venerando su memoria).

Por fin paró frente al hogar provisional de los Escobosa al automóvil del señor Searcy y observamos que papá sacó sobre la puerta las muletas, cosa que no nos extrañó porque desde hacia tres años las usaba, pero cuando vimos que salió él con una sola pierna y un muñón, solamente pudimos emitir un grito ahogado de angustia. Los cuatro hermanos mayores empezamos a llorar y sólo callamos al escuchar que la puerta de entrada se cerraba después de entrar nuestros padres. Y allí permanecimos, sin resolvernos a bajar a saludar a papá; sólo al escuchar que nos llamaba, bajamos y le abrazamos con efusión. Afortunadamente él pensó que nuestro llanto se debía al júbilo de verle de regreso, porque las mujeres y los infantes

lloran de alegría.

Los días fueron pasando y nuestro convaleciente comenzó a recuperar su aspecto normal; a las dos semanas desapareció la palidez y tuvo ánimos de salir con el señor Searcy. Durante un mes salieron ambos en el Ford Modelo "T" a diario, regresando poco antes de la hora de la cena. Nosotros no dejamos de extrañarnos de que no nos invitara a acompañarle, pues suponíamos que iban a pasear por los lugares aledaños a la ciudad, de fama mundial por su belleza; sin embargo, por otro lado, era estimulante verle regresar por las tardes, sonriente y haciéndonos reír con su proverbial ingenio que tantos amigos le había proporcionado.

De todas maneras las salidas misteriosas del jefe de la familia nos intrigaban y cada vez que preguntábamos a mamá, ella siempre respondía: "Los niños no deben ser curiosos; esperen saberlo a su tiempo", picándonos con esto más la curiosidad.

Las salidas misteriosas se sucedieron hasta el día en que nuestra madre, al través de la pequeña Gloria, nos ordenó que esa tarde permaneciéramos en casa hasta el regreso de papá, so pena de que cualquier desobediencia sería motivo de recibir unos buenos manazos en salva sea la parte, el lugar preferido para sus acciones punitivas.

Poco antes de las cinco paró en la acera el automóvil y de éste salieron mi padre, su amigo y mamá... y ¡Oh, sorpresa! Nuestro progenitor caminaba por la vereda del jardín, rengueando un poco, pero con dos piernas. La sirvienta que llevaba con nosotros un mes en ese importantísimo empleo, de nacionalidad dominicana y de origen africano, exclamó con su voz gutural: "Quechú, María y Coché, qué ven mis ojos!" Jesús, el tercero en derechos sobre el trono de México, salió corriendo a su encuentro y si no sucede que el señor Searcy le ayuda, don José María Escobosa cae por tierra como cualquier hijo de vecinos que pierde el equilibrio, con todo y su pierna artificial.

Después comentaríamos durante muchos días, que ya teníamos un papá completo con sus dos piernas, aunque una fuese insensible a los piquetes de los mosquitos.

Esa época de mi niñez en que el destino puso a prueba nuestros sentimientos y fe en el porvenir, la recuerdo vividamente, y aunque el mal persistió porque la amputación se había hecho tardía y papá

cerró sus ojos para siempre, supimos sobreponernos a la adversidad y salir adelante al lado de una madre valiente y laboriosa que nos conservó unidos hasta hoy.

Nuestra madre aún vive y es una dama que desde hace varios años pasó de los ochenta, pero todavía continúa siendo uno de los miembros más importantes de una familia que abarca a cuatro generaciones.

La Visita que no tocó la Puerta.

Cuando llegué a casa había una gran algarabía; no tuve el recibimiento acostumbrado de mis hijos, ni de mi esposa, ni de mi madre. Todos estaban risueños y me vieron como si yo fuese un desconocido. Dos o tres veces hube de preguntar a qué se debía aquéllo, hasta que el menor de mis muchachos me dijo: “Ya llegó el bebé”. Y luego añadió, sonriendo maliciosamente: “Entró sin tocar la puerta”.

Enseguida fui a verle y le encontré acostado, rodeado por toda la familia. Me miró con sus ojos claros y sentí un nudo en la garganta. Hube de salir a prisa para que no notasen mi estado de ánimo.

Toda esa tarde continuó el alborozo en la casa y aún los vecinos vinieron a conocer al visitante que no tocó la puerta.

Esa primera noche con el nuevo huésped, no pude dormir; no tanto por que él despertase continuamente extrañando su lecho, sino porque pasé el tiempo meditando sobre las circunstancias que le llevaron a nuestro hogar.

Los dos primeros días no le volví a ver; su presencia me hacía recordar cosas dolorosas que sólo esas fuerzas desconocidas que mi pensamiento agnóstico no puede explicar, podrían hacer volver todo a como fue.

“Debes tener fe”, me decían en cada momento los compañeros de labores, como gota que cae intermitentemente. “Todo saldrá bien; confía en Dios”, me decía mi esposa, revestida de esa piedad que poseen todas las mujeres hogareñas.

Pero sé que todos veían en aquéllo un desenlace fatal a corto plazo, que borraría de mi rostro por mucho tiempo las expresiones de

alegría. Empero, la piedad es inmensa en las almas buenas, y el mundo que me rodea pronunciaba frases optimistas que perdían su efecto frente a la realidad.

Una tarde mi esposa, me dijo: "No le has vuelto a ver. Ve a verle ¡Está tan lindo!" Le fui a ver, pero con el temor de que se asomase a mi mente toda la tragedia que veíamos en el porvenir.

Estaba en su cunita, jugando con el biberón, satisfecho, risueño y feliz como un niño de seis meses que disfruta de amor y cuidados, que ignora en toda su magnitud la parte de la vida que es dolorosa para hacernos apreciar las horas de dicha.

Allí caí rendido; le abracé y le besé, olvidando mi egoísmo al temer amar a un pequeño hijo de mi hija; temor que era por tener que perderle después si las influencias del destino volvían la tranquilidad a dos hogares; y también por si aquel bebé habría de formar parte de los moradores de nuestra casa, porque ello significaría una pena muy grande para dos personas que llegan a la senectud.

Nuestra hija mayor se encontraba en un hospital de los Estados Unidos, padeciendo un mal difícil de curar. Su madre, su esposo y yo, habíamos determinado la conveniencia de que buscara la salud perdida en el país vecino.

La ausencia de nuestra hija, en circunstancias tan penosas, fue doblemente dolorosa para sus padres, sus hermanos y sus hijos. Parecía como que un monstruo de dientes como dagas y garras terribles tratase de destruirnos. Fuego devastador de lenguas llamas nos amenazaba por doquier. Rayos destructores nos enviaba el destino. Una borrasca sobre un mar embravecido hacía naufragar nuestra barca.

En mis noches de pesadillas las angustias se trocaban en bestias salvajes y furias de los elementos. ¡Qué triste y amarga es la existencia cuando nos sentimos indefensos ante las fuerzas desconocidas que nos abaten y nos hieren!

Pero siempre, en las negras noches de la aflicción, surge un rayo lejano de la esperanza. Aquel niño que su madre nos dejó para cuidarlo, llorando nos daría ánimos para enfrentarnos al porvenir, sin importarnos que el peso de la senectud nos quisiese doblegar.

Al compás de las horas transcurren los días y las semanas... ¡Ocho largos meses pasaron a ritmo de siglo! Cronos marcó en nuestras frentes las huellas indelebles de las angustias pasadas. Y al

fin las sombras se convirtieron en luz, como la noche en día, como la tormenta en calma: Nuestra hija regresaba sana a su hogar.

La alegría no tiene límites y todo volverá a ser como antes...
¿Volverá a ser como antes?

Tal vez mi esposa y yo no nos dimos cuenta de que llegamos a considerar que el bebé era nuestro, más sólo éramos abuelos.

Fue difícil la separación de nuestro niño al volver al lado de su madre, pero así tenía que ser. Recuerdo que en muchas ocasiones mi hija me llamaba por teléfono para decirme: "Papá, el niño no puede dormir y está llorando por ti" y yo, tierno y jubiloso le traía a la casa de sus abuelos a pasar la noche.

Hasta hoy han transcurrido varios años y de aquéllo nadie se acuerda; sólo cuando pasa por la mente lo vemos como un incidente más en la vida.

Sin embargo, aún recordamos el vacío que dejó en nuestra casa la visita que no tocó la puerta; hacemos memoria con ternura, de sus risas y hablamos de sus travesuras como las de un hijo predilecto.

El tiempo cura las heridas de quienes han sufrido. El tiempo, aunque nos lleva a la muerte, es amigo del hombre.

Cuentos Sonorenses:

El Desterrado.

En alguna ocasión he relatado a mis amigos la forma poco airosa en que sali de mi pueblo en 1915 durante la Revolución, abandonando la Comisaria de Policia. ¡Ay, al tomar las de Villadiego con el bolsillo vacio y el corazón lleno de temor, nos sentimos los seres más desgraciados! Sentimos que el mundo se nos echa encima y que será el final de nuestros días.

En ese año, durante los meses de noviembre y diciembre el General Francisco Villa incursionó por Sonora y a su paso dejó llanto y desolación, como si hubiese sido uno de los jinetes del Apocalipsis.

En el norte de la Entidad el futuro Presidente de la República, don Plutarco Elias Calles y otros jefes constitucionalistas, derrotaron al Atila mexicano y éste avanzó con sus hordas hacia el centro de Sonora con la intención de tomar la capital. Afortunadamente los generales Manuel M. Diéguez y Angel Flores le causaron su primer desastre en El Alamito y los siguientes en el trayecto de allí a Hermosillo.

Derrotado por enésima vez en nuestro territorio el General Villa, con sus huestes salió de Sonora como una fiera herida; a su paso por San Pedro de la Cueva cometió más de sesenta asesinatos y robos sin cuento.

Cuando recibí el aviso de que los villistas, en completa derrota se acercaban a mi pueblo, preparé un ligero equipaje compuesto por una muda, un par de calcetines agujereados, unas teguas viejas y un peine desdentado, además de una tonelada inglesa de miedo e incertidumbre.

En realidad, confieso que hay muchas cosas de esa aventura que mi memoria de viejo no me permite recordar; y es más, no les extraña que durante este relato no hilvane bien los pormenores de

mi odisea; pues es difícil que a los ochenta y siete años un hombre a pesar de que todavía no es un anciano, pueda conservar una buena memoria, ya que a esa edad, cerca de la madurez, se acumulan los recuerdos de una vida dilatada. Sin embargo, quiero dejar algo bien claro: No soy un anciano todavía.

Aclarado lo anterior, continuaré con mi historia. De momento yo ignoraba qué rumbo tomar para evitar que los condenados villistas me dieran alcance, y después de meditarlo mucho, dije en voz alta: “¡A los Estados Unidos, Fulgencia!” Fulgencia era mi mula, lo cual considero conveniente aclarar porque todavía no me casaba y... ¡Caramba! Mi esposa es muy celosa y no toma en cuenta que lo que no fue en su año no fue en su daño.

Luego puse la cabeza de Fulgencia hacia el norte; y después de caminar durante dos días oí una voz que me gritaba: “¡Cánfilo Perrúdez, pare tantito su trote y espéreme!”. Era el viejo don Chuy quien montado en un viejo jamelgo huía dejando la Prefectura del Distrito. Y así nos reunimos un ex Prefecto y un valeroso ex Comisario. Inmediatamente desmonté de mi yegua... ¡Perdón! Bajé de mi mula que iba muy cansada y subí en las ancas del cuaco de don Chuy, para platicar por el camino. Pero antes de que transcurriera una hora opté por caminar a pie, pues no sé si mi ex jefe tenía mal aliento o, en el peor de los casos, se encontraba con algún mal digestivo causado por el miedo a los villistas. ¡Palabra de honor, muchachos! No piensen que exagero; les puedo jurar que don Chuy olía igual que un zorrillo con pujos. Recuerdo que al día siguiente de nuestro encuentro el viejo me propuso que cambiáramos de cabalgadura por considerar que la mía era más vigorosa que la suya; pero Fulgencia protestó enérgicamente cuando olió al viejo y el ex Prefecto hubo de continuar atormentando a su caballejo.

Sin embargo, pese a que don Chuy era un anciano burgués que olía a rayos, su compañía me ayudó mucho porque su presencia me daba valor en esas horas de infortunio; recuerden que dos individuos asustados sienten menos miedo que cuando están solos con su temor.

Caminando y caminando mientras yo guardaba una prudente distancia de mi compañero para evitar que se encabritara Fulgencia, pasamos la línea divisoria con los Estados Unidos y llegamos a una aldea de menonitas.

“¡Ya podemos respirar tranquilos!” me dijo don Chuy, y yo que era un joven impetuoso e imprudente, le respondi con la mayor ingenuidad del mundo: “Eso será hasta que usted se bañe, jefe”. Afortunadamente el ex Prefecto no escuchó mi respuesta, ya que además de que olía mal era un poco sordo, aunque desde luego debo declarar que su sordera era menor que su hediondez.

Habian transcurrido unos cuantos minutos que nos habiamos sentado bajo un mezquite, cuando una compadecida señora nos dijo: --¡Pobres hijos de Cristo! Vengan a mi casa para que coman; les veo hambrientos y sedientos--. Sucedió que la dama religiosa nos vio hurgando en unos depósitos de basura y a punto de engullirnos unos desperdicios.

Seguimos con los ojos y el olfato a nuestra buena samaritana, por temor de perderla de vista; llegamos a la parte posterior de una casita, pues nos dimos cuenta de que dos figuras como las nuestras horrorizarian a los niños si llegáramos por la puerta principal; entonces nos dijo la señora, señalando un lugar donde habia cinco recipientes de basura:

--Aqui comerán ustedes hasta llenarse.

En ese momento el ex Prefecto y yo estuvimos a punto de trabarnos a golpes, porque él queria apoderarse de tres colectores de basura donde habia sabrosos huesos y deliciosas suelas de zapato; pero luego, recapacitando sobre nuestra condición humana, decidimos hacer una alianza para declarar la guerra a tres seres de la familia canina que se aprestaban a luchar por aquellos alimentos. ¿Quién dijo que el hombre es el mejor amigo del perro? Don Chuy gruñó y sigui su ejemplo, sólo que yo tomé la iniciativa mordiendo el lomo de uno de los canes. No solté el animal con la esperanza de derrotarlo con sus propias armas; el viejo y yo estábamos tan cansados que casi no teniamos fuerza para ponernos de pie. “Mi” perro huyó llorando lastimeramente y sin pérdida de tiempo atacó al can que mordía las asentaderas de mi compañero de exilio. Por fortuna don Chuy era un viejo grande y gordo a pesar de los ayunos, que le sobraba piel en la barriga y en la parte posterior donde hincaran sus dientes los animales, sin que se menoscabara mucho su integridad física.

No exagero si digo que el combate duró más de diez minutos y

que cuando nos llegaron refuerzos armados con escobas y sartenes, ya habíamos derrotado a los leones... ¡Perdón! Ya habíamos derrotado a los perros.

A pesar de que el hambre y la desesperación nos convirtió en fieras y ganamos la batalla con los canes, quedamos bastante heridos. Don Chuy perdió todo un lado de su amarillento bigote que de un tirón le arrancó uno de los villistas... ¡Digo! uno de los animales. Además, al hacer el recuento de las pérdidas, aparte de que quedamos casi con el traje de Adán (pero sin la hoja de parra), el médico municipal informó en su reporte: "Diez mordiscos (de los cuales tres eran de mi exclusiva propiedad), cinco sartenazos (dados equivocadamente por los refuerzos) y treinta y tres raspaduras".

A los perros que atacamos se les encerró en la perrera municipal; no sabemos si para curarlos o solamente para inyectarlos contra la rabia.

Los siguientes tres días que permanecemos en el hospital improvisado por los vecinos, la buena samaritana que se compadeció de nosotros nos alimentó gratuitamente, ya que deploraba que la invitación que nos hizo la hubiésemos interpretado mal, pues ella nos dijo después de que todo se aclaró, que su intención fue que la esperaríamos cerca de los colectores de basura mientras nos traía una suculenta comida. La culpa la tuvo don Chuy que olía como si hubiese comido un zopilote con todo y plumas... ¿Quién invita a entrar a su casa a un tipo que la va a dejar penetrada de malos olores?

Luego terminaron para nosotros las privaciones y temores; durante dos meses nos contrataron en las labores del campo. Por ello don Chuy y yo, dos gobernantes en el exilio, fuimos los precursores de los "alambristas". También tuvimos el honor bastante discutible de ser los primeros pelones repatriados, cuando las autoridades de Migración nos raparon y pusieron de patitas en el lado sonoreense.

De todas maneras don Chuy y un servidor salimos ganando a pesar de que los norteamericanos nos raparon, porque los villistas de quienes salimos huyendo habían jurado que si lograban alcanzarnos en nuestra huida, nos cortarían las orejas.

Ocho años después, en 1923, un grupo de individuos capitaneados por Melitón Lozoya y el "güero" Jesús Salas Barraza, en una emboscada llevada a cabo en Parral, Chihuahua, dieron muerte a Francis-

co Villa y a la mayoría de quienes le acompañaban, vengando sin darse cuenta a las viudas y a los huérfanos de San Pedro de la Cueva, Sonora, que dejó a su paso por nuestro Estado. El "Atila Mexicano" estaba predestinado a morir en forma violenta, por su falta de respeto a todos los valores humanos.

Remembranzas de un Comisario.

Me encontraba tranquilo en mi oficina, masticando tabaco, con los pies sobre el escritorio como es costumbre en algunos pueblos civilizados (civilizados porque el Comisario tiene escritorio), cuando llegaron unos vecinos, alarmados y más que pálidos amarillos, gritándome: "¡Señor Comisario en el pueblo de San Quintín hay una balacera tremenda; si están matando los ejidatarios y los terratenientes! Por la cantidad de disparos que si escuchan, es una verdadera batalla". Si el vecino que venia a comunicarme la noticia temblaba como gelatina, yo me puse peor y di un salto olimpico que por poco dejó las botas y calcetines sobre el escritorio.

Inmediatamente reuni a toda mi fuerza policiaca que consistia en dos bizarros agentes. El más joven de ellos tenia solamente setenta y dos años de edad y el otro carecia del brazo izquierdo. Sin pensarlo mucho abordamos el vehiculo más rápido de la Comisaria, el cual era un carretón de dos burros que desarrollaban una velocidad de hasta ocho kilómetros por hora. Durante el trayecto, que era un camino construido con toda la técnica de los ingenieros de la época colonial, encontramos varios individuos que venian huyendo con sus familias y sus pertenencias. A cada uno pregunté sobre lo que estaba aconteciendo en San Quintín, pero ninguno pudo darme la más mínima información digna de creerse. De todas maneras se me puso la piel de gallina cuando me dijeron que pedirian ayuda económica a la Comisaria, porque eran más de sesenta personas que habría que sostener mientras las cosas se arreglaban, y esos campesinos de mi tierra tienen muy buen apetito cuando no les cuestan los alimentos. Dos años antes, durante las lluvias de verano sus casas tuvieron goteras, se declararon (ellos mismos) en zona de desastre y vivieron más de dos meses sin trabajar con cargo al erario municipal; pero lo

curioso del caso es que pronto pasó la temporada de lluvia y los señores continuaban muy a sus anchas sin volver a sus faenas, diciendo a los cuatro vientos que era obligación del Gobierno tapar las goteras de sus viviendas.

Muy preocupado me sentía mientras guiaba la carreta por el camino lleno de recodos; pensaba que había empezado otra revolución y que yo sería el responsable de la comarca de la Comisaria de Pueblo Grande, a mi cargo. En un momento tuve la intención de enviar un telegrama al Gobernador y otro al Presidente de la República, pero luego recordé que la promesa que nos habían hecho las autoridades superiores de instalarnos un servicio telegráfico --desde hacía veinte años-- no la habían cumplido. El único medio con que contábamos para enviar mensajes urgentes, era Simón, un indio pápago que podía correr todo un día con sólo consumir medio morral de pinole, lo cual resultaba muy barato si tomamos en cuenta el alto precio actual de los combustibles y lubricantes.

Por fin, después de caminar una hora sobre el camino en tramos empedrados y que tenía tantos baches, que pensé que ya era tiempo de ampliarlo para que cupiesen los hoyos, hice un alto antes de llegar a San Quintín para pasar revista a mis fuerzas, ya que estábamos en las goteras de nuestro destino, listos a jugarlos la vida en el cumplimiento del deber. El más joven de mis lugartenientes iba bien armado con una carabina .44 que desde hacía cuatro lustros reclamaba el museo del pueblo para completar una colección de armas antiguas. El menos joven, don Torcuato, padecía en ese momento (y el resto de las veinticuatro horas) un intenso ataque de reuma. Afortunadamente yo sí iba bien armado con una pistola Colt. 45 de 1882 con seis cartuchos, que un compadre había obsequiado a mi bisabuelo en los tiempos de la Revolución de 1910.

Viendo que antes de entrar en combate ya contaba con una baja, ordené que la carreta fuese habilitada como hospital de campaña, donde dejamos al Teniente de la Policía de Pueblo Grande, segundo en mando, don Torcuato Cacharrón, asistido en sus tribulaciones por los dos compañeros borricos. Por los "disparos" que se escuchaban, colegí que el combate era muy encarnizado, por lo que dispuse que don Fidencio entrara por la parte norte del pueblo y yo por el sur, para sorprender por dos frentes a los aguerridos sanquintinenses. Por

allí en un corral, mi compañero y subordinado encontró un machete y le ordené que lo incautara, ya que esto es legal en tiempos de guerra, el cual enarboló con su único brazo. Al ver a mi ayudante, un muchachón que apenas había pasado los setenta y tres años, que tenía un solo brazo pero que era una verdadera fiera en el combate, me sentí más seguro que nunca.

Antes de que transcurriera media hora después de que mi estado mayor y yo hicimos los planes del combate, don Fidencio y un servidor ya habíamos tomado posesión de la plaza orgullosamente llamada “Jardin Central” por los lugareños, que por cierto solamente era un corralón donde pastaban las cabras y los borricos del pueblo.

Cuando tomando todas las precauciones llegamos al centro del poblado, grande fue nuestra sorpresa al cerciorarnos de que no había tal combate sino que, siendo el día de la Guadalupeana, 12 de diciembre, los vecinos estaban tronando cohetes y todos los habitantes masculinos del pueblo se encontraban celebrando, lo mismo los ejidatarios que los terratenientes. En ese lugar destilan en forma subrepticia para no pagar impuestos, un aguardiente de pronósticos reservados que llamaban “Saltapatrás”, que obliga a hacer tontearias al más pintado.

Una de mis obligaciones como Comisario de Pueblo Grande, era vigilar que no se vendiese el aguardiente de San Quintín a los forasteros de la región, porque las cancillerías de los países centroamericanos habían presentado una queja ante el Gobierno de México, manifestando que los mafiosos lo exportaban a aquellos lugares para fabricar bombas Molotov de un poder destructivo tremendo; por esa razón los lugareños se veían obligados a beberse toda su producción.

Huelga decir que los vecinos ya no nos dejaron regresar a Pueblo Grande y tuve que beber aquel mezcal para no desairar a los sanquintinenses, quienes creen a pie juntillas que es la mejor bebida del mundo. Al rato hizo su entrada al pueblo don Torcuato, el jefe de la Comisaría, quien quiso participar en la batalla, según dijo para ganarse un águila en el sombrero o un zopilote en la barriga; pues él ignoraba que aquéllo era una fiesta... ¡Caramba! Ni el General Francisco Villa tenía entre sus Dorados hombres tan valientes como mis muchachos.

Hoy, que han transcurrido más de cuatro décadas de aquellos

sucesos, me doy cuenta de lo peligroso que son los rumores cuando se combinan con el temor de la gente y no se investigan bien los sucesos. Y se me pone la piel de gallina y se me encrespan los pelos que me quedan, al recordar el error que estuve a punto de cometer en aquel entonces, cuando estuve a un tris de atacar con toda mi fuerza armada al pueblo de San Quintín.

En el Pórtico de San Pedro.

En la idiosincracia de los pueblos mucho influye la actividad principal a la que se dedican sus habitantes. Son muy diferentes las costumbres y la mentalidad de la gente de la región petrolera de Poza Rica a la de la zona desértica de Sonora. También se desemejan los montañeses de la Sierra Madre a los residentes de la Costa. Y los pescadores de una isla, igualmente son muy diferentes a los que tienen fincada su residencia en una ciudad dedicada a la industria.

No sólo las cuestiones idiomáticas, étnicas y religiosas hacen diferentes a las personas, ya que como se afirma, en mucho influyen sus actividades primordiales.

Por tal motivo, siendo la República mexicana de tan vasta geografía, en donde en cada Entidad federativa se efectúa una actividad que no concuerda con las de las otras, sus habitantes de una parte con relación a las demás podrían considerarse extranjeros. Varían sus modismos, su lenguaje, sus platillos y sus atavíos regionales, y aún su concepto de la moral porque en algunas partes hay más liberabilidad en este aspecto.

Por lo anterior, quizá, los sonorenses somos diferentes en muchas cosas a los mexicanos del resto del país. Y esto ha originado un cuento que pasa la línea divisoria con el Más Allá, donde las patrullas de querubines no permiten el paso a quienes no llevan su documentación en regla.

El cuento me lo relató un médico originario de un Estado del Centro, pero que ahora, después de residir muchos años en Sonora "donde una sonorenses me puso la soga en el pescuezo" --como él dice--, se considera sonorenses, y recordemos que no hay mejor criti-

co en este Estado que el propio nativo. Esto sucedió cuando yo estaba en su consultorio entablando una relación médico-paciente (la condenada ciática es más terca que el Gobierno para cobrar los Impuestos).

--Las regiones agrícolas del Estado de Sonora se caracterizan porque un cincuenta y tantos por ciento de las transacciones se efectúan a crédito -afirma el neosonorense-. Y luego prosigue: "Tan común es esta forma de comprar y vender, que aún las personas que no pertenecen a la agricultura, ni a la industria, ni a la ganadería, ni al comercio organizado, abusan del crédito que los comerciantes ya ven como un mal irremediable".

Enseguida el médico sonorense por adopción voluntaria, continúa: "Y esta costumbre o vicio, como tú quieras bautizarla, ha trascendido más allá de las fronteras de este mundo de tramposos y pecadores".

--Y... ¿Los tramposos no son pecadores?-- le pregunté, y él solamente sonrió, consciente de que había cometido un dislate.

"Tanto -continuó- que la fama de nosotros los sonorenses llegó al pórtico de San Pedro".

El médico sonrió nuevamente a la vez que se rascaba con mucha liberalidad la llamada curva de la felicidad --la panza--. En su sonrisa se traslucía la malicia y la ironía, pero éstas despertaban en mí el buen humor olvidándome de la ciática.

"Si, --siguió con su relato--, fijate que en una ocasión llegó a las puertas del cielo el alma de un neoleonés, industrial regiomontano; San Pedro abrió y preguntó al tipo descarnado:

--¿Qué deseas?

"Y el de Monterrey respondió respetuosamente":

--Deseo pasar a la morada celestial. Como tú debes saber, allá en mi tierra hice muchas obras buenas y además respeté La Ley Federal del Trabajo.

--Bien --contestó el santo varón--; pero tendrás que pagar cien mil pesos, que es la cuota de admisión para los ricos. Debes saber que por ahora, con esa suma aprovecharás la dispensa temporal de evitarte el que primero tuvieras que pasar por el ojo de una aguja.

"Entonces el regiomontano abrió desmesuradamente los ojos y rogó:

--¡Hay, San Pedrito, apiádate de mi! ¡Si pago una cantidad como ésa menguará mi fortuna, en perjuicio de mis fábricas en Monterrey, pues habrás de saber que con las últimas devaluaciones sufrieron una descapitalización que me obligó a venir a llamar a tu puerta ¡Sufri un ataque cardiaco!.

“Al rato empezó el estira y afloja entre el regiomontano y el santo que escuchó tres veces el canto del gallo en la misma madrugada. El alma del industrial que iba solamente cubierta con una sábana blanca para poder ser visible, era dura de pelar. Durante su vida en la tierra había tratado con competidores, líderes obreros, políticos y, sobre todo, con los hombres que no se ablandan jamás, ni aplicándoles aceite penetrante: Los banqueros. Tú sabes que éstos son más duros que un barandal de concreto con varilla de una pulgada por dentro”.

El médico-filósofo hizo una pausa para acariciarse nuevamente el abdomen y sonreír. El disfrutaba plenamente del cuento, lo mismo que yo que sentía una gran curiosidad por saber su desenlace.

Luego continuó, después de abrocharse los dos botones de la camisola que cubren la parte del ombligo, que se veía a punto de desprenderse por la presión de la barriga:

“Después de competir con los señores de los bancos, que aunque ahora están nacionalizados siguen siendo los mismos, comprenderás que San Pedro resultaba un cándido pichón frente a un tigre de Bengala, y claro, logró un descuento de veinte por ciento el tenaz industrial.

“El neolonés extrajo de una bolsa ochenta mil pesos en bonos al portador de la Nacional Financiera y cubrió el importe --¿Del peaje?-- y entró feliz y encantado de la muerte”.

Sin embargo, asegura el médico neosonorense que las labores del santo varón no terminaron con el ingreso al cielo del regiomontano ese día (día terricola, naturalmente, pues allá el tiempo no existe), porque enseguida también llegó a las puertas del cielo el alma de un individuo que dejó a sus deudos y a sus deudas en Sonora. Había sido agricultor en la Costa de Hermosillo.

“San Pedro miró al recién llegado, de pies a cabeza (o cuando menos donde debían ubicarse estas partes del ser humano), y le pre-

guntó:

--Y a ti ¿Qué brisas te traen por estos rumbos?

“Al santo no le agradaba mucho aquel individuo (?), porque habia ocasionado la quiebra de dos o tres comerciantes en pequeño.

“Pero el alma de aquel agricultor no se turbó en lo más mínimo, y respondió con su voz de ultratumba:

--Deseo ocupar mi curul en el cielo.

--Bien. Tener deudas que no se pueden pagar no es pecado y aqui en el cielo no se puede embargar la sábana fantasmal. En tu expediente no aparecen delitos mayores; pero aunque sólo tienes apariencia de rico, por el solo hecho de parecerlo tendrás que pagar cien mil pesos para darte el pase.

“Entonces el quelitero, entendiendo una mano semitransparente entregó a San Pedro un papel y dijole:

--¿Cien mil pesos? ¡Bah! Aqui tiene esta letra de cambio que cubre esa cantidad.

“Y antes de que el celestial portero protestara por la forma inusitada del pago, el hermosillense ya estaba dentro de la mansión celestial”.

Cuando mi médico terminó este relato ya habia contado tres o cuatro más, pues el hombre estaba de vena. Vi el reloj (que todavia no he pagado) y me percaté de que faltaban cuarenta y cinco minutos para que cerraran el Banco a donde debia ir a firmar unos pagarés; me invadió la inquietud y sali de prisa. A fuer de despedida dije al galeno:

--Gracias, Médico; después te pagaré la consulta... ¿O quieres que te firme una letra?

Cuando me di cuenta de que lo que pretendi que fuese una consulta se convirtiò en una amena charla, ya era muy tarde para que se me hiciera un examen médico y sali rengueando más que antes; pero sentia la satisfacción de que mis deudas son pequeñas si las comparo con las de un amigo que aún no paga el cochecito de su primer bebé que el año pasado saliò electo diputado.

Mal de muchos, consuelo de tontos.

Como digo al principio, en cada lugar la gente es muy diferente y éste es un tema muy interesante que debemos estudiar a fondo, para tener qué echar en cara a los mexicanos de otros Estados que se

les ocurra decir que los sonorenses nunca compramos al contado, al "chimpú", como dice en forma pintoresca un tío mio que tiene un comercio ambulante de chicles y cacahuates, y que piensa ampliar cuando consiga una buena línea de crédito para vender también cerillos y cigarros.

El Joven Garcia.

El antiguo camino de Hermosillo a Guaymas tenía su salida por la Calle Peralta de Villa de Seris, pasando por el costado Oeste de la Capilla de la Candelaria; más adelante tenía una pequeña inflexión a la derecha y se perdía en una vegetación escasa; era angosto, para una sola rodada de carro; la mayor parte estaba constituido por tierra arenosa y en algunos tramos por tepetate molido a fuerza de recibir el impacto del tránsito diario de las diligencias y los carros.

El vado en el Río Sonora no se localizaba donde actualmente está, sino unos doscientos o trescientos metros al Poniente.

En la segunda mitad del siglo XIX había varias empresas de transporte de pasajeros y de carga, aunque, claro, al inaugurarse el Ferrocarril el 4 de noviembre de 1881 muchas desaparecieron en sus servicios al Puerto y continuaron hacia otras partes del Estado.

Las diligencias con dos o tres troncos daban un servicio rápido; rápido si consideramos que eran épocas en que el tiempo tenía poca importancia: De cinco a siete horas con una posta en la mitad del trayecto, de Hermosillo a Guaymas.

Frecuentemente los filmes del llamado Viejo Oeste norteamericano nos hacen ver las diligencias del siglo pasado y creemos que fueron originadas en ese país; pero no es así, puesto que cuando nuestros vecinos nos compraron esas tierras apuntándonos con un rifle en la sien, ya circulaban por allá los legendarios transportes de pasaje. Podemos afirmar que esos vehículos que después fabricaron los colonos de California, Arizona, Nuevo México y Tejas, imitaron el modelo español que continuamos usando en México después de la Independencia.

La antigua Villa del Pitic que desde el miércoles 5 de septiembre de 1828 adquirió por Decreto el rango de ciudad y el nombre de Her-

mosillo, contaba con servicios de diligencias para Ures, Baviácora, Aconchi, Banámichi y Arizpe, lo mismo que para Magdalena y Guaymas. Las salidas y las llegadas tenían un horario fijo, y, para las épocas en que no había vehículos de motor ni ferrocarriles, aquéllas eran lo más cómodo para viajar. Claro está que existía el peligro de los asaltos de los bandidos, los yaquis o los apaches, aun cuando los hombres de la Acordada (o fuerzas rurales) y del Ejército Nacional eran los encargados de vigilar los caminos, sobre todo el de Guaymas-Hermosillo-Ures-Arizpe.

Uno de los propietarios hermosillenses de diligencias que efectuaban corridas para el norte y el sur, era el señor Serafín García, padre de siete muchachos de los cuales solamente uno era varón que en las fechas de este relato tenía vinticinco años de edad. A este joven desde muy tierna edad se le había entrenado en la conducción de esos vehículos; pues este oficio era considerado como muy honorable y en el desempeño de esta actividad se cubrían muy buenos salarios, ya que no solamente se necesitaba pericia en la conducción sino capacidad para atender a los caballos durante los viajes.

Don Serafín estaba orgulloso de su hijo Andrés, porque en varias ocasiones había demostrado su madurez frente a incidentes en el camino, como la vez en que uno de los pasajeros sufrió un síncope y en medio de la confusión de los compañeros de viaje el muchacho aceleró la marcha sin fatigar demasiado a los caballos salvándose el enfermo al ser llevado a un hospital de Guaymas. Y se comentó entre la gente pudiente que si el joven se hubiese puesto nervioso y obligara a correr demasiado a las bestias, éstas no hubieran soportado la carrera, costándole la vida al pasajero.

En otra ocasión al ir el joven García de Hermosillo a Guaymas, le sorprendió una terrible tempestad originando que los caballos llenos de espanto emprendieran una vertiginosa carrera a campo traviesa sin obedecer al cochero, mientras los pasajeros asustados al máximo gritaban histéricos; sin embargo, Andrés, sin perder el control de sí mismo permaneció en el pescante hasta que logró a duras penas dominar la angustiada situación. La lluvia fue tan intensa que bestias y personas hubieron de permanecer en el campo tres días incomunicados; y si no padecieron hambre fue por que el cochero cazó dos venados. Pero del frío y del temor no pudieron ser libera-

dos por nadie.

Muchas cosas buenas se hablaban del hijo de don Serafin: de su valor, de su integridad moral y de su pericia como cochero, lo cual hacia que el viejo ya estuviese haciendo planes para dejar el negocio en sus manos. Y por su parte el joven Garcia afinaba proyectos para casarse con su novia guaymense.

El jueves 15 de agosto de 1878, Andrés salió a las cuatro de la mañana con destino a Guaymas, llevando un pasajero y dos soldados. Ese día las Oficinas de Hacienda de Arizpe, Ures y Hermosillo enviaban un cofre al Puerto conteniendo \$40,000.00 que en seguida habríase de mandar en barco a México, D.F., vía Manzanillo. El muchacho iba muy contento porque además de la importancia del viaje, era el día onomástico de su novia. Calculaba llegar al filo del mediodía y pensaba pasar la tarde al lado de la muchacha planeando la petición de mano. Sonreía de gusto al ver mentalmente el rostro de la joven María que pronto llegaría a ser su mujer.

¡Ah, pero dicen los fatalistas que el hombre propone, Dios dispone y el diablo descompone! Quién sabe que habrá de cierto en muchas frases como ésa que inventaron los pesimistas. El caso es que a las siete de la mañana empezaba la cuenta regresiva del final trágico de ese viaje. Al cruzar un arroyo Andrés vio su reloj y se cercioró de que llevaba un retraso de veinte minutos y que ya debía estar en la estación de postas de "La Pintada". Luego consideró que el nublado de ese día hizo que a su salida de Hermosillo estuviese la mañana oscura. De todas maneras, el retraso no tenía la menor importancia, porque los caballos se fatigarían menos.

Ensimismado iba, pues, el joven Garcia, con sus reflexiones, cuando al llegar a un recodo vio que un mezquite caído obstruía el paso. Con la agilidad que dan los reflejos a la gente joven, el muchacho detuvo la marcha con todo lo que tenía: Las riendas y el freno de palanca; y luego, intuyendo que aquéllo era un asalto, cogió su cartuchera, su carabina .44 Winchester y saltó de su asiento para refugiarse detrás de un tocón, como a sesenta metros del lugar donde dejó la diligencia con los caballos encabritados y relinchando.

Al rato los guardianes luchaban por sus vidas, inútilmente, por qué pronto fueron abatidos. El pasajero permaneció oculto dentro del vehículo. Andrés pensó que si era descubierto sería asesinado, lo

mismo que él si lograban localizarle. Entonces fue cuando tomó la decisión de no huir: Si la vida de ese hombre dependía de su actitud, haría cualquier cosa por salvarle.

Pronto el joven notó que habían descubierto su refugio y sin dejar de disparar cambió de lugar; se posesionó de un sitio un poco más alto del que ocupaban los forajidos; él los podía ver a ellos, mas ellos ignoraban de momento dónde estaba.

Es normal que un hombre sienta miedo frente a un peligro, y no por ello es un cobarde. La cobardía consiste en dejarse dominar por el temor, por eso alguien ha dicho que el valor estriba en saber reprimir el miedo. Así, el joven cochero hacía esfuerzos por no dejarse dominar por el pánico, para auxiliar a su pasajero. El conocía perfectamente el terreno que pisaba, y en cambio los bandidos, supuso, eran gente del sur de la República. Tenía esa ventaja para poder salvarse.

Así cavilaba el hijo de don Serafin, cuando vio que uno de los asaltantes caminaba a paso lento, como lo hacen los soldados cuando tratan de localizar a un francotirador. Pensó que convenía permanecer quieto y silencioso, porque si disparaba, pronto tendría a toda la caterva sobre él. El tipo avanzaba, avanzaba con lentitud; pero llegó el momento en que ambos estuvieron a una distancia de diez metros; pronto sería localizado y abatido si no actuaba con rapidez. Por ello, casi en el mismo instante en que bajó y subió la palanca de su carabina para montar cartucho, disparó sin apuntar y antes de que el hombre cayera muerto había recibido un segundo impacto en el pecho.

Como lo pensó el joven Garcia, al disparar fue descubierta su posición y aparentemente quedó a merced de sus enemigos; empero, otro tipo que venía detrás del hombre caído se puso erecto para hacer fuego y en ese mismo momento cayó para no levantarse más. Enseguida el muchacho se cercioró de que ya no era buena su posición porque le atacaban por todos lados y momentáneamente se creyó perdido y sintió un infinito desamparo. En esa temporada las lluvias habían sido abundantes, por lo que el pasto estaba muy crecido y difícilmente podía detectar a sus enemigos que avanzaban reptando.

En los momentos de peligro la mente humana trabaja muy acti-

va. Andrés sentía pena por su madre, por el dolor que sufriría cuando llegasen a casa con el cuerpo exánime de su hijo. Pensó en su padre a quien nunca había visto llorar... ¿Lloraría cuando supiese que no tenía un hijo que le ayudara en la administración del negocio? ¿Y sus hermanas! ¿Pobres muchachas que le adoraban por ser el único hermano varón! Luego pensó en Maria, su novia desde la infancia cuando ella vivía con sus padres en Hermosillo ¿Se casaría con otro? Sintió rabia con sólo pensarlo.

Cronos marca sus segundos al paso que avanza y muere la luz del día, más en la mente del hombre angustiado tienen semejanza de siglos. El muchacho recordó su niñez cuando con sus amiguitos y vecinos se bañaba en la acequia que cruzaba el patio de su casa; vio mentalmente la casa donde nació y vivía todavía, con sus cuatro naranjos en la acera, el amplio cobertizo que servía de techo a los caballos, y a un lado el lugar donde se guardaban y se reparaban las diligencias.

Seguramente, cuando un hombre ve tan cerca la muerte, su mente se desquicia un poco. Andrés empezó a ver, como si realmente estuviese sucediendo, la calle donde estaba su casa, llena de gente de caras amigas que venían a darle el adiós postrero antes de que en una carroza negra le llevasen al camposanto. Empezó a rezar todo lo que su madre le había enseñado; se sentía resignado a morir; sintió cansancio: El excesivo temor causa fatiga... ¿Pero volvió a recordar a su pasajero, oculto en la diligencia! ¿No podía, no debía abandonarle! Luego se escuchó a sí mismo lanzar un grito de rebeldía y renació en él el coraje... Entonces, rápido como un relámpago, cubriéndose con la maleza cambió de lugar, no sin antes sorprender a uno de los bandidos que se encontraba cerca, abatiéndole con el cañón de la carabina. "Otro menos", pensó. Desgraciadamente en ese momento una bala le hirió en la pierna derecha y se dio cuenta de que la hemorragia era muy intensa. Se sintió desfallecer y pensó: "Ahora sí, parece que estoy perdido; ojalá que mi pasajero me perdone".

En los grandes dolores físicos, la piedad llega convertida en inconsciencia. Por ello el joven Garcia cayó en ese sueño profundo que a veces precede a la muerte; sin embargo logró escuchar gritos, trote de caballos y disparos. Después, nada.

El reloj marca las horas y el calendario los días. El tiempo transcurre y a veces ignoramos su paso inexorable... Así sucedió a Andrés, el joven García. Cuando abrió los ojos se vio rodeado por sus padres y sus hermanas; luego llegó el médico y confirmó su diagnóstico anterior: La fiebre va cediendo.

Después de escuchar el llanto de alegría de su madre y de sus hermanas, vio que su padre musitaba algo hacia el cielo. Lo primero que se le ocurrió preguntar fue: "¿Qué horas son?" y escuchó la respuesta de don Serafín: "Las cuatro de la tarde del 24 de agosto," exclamó. Después escuchó que su progenitor le informaba que nueve días permaneció inconsciente y que hubo muchas ocasiones en que el médico estuvo esperando su deceso.

Ese día en la noche, Andrés recibió la visita del Capitán Leonardo Arvizu, de quien se enteró de la forma en que se salvó: El día que salió en la diligencia con los fondos federales para entregarse en Guaymas, el Gobernador Vicente Mariscal quedó muy preocupado al saber que solamente dos soldados custodiaban el envío, e inmediatamente dispuso que salieran diez dragones a alcanzar el vehículo y acompañarlo hasta Guaymas, y el alcance sucedió cuando el muchacho luchaba por su vida.

También esa noche le visitó el pasajero que salvó la vida gracias a la abnegación de su cochero, llevándole como obsequio un reloj de oro; y el Gobernador en persona estuvo a felicitarle porque el retraso que ocasionó a los bandidos en apoderarse del cofre, impidió que se llevasen el dinero. "Y a propósito", díjole don Vicente Mariscal, "los únicos tres bandidos que salieron vivos de la pelea contigo y después con los soldados, los tenemos bien guardados".

El joven García estaba muy confuso por lo que había hecho y por todas esas personas tan importantes que iban a felicitarle. Pero olvidó todo cuando al voltear hacia un lado de la cabecera vio a su novia que radiante de felicidad le acariciaba con la mirada. Sólo pudo decirle él, embargado por la emoción: "Por ti, por mis padres y por mis hermanas, he vuelto a la vida. Sé que una fuerza extraña que no conozco, pero que la siento, me ha ayudado porque quiere que nos casemos y seamos felices".

Después se abrazaron tiernamente un joven que era un modelo de hombre y una muchacha que pronto el amor convertiría en mujer, para cumplir con el precepto bíblico.

Leyendas Sonorenses:

El Secreto de don Juan Manuel.

Discurría el año 1881 entre aromas de azahares, de rosas, de huelle de noche, de jazmines y de muchas otras fragancias que hacían de Hermosillo la ciudad más perfumada de México; no en balde era cruzada por tres acequias con muchas derivaciones que regaban más de veinte huertas aledañas y viveros de plantas de ornato.

Por el Callejón Elena circulaban los jinetes, los carros y los carruajes que buscaban acceso a la Calle de la Moneda viniendo de la mal llamada Calle del Piojo, dado que después de la de los Naranjos y la del Parián no había otra rúa que en el centro de la ciudad la comunicase de oriente a poniente.

La Alameda por las noches parecía boca de lobo porque no tenía ni una farola de petróleo; sólo los jardineros brillaban por su ausencia y ello originaba que hubiese una vegetación bronceada. No obstante, los domingos era el paseo de los ricos quienes a bordo de sus lujosos coches tirados por percherones, causaban la admiración del populacho; en ese tiempo no existía animadversión de los de abajo contra los de arriba: Todavía no nacía la primera generación de los predicadores de la destrucción y del odio, aquí en Sonora.

El Barrio de la Cohetera aún semejaba una ranchería. Y en el Parián se escuchaba el pregón de los vendedores de comestibles, incluyendo patos y cabras vivos.

“Hermosillo”, decían en ese tiempo, “es la ciudad más tranquila de México”. Sin embargo, al convertirse en la Capital del Estado el 26 de abril de 1879, comenzó a sentir la intranquilidad de la agitación política muy propia de esa época, en que se empezaban a establecer gobiernos firmes en la Federación, pero caían los caudillos sonorenses del tiempo del juarismo y el lerdismo. Un hombre fuerte hacía

sus pinitos para gobernarnos durante treinta años.

Muy tranquila era Hermosillo, en verdad, si olvidamos o ignoramos los cambios políticos que se gestaban; porque la ciudadanía era apática para concurrir a las urnas electorales y poco intervenía en los cambios de Gobierno. En ese año 82 don Carlos Rodrigo Ortiz Retes hubo de abandonar la Gubernatura, por causas de presiones políticas en las que el General Guillermo Carbó, Comandante militar, no era ajeno; tampoco don Ramón Corral Verdugo, un hombre que empezaba a proyectarse como un gran sonoreense de muchas capacidades.

Pero dos acontecimientos vinieron a turbar la tranquilidad de los pobres y de los ricos de nuestra Ciudad Capital: El día 4 de noviembre se inaugura la línea ferroviaria de Guaymas a Hermosillo. Y esto causó júbilo general, máxime que se anunciaba que pronto comunicaría con el Paso del norte, pasando por la ciudad de Ures.

El segundo acontecimiento no causó alegría; originó estupor y lágrimas en muchos hogares: Don Juan Manuel Escalante fue abatido a tiros al salir de su nueva casa, inaugurada ese día después de ser reconstruida. La fiesta fue grandísima y concurrieron las personas más conspicuas de la localidad.

Don Juan Manuel, durante los últimos cinco años había prosperado mucho, al grado de contarse entre los cinco individuos más ricos de la ciudad. Su reputación era la de un hombre generoso y filántropo; quien era amigo de él, ya tenía de qué presumir.

Por éso, el atentado a don Juan Manuel causó estupor al principio y luto general después. Y cuando se difundió la noticia de que el atacante era un jovencito de dieciseis años, de quien se ignoraba su nombre y su procedencia, la gente no halló qué decir. Las autoridades informaron que tal vez se trataba de un mudo. En las calles y en los hogares se preguntaban “¿Qué misterio es éste? ¿Qué motivo tuvo ese jovencito para disparar contra un hombre bueno y religioso como don Juan Manuel?”.

En aquel tiempo era permitido emplear métodos bárbaros para hacer confesar a los delincuentes, y el joven matador soportó con estoicismo la rudeza de los investigadores, sin decir su nombre.

Durante varios días la principal Prensa del Estado no dejó de publicar sobre el atentado y el deceso de un hombre tan importante

como el señor Escalante, hasta que un día el misterio quedó aclarado, causando más asombro a unas cuantas personas que intervinieron. El populacho continuó ignorando la verdad de los hechos.

Un día se presentó en la oficina del Gobernador del Estado el señor Espergencio Yañez, acompañado de su hijo Ignacio. Lo primero que dijo el visitante después de los saludos de rigor, fue:

-Este es mi hijo Nacho, de quince años de edad. El desapareció hace cinco años junto con mi sobrino Miguel Yañez, quien ahora está detenido por el homicidio en el que perdió la vida don Juan Manuel Escalante. Mi pariente se ha negado a declarar su nombre y los móviles que le impulsaron a disparar contra el hoy occiso. Creemos que si usted considera pertinente que comparezca ante su presencia y la nuestra el acusado, en una forma privada, se disiparán muchas dudas sobre ese acontecimiento tan lamentable.

El señor Yañez terminó llorando, abrazando a su hijo a quien había perdido la esperanza de volver a ver; cinco años sin saber de él fue mucho tiempo, y cuando regresó ya no le conocía. El Gobernador, don Antonio Escalante, conmovido accedió a la petición y ordenó que trajesen al muchacho preso.

Lo que sucedió en la reunión no trascendió al público ni a la Prensa; pero sirvió para desentrañar el misterio policiaco más grande de la época.

Como ninguno de los dos jóvenes podía hablar, embargados por la emoción de los recuerdos, fue el señor Yañez quien hizo el relato del caso, ya que su hijo le había contado todo.

“El 24 de diciembre de 1876, por ser vispera de la Navidad, mi hermano Antonio y su esposa se retiraron a su alcoba muy entrada la noche. El hijo único de ellos, Miguel, y mi hijo Ignacio, ya estaban dormidos.

“Como usted recordará, señor Gobernador, en ese año 1876 llegaron a Sonora las consecuencias del Plan de Tuxtepec y se desbordaron los rencores y las pasiones políticas; además muchos se aprovecharon de esos sucesos para cometer atropellos y aun venganzas y despojos.

“Al filo de las dos de la mañana, según informaron los investigadores policiacos de ese tiempo (que no lograron esclarecer bien los hechos ni saber quienes fueron los culpables), un grupo de facinero-

sos entró subrepticamente a la residencia de mi hoy difunto hermano, con las crueles intenciones de terminar con su vida y la de su esposa. El dueño de la casa, que tenía un sueño muy ligero, dándose cuenta del peligro escondió a su hijo y al mío abajo de la cama. En la obscuridad los muchachos vieron, horrorizados, lo que sucedía.

“El día 25 fue descubierto el cuadro de horror donde tomaron parte las armas blancas de los agresores. Mi hermano, hombre valiente como siempre fue, con su revólver .44 lesionó gravemente a dos de los asaltantes antes de ser abatido junto con mi cuñada. Los otros asaltantes ultimaron a sus compañeros heridos, por no poder huir rápidamente con ellos. Hasta allí llegó la crueldad de los bandidos.

“La vispera del asalto mi hermano había recibido el pago en efectivo de la venta de dos ranchos con mucho ganado, que hizo a un empresario norteamericano. El dinero lo guardaba en una caja fuerte que los homicidas se llevaron. También desaparecieron las joyas y una colección de monedas antiguas.

“Después que los bandidos salieron, mi hijo y mi sobrino, enloquecidos por el terror huyeron del lugar. Durante cinco años no supimos de ellos, pues temían que si regresaban perderían la vida, ya que uno de los asaltantes les vio y les disparó cuando ambos montando en uno de los caballos de los forajidos se perdían en la obscuridad.

Entonces el señor Escalante preguntó a los muchachos:

-¿Vieron ustedes quiénes eran los asaltantes?

El hijo de don Espergencio respondió:

- Si; pero sólo conocíamos de vista a dos de ellos. Uno era don Juan Manuel Escalante; el otro, Cipriano Ochoa, caballerango de don Juan Manuel, quien es el que nos disparó cuando huíamos.

En el rostro del Gobernador se reflejó la confusión y sólo logró exclamar:

- ¡Esto es inaudito! ¡Debe haber un error! ¡Juan Manuel era un ciudadano muy respetable!

Varios minutos don Antonio Escalante quedó con la mirada fija en el suelo, agachado, mientras don Espergencio comenzaba a sentir temor de que la ira del Gobernador se desatara contra él, por no creerle lo que acababa de relatar.

Repentinamente el Primer Mandatario estatal tomó una resolu-

ción. Llamó a un recadero y ordenó le trajese a su despacho al jefe de Policía.

Ese día Cipriano Ochoa (a) "El Guacho", fue aprendido e interrogado por medio de los métodos de la época; y el caballerango, acobardado, confesó cómo su patrón don Juan Manuel Escalante organizó una gavilla para asaltar la casa de don Antonio, de quien sabía que había recibido el importe de la venta de sus ranchos y su ganado. Don Juan Manuel (no tenía ningún parentesco con el Gobernador Escalante) era Notario y fue testigo de la operación.

El Gobernador, hombre amante de la Justicia, se sintió dentro de un dilema. Por una parte don Juan Manuel Escalante estaba emparentado con las mejores familias de Hermosillo y todo el mundo le estimaba; y por otra, estaba el jovencito Miguel Yañez, que se hizo justicia con su propia mano porque las autoridades jamás hubiesen sabido quién le dejó huérfano de padre y madre y en la pobreza.

Pasados unos días, el Mandatario estatal reunió en su despacho a todos los parientes cercanos del difunto Escalante y allí en privado les informó de lo que había sucedido cinco años atrás, y del desprestigio que sufrirían si la noticia se divulgaba.

Unos días después, los parientes de don Juan Manuel regresaron al despacho del Gobernador y le propusieron lo siguiente: Que entre todos reunirían una cantidad elevada de dinero para que el joven Yañez comprara un rancho en Arizona y se fuese a vivir allá, con su tío y su primo; pero que las cosas no trascendiesen fuera de las personas que estaban reunidas.

Como la propuesta mereció la aprobación del Gobernador, los Escalante entregaron a don Espergencio \$ 50,000.00, que en ese tiempo era una verdadera fortuna, y se fueron los Yañez a vivir a Arizona, en el rancho que compraron.

Todo esto se hizo tan secretamente, que no trascendió al público. Y para evitar que el caballerango Cipriano Ochoa hiciese declaraciones que descubriesen el secreto de don Juan Manuel, se le aplicó la llamada "Ley Fuga" quince días después de ser aprehendido.

El Gobernador don Antonio Escalante ocupaba ese puesto provisionalmente en su carácter de Vice Gobernador en el Gobierno del Lic. Carlos Rodrigo Ortiz Retes, quien había dimitido. No era un

hombre muy culto, ciertamente, pero no carecia de un sentido muy práctico y humano. Se daba cuenta de que al aceptar la propuesta de los parientes de don Juan Manuel, estaba salvando la vida de los Yañez, pues aquéllos, siendo gente poderosa en lo económico y en lo político, harian todo lo posible porque el asalto a la casa de don Antonio Yañez continuase en el misterio; y hasta serian capaces de llegar al homicidio ¿No es buena demostración para convencernos, lo que le paso al caballero?.

Unos dias después de que el peso de la verdad cayó sobre la memoria del que habia tenido dos personalidades, el Sr. don Antonio Escalante entregó el Gobierno a don Cirilo Ramirez y éste, posteriormente, lo trasmitió a don Felizardo Torres para que terminara el bienio 1881-83. El señor Torres nombró Secretario de Gobierno al señor Ramón Corral, quien al transcurrir del tiempo llegaria a convertirse en el gobernante sonorensé más talentoso del siglo pasado; y su brillante carrera politica le llevaria a ocupar la Vice Presidencia de la República después de pasar como titular del Ministerio de Gobernación.

La Familia Morales de Tecoripa.

¿Disparó el Muerto?

En los primeros dias del mes de julio de 1910, tuvo lugar un suceso que conmovió profundamente a los habitantes de una amplia zona de nuestro Estado, y que adquirió perfiles de misterio tocando lo sobrenatural. Empero, pronto se olvidaron porque cuatro meses después estalló lo que hoy llamamos la Revolución Mexicana que costaria al país un millón de muertos y el éxodo de cientos de miles de personas. Fueron muchos los males que se abatieron sobre nuestra patria que hicieron que cada quien se preocupase por sí mismo y sus familiares, pasando a segundo término todo lo que no fuese el temor de perder la vida, los bienes y la libertad en aquel mare mágnum de pasiones desbordadas.

Los habitantes de Tónichi, San Javier, Tecoripa, San José de Pimas, Minas Prietas y La Colorada, en esas fechas tenían motivos

muy grandes para no sólo estar preocupados, sino alarmados. Además de que el candidato de la oposición don Francisco I. Madero, prometía aires de renovación política para echar por tierra las viejas estructuras del porfiriato, sus partidarios gritaban a voz en cuello que tomarían las armas si el General Díaz se empecinaba una vez más en pisotear la democracia.

Sin embargo, en Tecoripa vivía una familia que no pensaba en las cuestiones políticas del momento, ni tenía tiempo para preocuparse de las tropelías de los yaquis. Razones muy poderosas obligabanla a centrar su intranquilidad dentro de ella misma: Juanito, el mayor de los hijos, de trece años de edad, desde el año anterior comenzó a padecer ataques epilépticos que día a día empeoraban, al grado de que don José María Morales y doña Mercedes, los padres, optaron por ubicar su residencia en Minas Prietas con la idea de encontrarse más cerca de Hermosillo, ciudad que no obstante ser pequeña contaba con varios médicos de prestigio.

Para la familia Morales significaría muchos perjuicios el traslado de su hogar, en virtud de que en el pueblo que habrían de abandonar tenían establecida una próspera tienda de ropa y comestibles. Y aunque sus planes de avencindarse en otro lugar eran para llevarse a cabo hasta dentro de ocho meses, un día don José María ordenó a su mujer que alistase todo para dentro de cinco días trasladarse al lugar donde vivirían en lo futuro.

En la fecha dispuesta los Morales cargaron todos sus muebles en dos carros grandes de dos troncos de mulas, y en un carro ligero de dos caballos subieron ellos, sus tres hijos y José Loreto, el mozo, partiendo a las cuatro de la mañana. Por instrucciones del Comandante del Cuerpo de Rurales, cinco hombres bien armados les irían custodiando.

En ese año las lluvias en el Distrito de Hermosillo fueron tempranas e intensas, por lo que el padre de familia sabía que la marcha no podría ser rápida, y así fue. Tan sólo habían caminado cincuenta minutos cuando se dieron cuenta de que las avenidas de los arroyos les hacían más penosa la marcha; y a las cuatro horas, durante un escampe, hicieron un alto en el camino para dejar beber a las bestias y darles un poco de forraje. En ese lapso doña Mercedes preparó un opíparo desayuno en un brasero hecho con una lata vacía

de petróleo, que comieron su marido, sus hijos, el mozo y los soldados. La señora de Morales llevaba tortillas de harina hechas a mano, envueltas en tela de manta húmeda, carne seca y chorizo; alimentos éstos que soportan los calores del desierto y de la sierra sonoreense.

A las diez de la mañana emprendieron nuevamente la marcha y poco antes del mediodía llegaron a San José de Pimas, una aldea en aquel tiempo habitada en su mayoría por indígenas pacíficos, laboriosos y hospitalarios. Don José María, a instancias del comisario del lugar, decidió pasar allí la tarde y la noche porque, además de que se preveía un temporal, el niño necesitaba un descanso.

El señor Morales y sus acompañantes empezaron a armar una carpa; pero el viento y la lluvia les impidió hacerlo. Entonces el jefe de la autoridad municipal les invitó a que ocupasen tres cuartos de la Comisaria, que con gusto aceptaron.

Todavía al día siguiente de la llegada de la familia, el Arroyo San José, que pasa por un lado de la aldea, corría y a ratos amenazaba con salirse de madre. Aún mucho después de estos acontecimientos, los habitantes de aquella comarca, en forma pintoresca hablaban de “los días del diluvio chiquito que nos cayó”.

Las cuarenta y ocho horas que hubieron de permanecer don José María y sus acompañantes en San José de Pimas, fueron para el padre y la madre como una terrible pesadilla: Juanito tuvo momentos en que parecía tocar las fronteras de la muerte. Y el padre, temeroso de que su hijo no llegase con vida a Minas Prietas, nuevamente siguió el viaje; pero en esta ocasión dando prisa al convoy, calculando que llegarían a su destino en tres horas y media, o sea a la una de la tarde. Ese día no pudieron madrugar porque fue necesario hacer unas reparaciones a uno de los vehículos.

A pesar de que el carro ligero podía acelerar la marcha y llegar primero que los carros pesados, los soldados sugirieron que todos fuesen al mismo paso y el carrito en el centro del convoy, para proteger mejor a la familia en el caso de un asalto de los indígenas depredadores.

A las doce y media de ese mediodía todo iba bien; había dejado de llover y un ligero nublado hacía que los rayos del sol, inclementes en esos días del año, fuesen más soportables, pero... Repentinamente se escucharon varios disparos y uno de los guardias cae abatido.

Y como si hubiesen estado de acuerdo, los conductores de los carros buscaron refugio en los arroyos cercanos y se prepararon a vender caras sus vidas. Don José María, viendo que no le sería posible huir con los suyos, fustigó a las bestias y en una forma rápida hizo alto en un recodo del camino que estaba protegido por dos pequeños terraplenes. Sólo la pericia del conductor evitó que el vehículo se volcase. Y después de tan aparatosa llegada a aquel lugar, José Loreto, el mozo pápago, se apeó rápidamente del carro, con una carabina en la mano preparado para defender hasta con su vida a sus patrones.

Seguramente que los asaltantes, quienes eran unos jóvenes yaquis inexpertos, habían planeado mal el asalto y las cosas no estaban resultando como ellos esperaban. Los disparos de los defensores se escuchaban desde distintos lugares y por ello se colegía que los indígenas, sin darse cuenta cómo, quedaron copados.

Mientras José Loreto atisba por un lado, el señor Morales lo hace por el otro, procurando no disparar si no es muy necesario, ya que los asaltantes, teniendo que defenderse de los asaltados, les han olvidado por el momento.

Los cuatro sobrevivientes de los Rurales se veía a las claras que eran hombres valientes y con experiencia en ese tipo de combate, porque ya había por tierra tres enemigos muertos.

Es increíble y sería difícil explicar la forma en que un hombre de bien actúa cuando vé cerca el peligro de muerte para sus hijos y su mujer. El acaudalado comerciante nunca se había considerado una persona valiente; jamás había tenido una disputa; siempre en todos los actos de su vida había obrado con serenidad y con un espíritu de justicia que le había hecho respetable y estimado. Pero en este instante todo era diferente, y, aunque nunca pensó que sería capaz de matar a un ser humano, hoy dispararía sobre el forajido que se pudiese adelante de su mira. Tampoco le importaba perder la vida si con ello salvaba a los suyos.

En esas cavilaciones estaba don José María cuando se acercó por ahí el caballo, espantado por los disparos, del soldado caído. Entonces sin medir el peligro salió a campo descubierto y trajo hasta el refugio el animal tomado por las riendas. Luego ordenó a José Loreto que en la cabalgadura fuese a Minas Prietas a avisar a la Co-

mandancia Militar lo que allí estaba sucediendo. Al principio el mozo pápago se negaba a dejarles solos y solamente accedió a ir porque su patrón le convenció de que ésa era la única forma de salvar a la familia.

Los minutos transcurrían lentamente y se convirtieron en dos largas horas, mortales para el espíritu que desespera. El padre de la familia llegó a creer que José Loreto fue alcanzado por las balas que le dispararon los yaquis, “y si así es”, pensó, “al llegar la noche estaremos perdidos”. Pero en ningún momento el hombre perdió el valor.

Así estaban las cosas al momento de escuchar que su mujer sollozaba. Se acercó y vio que su hijo ya no respiraba; estaba muerto. Le cubrió el rostro y el cuerpo con una sábana, y se dijo a sí mismo: “Ahora debo salvar a los que quedan”, mas ni una lágrima brotó de sus enrojecidos ojos. Mientras ella musitaba una oración, él fue a atisbar hacia donde se escuchaban los disparos de ambos bandos... Fue ese el instante en que la señora vio horrorizada, que uno de los asaltantes desde un montículo apuntaba con un rifle sobre la espalda de su marido. Quiso gritar pero de su garganta no salió voz alguna. Tampoco pudo ponerse de pie para interponerse en la trayectoria de la bala. Y para aumentar la tensión de la mujer, los dos niños, de cinco y siete años, que hasta esos momentos habían permanecido acurrucados y envueltos en cobijas, aterrorizados, salieron llorando histéricamente buscando la protección de su padre.

En el paroxismo de la angustia, en el momento que la señora esperaba ver a su marido y a sus hijos caer muertos, se oyó un disparo dentro del refugio, y el yaqui que estaba a punto de asesinar caía muerto y rodando vino a quedar a los pies del cadáver de Juanito. Enseguida se escucharon ruidos de cabalgaduras y voces de mando: Era el Comandante del Cuerpo de Rurales, don Luis Medina Barrón, que llegaba con sus hombres. Y en unos cuantos minutos no había un yaqui con vida.

Esa noche la señora de Morales hubo de ser atendida por los médicos norteamericanos de la Cia. Minera; pues se temía que perdiera la razón. Ella aseguraba que fue su hijo muerto el que disparó contra el yaqui que estaba a punto de asesinar a su familia. Y por su parte don José María, manifestó que al recoger el cadáver del niño

que habia cubierto con una sábana, le encontró en otro lugar, en distinta posición y con una carabina a su lado.

Sólo los médicos opinaron que tal vez la señora, en aquellos momentos dramáticos, perdió momentáneamente la razón y disparó, olvidándose después.

¡Quién sabe! Ese hecho parece una novela de misterio que escribió la realidad.

El Barrio de San Benito.

Se ignora desde cuando en México se empezó a llamar "Colonia" a un barrio de una ciudad; pero es de creerse que ésto empezó en el Distrito Federal; y como mucha gente cree que es más elegante vivir en una colonia que en un barrio, aqui tienen ustedes y nosotros que a nadie se le ocurre decir Colonia del Ranchito, o Colonia del Palo Verde, o Colonia de la Metalera. En cambio tampoco se dice Barrio de Villa Satelite, porque se considera de mal gusto nombrar "Barrio" (pobre) a una "Colonia" (rica), sin considerar que el lenguaje es el lenguaje y que debemos conservarlo como un patrimonio cultural.

Que lo anterior sirva de prefacio para hacer el relato de un suceso en esta Ciudad de Hermosillo cuando aún era la Villa del Pitic; el lugar del escenario fue el Barrio de San Benito siendo todavia la Hacienda de San Benito. Esta colindaba con "El Choyal" que entonces no era un barrio como ahora; sino un rancho un poco más al norte. ¿Cómo han cambiado las cosas, verdad?

Hacia el año 1775 la Hacienda de San Benito era propiedad de don Fernando Iñigo Ruiz, hasta el mes de enero de 1794 en que la vendió al Capitán del Presidio del Pitic, don José de Tonna, quien construyó una casona al lado norte del Arroyo de San Benito, el cual tenia su cauce paralelamente a la actual Calle Colima en su tramo de la Calle General Piña a la Calle de la Reforma. Precisamente en el cruce de la Gral. Piña y la Colima habia un vado por donde pasaban carros y jinetes. Alrededor del año 1927 se construyó un puente-cito para que los automóviles Ford Modelo "T" de esa época, que ca-

recian de bomba de gasolina, pudiesen subir. Esos vehiculos tenian el tanque de gasolina debajo del asiento del conductor y la gasolina corria al carburador solamente por gravedad; ello ocasionaba que cuando la parte delantera del automóvil quedaba más arriba que la trasera, el carburante no llegaba al motor y éste dejaba de funcionar.

La casa del Capitán en parte era de ladrillo y en parte de adobe, pues este material es más resistente al calor agradable de nuestra ciudad.

Poco disfrutó de su mansión el señor De Tonna. Un dia rodeado de su esposa y de sus hijos exhaló su último suspiro, quizá muy disgustado porque abandonaba todo lo que puede hacer feliz a un mortal: Una linda mujer, una hermosa casa y una hacienda con buen ganado y huertas. El capitán escogió el momento menos oportuno para marcharse. Nadie quiso creer que pasó a mejor vida, porque la buena vida la tenia aquí.

Los vecinos nunca se pusieron de acuerdo para explicar la muerte del hacendado: Unos decian que fue causada por viejas heridas que recibió en los combates contra los señores seris, de las cuales nunca sanó bien. Otros aseguraban que el dios de los seris hizo que muriera, en venganza, cuando vislumbraba un porvenir de felicidad.

Después de mucho discutirse en los hogares, empezó a rumorarse que el espectro del Capitán de Tonna, montado en un bñrioso corcel, se aparecia a un lado del arroyo, pues sucedió que el caballo preferido del militar fallecido murió el mismo día que su amo y fue enterrado en el arroyo, por orden de la afligida doña Rita, quien aún llorando se veía hermosa.

A la hora de los difuntos, o sean las doce de la noche --se decia--, el Capitán De Tonna, salia del arroyo montado en el también difunto caballo, vistiendo su uniforme de gala, señalando hacia adelante como cuando guiaba a sus tropas contra los seris, o los pimas, o los yaquis levantiscos.

En una ocasión Juan Tule, pápago converso y mozo de la hacienda, llegó a su casa histérico y con el corazón latiéndole a su máxima velocidad, jurando que acababa de ver a su amo, cuya cabalgadura no hacía ruido con sus pezuñas ni levantaba polvo al cami-

nar, perdiéndose en el traspatio de la casona.

Varios días Juan estuvo diarreico y a punto de seguir el camino de su amo y su caballo; después todo el cuerpo y la cara se le pusieron de color verde y fue necesario que le asistiera otro indio, curandero, de quien se aseguraba que con sus yerbajos hacia curaciones maravillosas; hoy se le hubiese considerado un científico de la medicina herbolaria.

En ese tiempo, como ciento cuarenta años después, para ir del Presidio del Pitic a lo que hoy comprende la Costa de Hermosillo, era necesario pasar por San Benito, pues fue hasta 1951 cuando se construyó la carretera por lo que ahora es la Calle Veracruz, siendo el jefe de esta obra el señor Ingeniero Oscar Pinto Luján.

A finales del siglo XVII y a principios del XVIII, el actual Barrio del Torreón era una hacienda muy productiva que ocupaba mucha mano de obra. Además tenía huertas que producían duraznos, granadas, membrillos, uvas y, naturalmente, naranjas. Allí había también un cañaveral con cuyo producto hacían panocha. Sus propietarios eran los hermanos Valencia: Antonio, José Simón, Tomás y Josefa. Esta familia era riquísima, tenía mucho ganado y era propietaria también de la Hacienda de Codórachi y de Cerro Pelón.

Como para trasladarse del Presidio de San Pedro de la Conquista del Pitic a la Hacienda del Torreón era necesario pasar por San Benito, los viadantes se abstendían de pasar de noche por allí temerosos de encontrarse frente a frente con el espectro del Capitán De Tonna.

Después se difundió la noticia de que el Capitán De Tonna y su caballo eran almas en pena, porque aquél había dejado un tesoro enterrado.

Estos hechos acontecían en la época de la Independencia, o sea en el año 1810. Y mientras en el centro del País, primero las tropas de Hidalgo, luego las de Morelos y después las de Vicente Guerrero en el sur, luchaban denodadamente por cambiar las estructuras políticas y sociales, en lo que ahora es Sonora no hubo ningún levantamiento contra el Gobierno virreinal; por el contrario, aquí en el Presidio del Pitic se había jurado obediencia al Soberano español.

En el mes de enero de 1811, doña Rita Mesa (escrito con "S") viuda del Capitán José de Tonna vende la hacienda a don José María

Noriega. Por cierto que en poder de los descendientes de este señor permaneció esa posesión por más de cuarenta años, y aun la extendieron hasta lo que hoy es el Barrio del Choyal.

A pesar de que la Hacienda de San Benito dejó de ser propiedad de la familia De Tonna, el Capitán continuó espantando a los vecinos y a los traseúntes; parece que los fantasmas no entienden ni respetan la propiedad privada, ni les importa un rábano las leyes de este mundo.

Muchos moradores de San Benito creían que al cambiar de dueño la hacienda podían vivir tranquilos sin tener que santiguarse todas las noches, ni tener que regar con agua bendita en sus hogares. Y lo peor era que no había autoridad civil ni militar en donde acusar al fantasma por deambular por las tierras que ya no eran suyas.

Doña Rita y sus hijos fueron a radicarse a Valladolid (hoy Morelia), pero el tozudo difunto no se fue con su familia.

Se cuenta que un día del año 1847, en plena intervención armada a nuestro país de los Estados Unidos, pasaba a caballo por San Benito don Francisco Noriega, con dueño de una huerta de ese lugar, cuando se dio cuenta de que a su lado derecho le acompañaba un militar de gallarda figura que montaba un hermoso corcel. El señor Noriega, hombre de mucho valor, al cerciorarse de que el caballo no hacía ruido al pisar, se enteró de que era el fantasma su acompañante; entonces preguntó: “¿Es usted de este mundo o del otro? Pero la figura espectral, evidenciando su mala educación de militarote formado fuera de las academias, no respondió y desapareció en el trascorral de la casona.

Don Francisco Noriega (probablemente algunos de sus descendientes viven en Hermosillo) era hijo de doña María Bitonga y de don Ambrosio Noriega, ya finado éste cuando aconteció lo que se acaba de relatar.

Unos años después, durante la Guerra de Tres Años o Guerra de Reforma y la Intervención francesa, la vieja casona de San Benito fue usada como cuartel, unas veces por los conservadores imperialistas de Gándara y otras por los republicanos de Pesqueira; en la última ocasión allí estuvo acantonada una fracción de la tropa del General Angel Martínez, el jefe de los “macheteros”.

La ruina de la vieja casona del Capitán empezó después del

triunfo de la República, al quedar completamente deshabitada, y fue el comienzo de su completa destrucción cuando los buscadores de tesoros supieron de las apariciones del espectro y que éste desaparecía en el traspatio.

Un día dejaron de aparecerse el Capitán de Tonna y su caballo, coincidiendo esta fecha con la desaparición del lugar de un criollo que se radicó en San Benito y de quien nadie sabía por qué llegó ni en que trabajaba; sólo se le conocía por "don Cleofas". El vulgo difundió la noticia de que este aventurero encontró el tesoro del señor De Tonna y que, ambos, en forma distinta, pasaron a mejor vida.

El relato anterior es la leyenda del Barrio de San Benito, de nuestra ciudad de Hermosillo, que se ha transmitido de boca en boca y de generación en generación. Y aún cuando en nuestra época pocos creen en apariciones de ultratumba, no deja de ser interesante el conocer las leyendas de nuestro pueblo, porque al través de ellas conocemos mejor a las personas que en los siglos anteriores habitaron esta tierra nuestra y que, además, algunas forman parte de nuestros antecesores directos, de gente de nuestra propia sangre que ha mucho pasó a mejor vida.

Crónicas, Cuentos y Leyendas Sonorenses, se terminó de imprimir el día 2 de Julio de 1984, en los Talleres de Impresora y Editorial, S.A. de C.V. Se imprimieron 2,000 ejemplares y la edición estuvo al cuidado de Gilberto Escobosa Gámez.

**PUBLICACIONES DEL GOBIERNO DEL ESTADO
DE SONORA. 1979-1985**

- 1.- *Crónica de la aventura de Raousset Boulbon en Sonora,*
Horacio Sobarzo.
- 2.- *General Alvaro Obregón. Aspectos de su vida,*
José Rubén Romero, Juan de Dios Bojórquez, Dr. Atl y Juan de Dios Robledo.
- 3.- *Ocho mil Kilómetros en campaña (fragmentos),*
Alvaro Obregón
- 4.- *Alvaro Obregón, caudillo e ideólogo de la reconstrucción nacional,*
Miguel R. Palacios y Ana María León de Palacios.
- 5.- *Plutarco Elías Calles, estadista y patriota,*
Juan Antonio Ruibal Corella.
- 6.- *Crónica del Constituyente,*
Juan de Dios Bojórquez.
- 7.- *Sonora génesis de su soberanía,*
Armando Quijada Hernández.
- 8.- *Memorias de don Adolfo de la Huerta,*
transcripción y comentarios del Lic. Humberto Guzmán Esparza.
- 9.- *Eusebio Kino, padre de la pimerle Alta,*
Charles W. Polzer, s.j.
- 10.- *Obras históricas,*
Ramón Corral.
- 11.- *Jesús García, héroe de Nacozari.,*
Cuahtemoc L. Terán.
- 12.- *La Revolución en Sonora,*
Antonio G. Rivera.
- 13.- *El Quijote de la Revolución. Vida y Obra de Adolfo de la Huerta,*
Carlos Moncada.
- 14.- *Crónicas biográficas,*
Horacio Sobarzo.
- 15.- *El viejo Guaymas,*
Alfonso Iberri.

- 16.- *La cohetera, mi barrio,*
Agustín A. Zamora.
- 17.- *La sierra y el viento,*
Gerardo Cornejo.
- 18.- *Los tiempos de Salvador Alvarado,*
Juan Antonio Ruibal Corella.
- 19.- *Las guerras con las tribus yaqui y mayo, tomo I,*
Francisco P. Troncoso
- 20.- *Las guerras con las tribus yaqui y mayo, tomo II,*
Francisco P. Troncoso.
- 21.- *Misiones del Norte de Sonora,*
Arthur Woodward
- 22.- *Sonora y sus casas de moneda. Alamos y Hermosillo,*
Alberto Francisco Pradeau.
- 23.- *Sonora,*
Jorge Russek.
- 24.- *Diccionario de historia, geografía y biografía sonorenses,*
Francisco R. Almada.
- 25.- *Descripción de la Provincia de Sonora,*
Igancio Pfefferkorn, (traducción de Armando Hopkins Durazo).
- 26.- *El solar de los silencios,*
Gerardo Cornejo.
- 27.- *Perfiles de Sonora,*
Palemón Zavala.
- 28.- *Apuntes históricos sonorenses,*
Roberto Acosta.
- 29.- *30 años en esto. Autobiografía periodística,*
Carlos Moncada.
- 30.- *Ocho mil kilómetros en Campaña*
Alvaro Obregón.
Nueva Edición.
- 31.- *Apuntes biográficos de don Ramón Corral (1854-1900),*
Manuel R. Uruchurtu.

I N D I C E

Prólogo	3
CRONICAS	
Los Acontecimientos más importantes del Periodo 1828-1881	9
La Alameda	12
Los Ultimos días del Imperio en Hermosillo	17
El Jinete de El Llano	20
La Tragedia de La Noria de Aguilar	23
Un Visitante Apocaliptico	26
La Construcción del Cuartel del Catorce	29
Los Gobiernos de Transición en 1911	34
Recordemos al Gran Cáballero Hermosillense	37
Cuando Hermosillo fue Capital de México	41
Excentricidades de Algunos Hermosillenses	46
El Primer Intento de Reconstruir el Gran Hotel Arcadia	51
La Terminación del Ferrocarril Sud-Pacífico de México, S.A. de C.V.	55
El Impacto de la Rebelión Renovadora en Hermosillo y en la Entidad	58
La Muerte del Joven Abascal	69
Gente y Cosas del Gobierno del Yocupicio	73
La Aviación en Nuestra Ciudad	77
La Explosión de un Polvorin	79
Síntesis de una Crónica. El Origen del Palacio de Gobierno	81
Crónica de un Gran Incendio.	
Palacio de Gobierno de Sonora, Junio 11 de 1948	83
Recordemos al Profesor don Alberto Gutiérrez	90
Recordemos a don Abelardo L. Rodríguez	95
Los Huesos de un Patriota	100
Recuerdos de don Juan Nóperi	103
Boceto Biográfico de don Ramón Corral	109
Don Adolfo de la Huerta, Revolucionario y Obrero	123

ANECDOTAS FAMILIARES DEL AUTOR

La Llave	139
Un Caballo Llamado Pascual	142
La Familia Escobosa ya tiene Automóvil	148
Papá tiene una Pierna Artificial	152
La Visita que no tocó la Puerta	159

CUENTOS SONORENSES

El Desterrado	165
Remembranzas de un Comisario	169
En el Pórtico de San Pedro	172
El Joven Garcia	176

LEYENDAS SONORENSES

El Secreto de don Juan Manuel	185
La Familia Morales de Tecoripa	190
El Barrio de San Benito	195

PUBLICACIONES DEL
GOBIERNO DEL ESTADO
DE SONORA 1979-1985